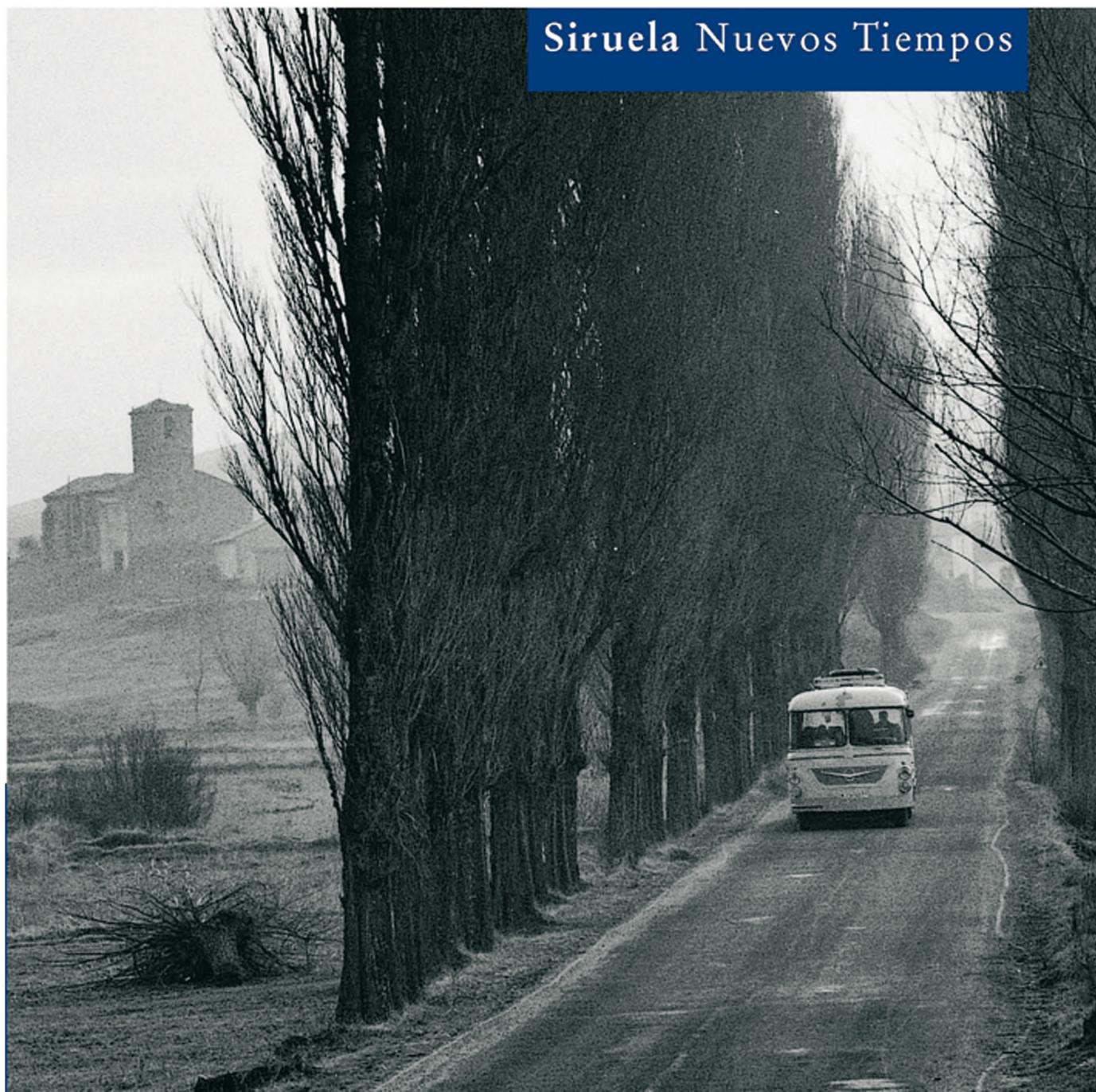


Cuando leas esta carta,
yo habré muerto

AGUSTÍN
GARCÍA SIMÓN

Siruela Nuevos Tiempos



**AGUSTÍN
GARCÍA SIMÓN**

**Cuando leas esta
carta, yo habré muerto**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

Ecos de la memoria

La peseta

Hontanalta

Ezequiel Molina

Carta de Elisa1

La última espera

Por una lata de sardinas

Paris

Floren

Valcarlos

Lucía Álvarez

Mediocritas

El inspector

Un día de perros

El secretario

A la vuelta del camino

Empezar en el Sur

Notas

Créditos

Agustín García Simón

**Cuando leas esta carta,
yo habré muerto**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

**Cuando leas esta carta,
yo habré muerto**

Escribí estos relatos gracias al estímulo decidido, incesante y entrañable de Antonio Basanta.

Ecos de la memoria

La peseta

A Jesús Urrea

Cuando el hombre apareció por la puerta, antes de salvar los dos escalones que había entre el umbral y el suelo del café El Nuevo Siglo, Paco Fuentes Menudo tuvo una sensación extraña, como quien barrunta una amenaza en el aire. No le había visto nunca, pero sintió de inmediato cómo le subía una corriente interior que le ponía en guardia y le llamaba a la prudencia. Conocía bien esa tendencia innata, más cercana al agudo instinto de conservación que a la inteligencia intuitiva. Siempre le había salvado. La cautela, la moderación ensayada y el no haber dicho jamás lo que pensaba le habían permitido cumplir 55 años hacía tan sólo dos semanas: «Un milagro de la Virgen del Henar, después de dos años de espanto», había dicho su mujer en la comida del cumpleaños, mientras succionaba la moca y apartaba con los dedos la humedad de sus labios. «Si regresa sano y salvo nuestro hijo..., te prometo Virgen querida...», había repetido varias veces ahogándose en una congestión de llanto.

El hombre se dirigió lentamente hacia la barra haciendo resbalar los dedos de su mano izquierda por la madera del billar, situado frente al rincón donde aquella acababa. Algo más de media estatura, tieso, corpulento; enfundado en una gabardina grisácea, cruzada y encintada. La cabeza erguida, el bigote recto, poblado de gruesas hebras entrecanas. La boca entreabierta, los labios insinuados con un gesto adusto y tenso en los músculos de la cara. La mirada fija, desafiante y despectiva. Recolocó una de las banquetas de la barra y se sentó en ella acodándose con el brazo derecho, mientras con la mano izquierda se desajustaba la bufanda.

Era una mañana de noviembre, cerrada niebla y humedad helada que cuajaba en cristalitos blancos en el pelo, como atractivos destellos en la luz primera, tenue y mortecina. Los tres globos que pendían sobre la barra de El Nuevo Siglo proyectaban una claridad intensa y pajiza que resbalaba sobre el mármol blanco y reverberaba con impecables destellos en el largo tubo de zinc que servía de apoyabrazos. Entre el gran botellero modernista, la máquina de selz y la cafetera cilíndrica, plateada, muy por encima no obstante de todo ello, colgaba un gran retrato del general Franco. Aunque era cerca del mediodía, aquella mañana El Nuevo Siglo no estaba muy concurrido y la

parroquia se repartía por las mesas de mármol más cercanas a los grandes radiadores de hierro de la calefacción.

El hombre esperó a que se acercara Paco Fuentes Menudo desde el otro extremo de la barra, y apenas le dio tiempo a llegar cuando le dijo imperativo:

–Ponme un chato clarete.

Paco Fuentes Menudo se dio la vuelta hasta la pila central sin decir nada, tomó un vaso, lo sumió en el borbotón de agua, agarró por el gollete la frasca del clarete de Cigales y volvió a servir al hombre. Empujó ligeramente el vaso hacia donde éste se hallaba y lo llenó casi hasta el borde. El hombre lo tomó sin dejar de mirar al camarero y se lo llevó lentamente hasta los labios. Bebió la mitad del vaso y volvió a posarlo con un golpecito seco. Se daba la vuelta Paco Fuentes Menudo cuando el hombre le dijo:

–¡Eh..., cóbrate! –y dejó sobre la barra un billete de una peseta lacio y cochambroso.

Paco Fuentes Menudo echó un vistazo a aquella peseta y supo al punto que sería difícil endosársela a nadie. Estaba pegada en su mitad por un esparadrapo grasiento, entre pardo y negruzco. Le faltaban dos de sus vértices, y en el escudo aquilino del nuevo Régimen, que figuraba en el haz del billete, se extendía una gran mancha de tinta que apenas dejaba ver en su pie las armas de los Reyes Católicos, yugo y flechas enlazados por el nudo gordiano. En el envés no era posible discernir más que algunos tonos del azul oscuro de su diseño y sus grandes círculos concéntricos había que adivinarlos, solapados como estaban por una pátina de mugre blanda y pegajosa.

Al pronunciar la primera palabra, Paco Fuentes Menudo supo que se estaba equivocando:

–Hombre..., ¿no tendría usted otra en mejores condiciones? Una moneda...

–¿Qué...? ¿No te gustan las de Burgos? –le interrumpió con una sonrisa cínica el individuo.

–No, hombre, no..., no es eso, no es eso, claro... –se apresuró a responder el camarero–. Pero hombre, cómo puede usted pensar eso. Ya ve cómo está, señor...

El hombre asintió varias veces con la cabeza, insinuando ostensiblemente el belfo y, sin dejar de mirarlo, recogió la peseta, la guardó en el bolsillo interior de la gabardina y rebuscó hasta encontrar una moneda de diez céntimos que lanzó sobre el mármol de la barra y fue rodando hasta el camarero tras un par de rebotes. Entonces se apeó con parsimonia de la banqueta y siguió mirándole mientras se daba la vuelta para enfilear la salida.

Cabizbajo, Paco Fuentes Menudo observó a golpes de vista interrumpidos cómo aquel individuo franqueaba su local pisando las baldosas blancas y verdeoscursas que mandó traer su abuelo por un capricho de Puente del Arzobispo, allá en tiempos de La Gloriosa, cuando por el norte se intensificó el comercio con el Canal de Castilla e hizo de El Nuevo Siglo el café más elegante y moderno de la ciudad, el primero por sus esbeltas columnas de hierro fundidas en Santander y transportadas en carros hasta Alar del Rey y luego a la sirga por el Canal hasta el mismo centro de la Meseta. Y en un instante pensó que nada

era seguro de un tiempo a esta parte, y que la astucia y el disimulo no eran suficientes para sobrevivir ni tampoco la cobardía. Un remusguillo de temor le invadió todo y el miedo llevó a su interior una sensación inerte de desasosiego, un reproche obsesivo hacia sí mismo que atizaba una repentina desazón: «¡Joder, Paco!», se repetía para sí, «un vino, un puto vino... Le invitas al vino ¡hostia! y no tocas la puta peseta. ¡Paco, joder!, un vino...».

A la hora del café, Paco Fuentes Menudo se había tranquilizado y aunque no del todo, casi había olvidado el incidente, pero aquel día no regresó a casa como habitualmente solía hacer en torno a las once y media de la noche, después de cerrar El Nuevo Siglo. Apenas había doblado la esquina más cercana a su establecimiento, cuando se le abalanzaron dos hombres, lo inmovilizaron por los brazos y lo metieron con violencia en la parte trasera de un coche negro que arrancó con estrépito. Al pánico primero le siguió la desolación de verse esposado camino del Gobierno Civil, a cuya puerta le esperaban dos guardias que, de inmediato, lo cogieron por los brazos y lo condujeron a uno de los calabozos del sótano, un pequeño reducto con un ventanuco enrejado cerca del techo a modo de ventiladero. Un jergón y una manta a cuadros era todo su mobiliario en un ambiente frío, donde la respiración se condensaba en vaho.

Seguramente agarrotado por el pavor de la detención, Paco Fuentes Menudo fue incapaz de articular una sola palabra hasta el momento en que lo empujaron hacia el interior del garito y cerraron bruscamente la puerta. Entonces, como si se hubiese recuperado del shock, se abalanzó hacia la puerta gritando: «¡Se equivocan, se equivocan! Esto es un error, un gravísimo error. Tengo un hijo en el frente con los nacionales. Se fue voluntario con los nacionales..., y mi cuñado es teniente de caballería... ¡Por Dios, por lo que más quieran, escúchenme! ¡Por lo que más quieran, escúchenme...!».

Pero nadie escuchó a Paco Fuentes Menudo. A lo largo de los siete días que permaneció incomunicado en aquel cubículo, buscó con obsesiva ansiedad alguna clave que explicara aquella postración, aquel no saber impregnado de terror. Estuvo devanándose como un poseso hasta el último rincón de su cerebro, buscando el detalle que le pusiera en la pista, como un alano husmea en el efluvio de la pieza que retiene la brizna hollada. Odiaba en secreto a los falangistas, y en algún rincón oscuro de su conciencia abominaba a su hijo, pero no sentía ninguna simpatía por los republicanos. Nadie había oído de su boca jamás una sola palabra de reproche hacia el ímpetu de aquellas bestezuelas ardorosas, ni mucho menos había expresado en ningún momento simpatía por la República. Su temple moderado, introvertido y esquivo, ofrecía al exterior un solo flanco atacable: su indiferencia religiosa, contraste notable y llamativo con el fervor beato de su mujer. Pero ni siquiera en este campo había tenido roces de alcance o situaciones comprometidas. Sabía de la enemiga tácita que escondía la sonrisa empalagosa de don Heriberto, el canónigo confesor de su mujer, pero la constante presencia y la relevancia de ésta en la liturgia y actividades de la catedral le habían

convencido de estar a salvo por ese lado. Ahora todo era difuso y sospechoso y el miedo acrecentaba la desmesura de sus suposiciones, como desquiciantes monstruos alados e informes de un mal sueño: «¿Me habrá denunciado don Heriberto?», pensaba. «¿Por qué ahora, cuando podía haberme denunciado al comienzo de la sublevación militar en julio de 1936, o en los meses siguientes, cuando tantos fueron fusilados por la mera excusa de no ir a misa?» No hacía quince días que se había cruzado con el canónigo, «siempre tan zalamero, alma cenagosa», pensaba Paco Fuentes Menudo. Iba del brazo de su mujer, cuando al doblar la esquina de la plaza Mayor con la calle Santiago se dieron de cara con el clérigo. Teresa se desligó en seguida y le besó la mano solícita. Ellos se saludaron con un golpe de cabeza, mucho más suave y ceremonioso en el canónigo, que le dijo al cabo:

—¡Ay, ay, ay, ay!, don Paco. Más que nunca en estos tiempos debería usted volver al redil. Tiene que poner un poquito de su parte. El resto lo harán las oraciones de su señora y las mías.

«Volver al redil...», se repetía una y otra vez con un ritmo de autómatas en la tensión extrema de las horas interminables: «¿Me habrán traído aquí para que, escarmentado, vuelva al redil o, simplemente, me fusilarán cualquier madrugada en el Alto de San Isidro?», se preguntaba temblando. Y se imaginaba su turno de conducción a las tapias cuarteleras y el trance, mientras la chusma, entreverada de señoritos, se desayunaba con aguardiente y pastas en los varios chiringuitos desde donde se contemplaba a menos de cien metros el espectáculo de las ejecuciones. «¿Quién y por qué me ha denunciado?», se preguntaba por enésima vez como un zombi que hubiera emergido del abismo de la angustia. «¿Dónde he fallado?»

En la mañana del séptimo día, a una hora más temprana que en las jornadas anteriores, demacrado y exhausto, Paco Fuentes Menudo escuchó con un escalofrío de terror cómo abrían el cerrojo del calabozo. El guardia civil que abrió la puerta le dijo:

—¡Vamos, vamos..., salga!

—¿Adónde, adónde me llevan? —preguntó gimoteando con un tono patético.

—¡Vamos...! ¡Venga, venga! —insistió el guardia civil cogiéndole por el brazo y ayudándole a subir las escaleras hasta el pasillo de la planta baja.

Aturdido y confuso, Paco Fuentes Menudo sintió de súbito el abrazo de su mujer, que se lo comía a besos diciéndole: «¡Paco, Paco! ¡Virgen del amor hermoso! ¡Paco! ¡Pero... si estás delgadísimo! ¡Y esa barba...! ¡Dios mío, vamos a casa y te afeitas! ¡Paco, Paco! ¡Por Dios...!».

Pero no supo responderle a la pregunta enfermiza y reiterada que le hacía su marido como un autómatas:

—Teresa, ¿qué ha pasado?

—Déjalo, Paco, ya hablaremos —dijo su mujer sollozando.

—Teresa, ¿qué ha pasado?

—No lo sabemos, Paco —acertó a decir su mujer muy nerviosa—. Mi hermano Pepe ha

removido Roma con Santiago entre sus amigos de caballería para sacarte de aquí, pero no lo sabemos, Paco. ¡Por Dios, no lo sabemos...! ¿Has hecho algo que no me hayas dicho...?, ¡Paco, por Dios...!

Y Paco se ensimismaba y callaba enajenado.

–¡Paco, por Dios..., dime algo! –insistía su mujer.

Cuando, a los dos días de su liberación, Paco Fuentes Menudo regresó a las nueve de la mañana para abrir El Nuevo Siglo, se encontró a la puerta con cinco de sus mejores parroquianos que le esperaban expectantes. Le abrazaron uno a uno en silencio algo conturbados, hasta que Juan, el Tendero, apretándole del brazo, dijo:

–¡Hala, hala, Paco! No hay nada como contarlo. ¡Vamos, vamos, que no ha sido nada!

Paco Fuentes Menudo se sintió conmovido por aquellos abrazos y una rara felicidad apareció por primera vez en el curso de su vida, un extraño bienestar que nada tenía que ver con las viejas aspiraciones, con la obsesión del negocio ni la carrera de su hijo; mucho menos con la preocupación del dinero, que ahora le parecía insignificante e inútil para evitar la humillación y torcer el destino de los hombres. Percibía, íntegra, una sensación limpia, reconfortante, que le mostraba una humanidad nunca sentida, como una fuerza incontenible, una corriente inexplicable, clara, que se abría en sí mismo, apartando todos los complejos y su inveterado disimulo.

Toda la mañana fue un trasiego de clientes que con tono bajo y comedido se interesaron por su detención y suelta. Un recorrido de caras más o menos detestables que ahora recobraban sentido y un respeto hasta entonces inimaginado. Y en cada una de las personas que hasta él se acercó vio un motivo de agradecimiento que le aquietaba, como si la gratitud que sentía no sólo no le rebajara, sino que le engrandeciera. Y eso fue exactamente lo que sintió cuando vio cómo encaraba la barra Antonio, el Barrendero, simple y entusiasta, republicano bonachón de quien se había dicho en agosto del 36 que Mazote, el preboste de Falange, lo había apartado del pelotón de fusilamiento en el último instante diciendo mientras le cogía por el cuello: «Éste no, que tiene que barrer en mi calle».

Antonio el Barrendero se fue acercando lentamente, se quitó la gorra en el pequeño tránsito y, arrebujándola nervioso entre sus manos, se paró frente a Paco, le tendió la mano derecha y después de unos segundos en silencio dijo: «Paco, me alegro mucho de volver a verte vivo».

–Gracias, Antonio –le contestó Paco con los ojos humedecidos y una sonrisa emocionada.

Y apenas hubo pronunciado esas palabras cuando vio que por la puerta aparecía aquel mismo individuo con el que hacía exactamente nueve días había tenido el desagradable incidente de la peseta. El hombre se dirigió hacia el billar dejando resbalar con parsimonia su mano izquierda por la madera, luego hizo un quiebro hacia el punto más alejado de la barra de donde se hallaba Paco Fuentes Menudo. Se acomodó en una de las banquetas,

dio un par de castañetas con los dedos de la mano derecha mirándolo fijamente y antes de que llegara a su altura, dijo con voz aplomada y altiva:

–Ponme un clarete.

Paco Fuentes Menudo se dio la vuelta sintiendo un derrame impetuoso de bilis, una ira desenfrenada que atajó al punto en su mente diciéndose para sí: «Tranquilo, Paco, tranquilo... Ni una mueca en tu cara que pueda apreciar este hijo de la gran puta». Cogió un vaso corto, lo lavó en el borbotón de la pila, tomó la frasca del clarete de Cigales y volvió hacia el hombre. Con suavidad le acercó el vaso, lo llenó casi hasta el borde y le miró unos instantes a los ojos. Pero cuando declinaba su mirada y hacía el gesto de volverse, oyó que le decía sin perderle de vista:

–¡Eh, eh...! Cóbrate –y lanzó sobre el mármol la misma peseta lacia y cochambrosa con que quiso pagarle la primera vez.

Paco Fuentes Menudo tomó la peseta, volvió hacia la caja registradora de madera y al depositarla en el cajetín de los billetes no pudo evitar leer entre la mugre de aquel papel: «El Banco de España pagará al portador una peseta. Burgos, 30 de abril de 1938. II año triunfal».

Hontanalta

Ezequiel Molina

Ezequiel Molina se abrochó los botones del tabardo y terció sobre su hombro izquierdo la correa del garrafón. De la larga letanía que le había precedido desde la cocina al umbral de la puerta de su casa, sólo entresacó una frase bien conocida: «¡Animal..., que siempre fuiste un animal!».

Amalia Forrajero de la Cuesta llevaba hablando quedo desde que su matrimonio había encallado en la rutina y las caricias de Ezequiel Molina fueron menudeando hasta desaparecer hacía ya casi treinta años. Pero, sobre todo, desde que el escándalo de su marido con la Elisa había encendido en ella el despecho y el resabio y los había ido administrando con un empeño inexorable que los años fueron limando hasta transformar en una pesadez cargante de reproche y palabrería. Luego la inercia fue disolviendo la animosidad hasta convertirse en una monserga áspera y monocorde que, a su manera, encerraba una forma de preocupación por su marido. Ésta aumentó desde el día en que don Cándido, el médico, le dijo que lo de Ezequiel era delicado: «Este achuchón ha sido grave, señora Amalia, cosa del riego. Si la sangre no llega a la cabeza se va la vida», le había dicho. Muy poco después, sin embargo, fue a don Cándido al que llevaron a morir a la capital un día muy frío de noviembre que Ezequiel Molina estuvo en el pinar. A la vuelta, cuando pasaba montado en su Land-Rover y enfilaba hacia la trasera de su corral, parece que María, la Cisca, indicando a Ezequiel con la mirada, dijo al corro de mujeres que comentaban en su portal la muerte de don Cándido: «Ahí lo tenéis, bien cojonudo. Ése sabrá morirse ¡ya lo creo! No como este otro..., que dicen que a lo último chillaba que no se quería morir. Nos ha jodido... ¡Velay! Tantos estudios para morirse como un marrano». De eso hacía ya diez años.

Nunca le gustó febrero a Ezequiel Molina. Siempre le pareció tornadizo e imprevisible sin excepción: «Como la vida secreta de los curas», le había dicho un día a la Elisa. Pero aquella tarde de mediados de mes se había templado suavemente y, cuando el viejo Molina echó un vistazo por los cristales de la cocina, creyó ver en aquella templanza algún atisbo de primavera. Impaciente, pensó llegado el momento de poner fin al encierro obligado de aquel invierno duro, que madrugó apenas entrado septiembre con cierzos muy crudos y recias heladas, hasta las nieves calmas de diciembre y las ventiscas y cencelladas de enero. Día a día, había superado aquellos meses con su temperamento impasible e introvertido, entre el amor de la lumbre y el salmodiar implacable de su mujer, que consideraba un zumbido molesto más que un motivo de irritación, un ruido de

fondo apegado resignadamente a su vida, como el eco presente de un grito apagado hacía ya largos años.

Tenía un dolor como un remusguillo a la altura del pecho, pero la voluntad de romper el encierro y respirar fuera de casa anulaba cualquier otra consideración de su mente. «Toda una vida echada a los perros, no me jodas, Ezequiel», se decía, «pendiente de cualquiera menos de uno mismo, y ahora, inútil por completo, haces de conejillo ante la muerte. ¿A qué esperas, viejo? ¿A que te limpien la mierda dos o tres veces al día como a Anacleto? Toda su soberbia y su codicia estragadas ya han cosechado diez años de alzheimer y una tonelada de excrementos y aún dice el tonto los cojones que ha dicho don José María que es la voluntad del Señor, pandilla de cabrones». Y enfiló la puerta de su casa, y al abrirla notó una ligera brisa que le daba en la cara y sin pensarlo inspiró profundamente, como si saboreara el aire. Bajó el primero de los dos peldaños que daban acceso a la entrada y se quedó quieto mirando al cielo, ensimismado, al alto azul de una tarde clara, con algunas nubes en cúmulos algodonosos y una ligera estela deshilachada en ráfagas grisáceas. Maquinalmente, sacó la petaca, tomó un pellizco de tabaco y con los dedos de la mano derecha fue disponiendo y acomodando el picado sobre el papel de librillo que mantenía la mano izquierda. Un par de lametazos y enderezó el liado arrebujándolo por los extremos. Se lo llevó a los labios lentamente, con parsimonia, se frotó las manos y buscó en los bolsillos de la chaqueta el mechero de gasolina. Lo puso a la altura de sus ojos, distanciando un poco su mano, observando el movimiento de su dedo pulgar al levantar la tapa e inflamar la pálida llama sobre la base de un pequeño halo de fulgor azul. Encendió el cigarro, dio una profunda calada y con los ojos cerrados fue exhalando el humo lenta y placenteramente. Luego se encaminó hacia las eras, para hacer una parada antes de llegar a la bodega.

Una ligera brisa movía las hierbas crecidas entre las lindes de aquellos terrenos empedrados, antaño perfectamente divididos por cercados de piedras; espacios limpios y proporcionados en su sencilla y práctica configuración; con sus casetas de aperos, rectangulares o cuadradas, pero todas de igual altura, piedras calizas angulares y fábrica de mampostería, tejado a dos aguas y ciegas, salvo el vano de la puerta, de maderos y tablas de pino y gatera redonda; con sus caminos de servicio adaptados al terreno, al tamaño de carros y galeras y sus caballerías, y las entradas y salidas exentas de cada uno de los ejidos. Aquellas eras de Hontanalta que Ezequiel Molina revivía en su mente en las labores frenéticas del verano y que ahora observaba con pesadumbre y esa melancolía que acompaña siempre a la derrota. Porque en los últimos años, de aquellas eras sólo quedaban jirones, restos intercalados entre grandes corralones, naves horrendas y desproporcionadas que mostraban el despropósito, la voracidad y el alma de las últimas generaciones, el aprovechamiento miserable y caótico de un tiempo nuevo que destruía de cuajo el equilibrio y la sabiduría de los siglos. Y Ezequiel Molina se sabía parte de ese tiempo aniquilado y definitivamente vencido que recordaba la estela de su desolación. Pero no podía dejar de pasar por estas eras siempre que tenía ocasión, porque en el dolor

que le producía contemplarlas había también desleída una sensación clara del paso inexorable del tiempo, que borraba el sentido de la propia vida, largamente remansada en la quietud y falta de deseos, como una antesala de despedida

Y cuando Ezequiel Molina vino esa tarde a sentarse en una de aquellas piedras linderas y por encima de las hierbas observaba los grandes cardos todavía enhiestos, con su grisura fúnebre y engañoso desvalimiento, desafiantes, resistentes como la dignidad imponente de algunos desheredados, apenas sintió un pinchazo alargado en el pecho que aguzó su epicentro hasta dejarlo sin respiración. Pero no sintió miedo, porque no era la primera vez, aunque en unos instantes todo su cuerpo se había convulsionado, e instintivamente contuvo la respiración por temor y convencimiento de un segundo amago definitivo que no llegó: «Aquí está la mala puta», se dijo, «pero a estas alturas qué más cojones da. Lo que te jode, Ezequiel, no es morirte, sino no haber vivido lo que tenías que haber vivido».

Y en la mente de Ezequiel Molina daba vueltas la Elisa con su sonrisa insinuada en el albor de su cara, en su timidez retraída y la quietud serena de su mirada, con un resplandor algo humedecido. Todavía, después de tantos años, sentía el arrebató de su entrega, un rescoldo avivado por la complacencia catalizada de su cerebro, el chisporroteo último de las ascuas de aquel lejano deseo. Nunca sintió nada igual con ninguna otra mujer, ni siquiera con el amor adolescente de la Cisca, que le descubrió la tersura de su cuerpo una noche de luna llena en la caseta de las eras, y lo amó con pasión ciega, tenaz y atolondrada hasta quedar apartada por el compromiso formal con la Amalia, atractiva y esbelta, pero seca y adusta como las matas agostadas en los páramos de Hontanalta, pensaba Ezequiel Molina; y fría para el amor, que hacía como de encargo o de oficio matrimonial inevitable. Pero nunca la vio tan hermosa, tan displicente e inalcanzable como la tarde en que se juntaron sus respectivos padres con don José María, el cura, para arreglar lo de su matrimonio, porque según este último «había que impedir que se abonara el escándalo y evitar la ignominia», después de que Ezequiel hubiera zarandeado de las pecheras a su propio padre; ni nunca tuvo tantos deseos de follársela como unos días después en que, a la hora de la siesta, le gritó histérica, desasiéndose de él repentinamente cuando, completamente empalmado, le introducía los dedos por entre la costura de las bragas: «O lo dejas radical o te vas de aquí con esa gran puta». Y fue en ese mismo momento cuando Ezequiel Molina sintió el arrebató violento y la amargura profunda e inextinguible que le había comentado tantas veces su amigo Dimas, el viejo catedrático liberal del que los falangistas de Hontanalta recelaban y al que amenazaron con fusilar, porque le encontraron un aparato de radio que ellos creyeron una emisora con la que se comunicaba con los rusos:

–Ezequiel –le había dicho en una ocasión–, el despecho de una mujer es lo peor que te puede pasar si te gusta mucho o estás encelado, porque te crea un dolor, una humillación y una impotencia que no desaparecen ni aunque la mates. Y además está en el *Eclesiastés*: «Más amarga que la muerte es la mujer».

–¿Y qué es eso del *Eclesiastés*, Dimas?

–La Biblia, hombre, la Biblia...

–Ah, joder, la Biblia...

Cuando Ezequiel Molina encaró el caminillo que daba al cerral de las bodegas, volvió a sentir un fuerte dolor por encima del pecho, pero esta vez no se aguzaba dejándole sin respiración, sino que se le atravesaba como un bloque que ascendía hacia la garganta para estrangularle, una poderosa marea que le contraía y paralizaba el tronco y la garganta con una fuerza seca, brusca y desconocida. Entonces sintió un miedo cervical, seguido de un arrebato de pánico y la certeza de una señal inequívoca de su propio final. Pero cuando llegó al poyo de la puerta de la bodega que miraba al valle y trató de tenderse en él, recostado en el brazo derecho, se dio cuenta de que había recorrido a trompicones más de treinta metros semiinconsciente: «Como el instinto de la presa malherida la conduce en las últimas al recodo abrigado para desollar», murmuró para sí Ezequiel Molina. Y notó en seguida que cuanto más se recostaba, el dolor amainaba ligeramente y que su cuerpo estaba empapado de sudor. En esos instantes de tregua forzó su consciencia y consiguió enderezarse hasta sentarse derecho, se desabrochó los dos botones de la parte superior del tabardo, se quitó de encima el garrafón y, acezando frente al ocaso enrojecido, se repitió en su mente: «Calma, viejo, un poco de calma..., a esta mala puta, como decía Dimas cuando lo del cáncer terminal, sólo cabe mirarla de frente, porque entonces el miedo desaparece y sólo tienes que esperar».

Al otro lado del valle, el sol caía como una pesa de reloj antiguo y gigantesco sobre los cerros calizos de pinos y carrascas, y un manto anaranjado reverberó de súbito sobre la vega y las mesetillas de los tesos lejanos. Mientras jadeaba más espaciosamente y buscaba alivio en una nueva postura que redujera el dolor oprimente, como surgido de un brutal entablado de pecho y espalda, Ezequiel Molina creyó que aquella leve tregua le agarraba a la vida, y que la vida no era otra cosa que aquella luz derramada por el campo y su gleba gris, muy pronto reverdecida por el pulular del trigo y la cebada; que la vida era observar la curva que trazaba el arroyo hasta enfilear el valle, como un surco enorme sobre el llano que pronto vertería sus ribazos florecidos entre el carrizal y los pegujales parcelados de sus orillas. Era la contemplación de las suaves lomas que hacia el sur rodeaban la vega y encajonaban la cañada, en cuyas laderas trepaban aisladas carrascas y escaramujos y las grandes copas de los pinos piñoneros emergían de los vallejos y hondonadas, antes de que la vista se diera con el trazo grueso y rectilíneo del pinar, cuyo verde nimbaba en el horizonte la silueta tenue de Guadarrama.

Y Ezequiel Molina pensó que todo aquello seguiría allí al poco de su muerte, al día siguiente y al día siguiente del siguiente día, como se habían sucedido los días y los años desde la muerte de la Elisa aquella mañana de octubre nublada y desapacible, cuando la encontraron en la mecedora que le había regalado su difunto marido, el labrantín Juan Pérez Otero, muerto de tisis, apenas transcurridos tres años de matrimonio. Estaba frente a la ventana de su habitación, que daba al corral y enmarcaba el brocal del pozo, el

abrevadero de piedra y la higuera. Tenía la cabeza ladeada y los ojos y labios ligeramente entreabiertos. Se había puesto el mejor de sus vestidos, uno de raso verde que también le regaló su difunto, y una chaqueta a juego de encaje negra: «Yo no vi nada raro», le dijo Gildo Raposo, el alguacil, al juez de paz de Hontanalta, «la cara sí que la tenía un poco amoratada, pero el cutis... todavía lo tenía finísimo, don Anacleto, como de nácar». Y la Cisca, cuando el cortejo discurría por el pinarillo hacia el cementerio, dijo a las dos comadres que la flanqueaban: «Fueron dos dedos los que tuvo que chiscarla Gildo a la mosquita muerta, pero que no hubo manera, porque aun así, cuando quiso tirar de la foto de Ezequiel que tenía en la mano derecha, se rompió y ésta se quedó con un cacho poco menos de la mitad que no hubo manera. Y ahí se la lleva en la caja pallá... Hay que ver el daño que ha hecho esta doña remilgos para, al final, morirse de tristeza..., como las princesas, no me jodas».

Pero Ezequiel Molina no quiso o no tuvo valor para asistir al entierro porque sabía muy bien que habría sido el centro de las miradas excitadas y mórbidas de las gentes de Hontanalta, que daban pábulo al caso como el trasiego infernal de un termitero agredido. Se ensimismó durante largas semanas, arrastrando una melancolía insondable y hermética que inflamó de tensión la convivencia con la Amalia, vengativa e implacable en sus movimientos, en cada gesto o mirada compartida, como dardos envenenados que, al lanzarlos, aquietaran su rencor eruptivo y renovado ante el alejamiento ausente de su marido. Y en todo ese tiempo, Ezequiel Molina vivió como un autómatas inerme, viendo a la Elisa de manera obsesa en la mañana en que se acercó a su casa y en el mismo portal, sin mediar palabra y mirándola a los ojos, le dijo: «O mato a todos estos o lo dejamos, Elisa». Y una y otra vez veía con nitidez cómo la Elisa le clavaba la mirada, sin reproche, con gravedad y forzada entereza, como si sujetara *in extremis* un cuerpo desmoronado. Y una y otra vez, el declinar de su vista y el darse la vuelta lentamente y desaparecer.

Frente al resol que encendía una palidez rosa en la nieve de Peñalara, como un rescoldo al fondo del horizonte, Ezequiel Molina pensó que aquella luz tamizada debía de ser el comienzo del claror intenso que, según le había comentado Dimas, estallaba en el cerebro de los moribundos poco antes de que pasara por su cabeza en imágenes aceleradas toda su vida, como fotogramas rapidísimos de una película perfectamente ensartada. Pero nada de eso pasó por la mente de Ezequiel Molina, de nuevo oprimido y congestionado, sino que, de súbito, se vio a sí mismo la madrugada veraniega en que, en vez de ir al campo, se dirigió al corral de las ovejas que tenía situado a las afueras de Hontanalta y era colindante con el de Anacleto, a su vez contiguo del corral y casa de la Elisa. En nítidas imágenes, fue viendo cómo saltaba de uno a otro por las paredes de piedra caliza sin revocar, fácilmente escalables por sus resquicios y, cuando se disponía a bajar al corral de la Elisa, sentado a horcajadas en el caballete de la pared medianera, y miró inopinadamente al fondo de los colgadizos de Anacleto, vio a éste precipitarse y desaparecer detrás de la panera, como si hubiese estado al acecho, esperándole largo tiempo hasta cazarlo y abatirlo con su vista y descubrimiento.

Ciego de ira, como si el pecho le abrasara y su sangre corriera como un torbellino de lava, Ezequiel Molina cambió su posición sobre el muro a mujeriegas, saltó con brusquedad los casi dos metros y medio de altura hasta el suelo y salió corriendo hacia el fondo del corral de Anacleto, hasta llegar al pajar. La sangre restallaba en los rincones más recónditos de su cuerpo y el bombeo de su corazón resonaba en su cabeza con un rebote desbocado. Echó un vistazo en torno a las pilastras del pajar, cogió una garia que apoyaba en una de ellas y con paso refrenado se dirigió hasta la panera. Aguardó unos segundos ante la puerta cerrada en sus dos hojas verticales, como si adivinara algo y, tras empuñar la garia en posición de ataque, dio una violenta patada a la hoja derecha, que se abrió con estruendo; un quiebro violento hacia su izquierda como movido de un resorte, justo detrás de la hoja incólume, y puso la garia sobre el cuello de Anacleto, con tanta brusquedad y certeza que uno de los dientes centrales le penetró la carne, y brotó al punto un chorrito de sangre que bombeaba el corazón de Anacleto, desbocado por el pánico. Y en aquellos segundos interminables sólo se oyó el gañido gutural de Anacleto y la respiración acelerada de Ezequiel Molina, que vio en los ojos desorbitados del otro un miedo animal, postrero y miserable y que, sin saber por qué, aplacó su ira y determinación. Sin apartar sus ojos fijos en los de Anacleto, con una ligera mueca de desprecio, Ezequiel Molina lanzó de repente la garia hacia el fondo de la panera y después de rebotar un par de veces con estrépito, fue deslizándose por el cemento del suelo hasta que cesó su inercia y el eco del ruido se apagó en el fondo de sus cerebros. Hierático como una esfinge, Anacleto cerró los ojos, mientras Ezequiel Molina se volvía sobre sus pasos hasta saltar al corral de la Elisa que, alarmada por los ruidos, le esperaba ansiosa, y se le lanzó al cuello y abrazó y besó con arrebató. Y en la congestión de su mente, Ezequiel Molina no sólo vio con claridad pasmosa aquel lance de antaño, sino que sintió como una verdad presente el sabor de aquellos besos apasionados de la Elisa, el tacto y el olor de su piel, la presión y turgencia de sus senos, la ternura inmensa que espejeaba en sus ojos y la dulzura toda de aquella mujer amada que ahora, en un golpe seco, se difuminaba en su imagen hasta desaparecer, como la línea azulada de la sierra se perdía, apenas ya perceptible, poco más allá de Somosierra.

Cuando Antonino Raposo, hijo de Gildo Raposo, alguacil de Hontanalta, se acercaba rodeado de curiosos con el cadáver de Ezequiel Molina, que llevaba en la decauve del ayuntamiento, la Amalia esperaba en la puerta de su casa erguida y grave, y sólo cuando llegaron ante ella se quebró su ánimo llevándose su mano derecha a la boca, mientras ahogaba un conato de emoción. Antonino Raposo, entonces, se quitó la gorra y dijo:

—Lo encontramos en el poyo de la bodega, señora Amalia. Estaba ovillado y casi frío, como un pajarito.

—¡Hala! ¡Hala!, metédmele para la alcoba, que lo vamos aviando mientras llega don José María, a ver si tiene provecho todavía el viático, que buena falta le va a hacer.

Y se retiró con un breve gemido hacia la cocina, mientras se repetía: «Animal..., que

siempre fuiste un animal...», como un murmullo apenas perceptible en el zumbido y bisbiseo de las comadres, que subían de tono sus plañidos hasta la estridencia.

Carta de Elisa¹

Querido Ezequiel:

Cuando leas esta carta, yo habré muerto. Es mejor así, Ezequiel. Para mí ya no queda alternativa ni le veo sentido a todo esto. Si en algún momento alimenté la esperanza de tenerte fue porque el amor me cegaba. Hasta la muerte de Juan, nunca había encarado la realidad conscientemente, ni la vida me había zarandeado con tanta brutalidad y de manera tan fría e irremediable. Protegida y mimada como he estado casi siempre, se me han facilitado tanto las cosas, se me ha allanado tanto el camino, que hasta que Juan se puso enfermo nunca había reparado en el dolor inmenso que una puede sentir y soportar, y en la crueldad incesante que desata la perspectiva cierta y cercana de la muerte. Hay algo en la seca tos de los tuberculosos que te alerta y conmueve con el solo pensamiento de su llegada, como si el desgarrar con que avisa su vómito de sangre fuera el anuncio de la huida de la propia vida en un plazo no lejano e irreversible. Esa sensación de certeza, Ezequiel, es atroz porque ni siquiera te deja el resquicio de la duda, que ante el temor o la amenaza da tregua a la ansiedad y permite altibajos a la esperanza. Es esa misma certeza la que tengo ahora, Ezequiel, y por eso conozco con claridad la dirección de mis pasos y su final inevitable. No te culpo de nada. Los dos hemos errado estúpidamente desde que nos alejamos en la adolescencia. ¿Cómo pudimos llegar hasta casi la indiferencia en aquellos años tan hueros? ¿Cómo fue posible aquel desapego, Ezequiel? ¿Cómo, después de haber compartido todo juntos tan temprano? ¿O acaso nuestra distancia era fingida, fruto simplemente de inmadurez y un mal entendido orgullo? Lo recuerdo perfectamente, Ezequiel. He ido enriqueciendo la memoria que tengo de ti hasta el detalle escrupuloso. Al final, es todo lo que tengo, recuerdos y sensaciones que me han ido revelando en el tiempo mi propia inconsistencia y la rapidez con que todo se sucede y desaparece con un dejo amargo y una alargada frustración de dolor escarnekido. Fue en la segunda quincena de junio, Ezequiel, un día espléndido y despejado después de una semana de tormentas. Era domingo, pasada la hora de la siesta, y la luz estaba limpia y el cielo alto, impecablemente azul, purísimo, «como sólo puede contemplarse en Castilla», me diría muchas veces mi tío Dimas. Cuando te vi con mi bicicleta por el sendero arenoso del pinar, sentí que todo mi cuerpo se encendía y mi corazón me golpeaba con una fuerza desenfrenada que me empujaba loca de alegría. Creo que en esos momentos habría podido volar hacia ti, tanto era mi impulso y la ligereza que sentía. A veces, cuando me siento completamente desolada, busco la emoción de aquellos instantes y me

recreo en aquel estímulo nunca antes conocido. Desde la muerte de Juan mi vida se ha ido poblando de recuerdos antes y después de que reaparecieras. He buscado en mi corto pasado las claves de mi inconsciencia y de mi infelicidad. En mi falta de voluntad y en mi apatía he encontrado la causa de mi desvalimiento y la ligereza voluble de mis movimientos, a los que siempre he sabido envolver en una presencia de aparente timidez, pero esa presencia no ha impedido nunca que mi interior bullera como una caldera y que mis deseos repentinos fueran adueñándose de mí hasta verlos realizados con una satisfacción caprichosa y obsesiva. Sólo en los recuerdos más intensos he encontrado el consuelo o la cruda verdad de mí misma, como una barandilla que me preservara del vacío de mi melancolía, porque mi profunda tristeza, Ezequiel, no es exactamente tal tristeza, sino melancolía, que como me explicó mi tío Dimas «es su variante más elevada, profunda y peligrosa, porque si no le opones toda tu fuerza para salir de ella, te va meciendo placenteramente y puede llevarte hacia el desastre». Pero yo podría añadirte de mi propia cosecha, Ezequiel, que, antes de seducirte, sobre todo te produce altibajos y luego te arrastra con la suavidad imparable de las mareas y no siempre eres capaz de sacar fuerzas suficientes para escapar de su dulce veneno. En realidad todo su embrujo está en sucumbir con ella. Mi vida ha sido tan insignificante que cuando empecé a tener conciencia de ella sólo tenía y me llenaban algunos recuerdos y una frecuente querencia a recrearme en ellos. Y en los que más a menudo me asaltan estás tú, Ezequiel, desde nuestros juegos de infancia hasta el escándalo de nuestra relación última. Entre todos, he llegado a tener devoción por el de aquella tarde de junio, de la que podría darte detalles con asombrosa exactitud. Tu carácter introvertido no te ha impedido nunca conseguir lo que te has propuesto. Tu eficacia se abre paso con sigilo y decisión y, aunque de pocas palabras, siempre has sabido transmitir tu fortaleza y tu voluntad, incluso con tu sola presencia. Tu presencia y tu mirada, Ezequiel. Aprendí a leer en ella en el mismo instante en que me acercaba a ti aquella tarde en medio del pinar. Estabas sentado en cuclillas en el sillín de tu bici, con los pies en la barra y la espalda apoyada en el tronco de un pino. Y cuando estaba a punto de llegar a tu altura, diste un brinco y volviste a montar en tu bici como movido de un resorte, y mirabas para atrás y remirabas, buscándome eufórico y exultante, y tu cara resplandecía, Ezequiel, y tuviste que aflojar el paso en varias ocasiones para esperarme. Y no nos abandonaba la sonrisa, y cuando pude verte a un par de metros, observé que, como yo, estabas nervioso y felizmente turbado por una sensación que te superaba. Y yo no pensaba en nada, porque iba en volandas. Flotaba de excitación y todo me parecía hermoso y radiante. Olía a resina recalentada, a tomillo y a sardinilla del pinar, un olor intenso que siempre me devuelve a mi infancia y despierta en mí sensaciones y recuerdos, como si se avivaran de pronto con una claridad y una precisión total. Es el mismo poder de evocación que me produce el olor penetrante y sutil del espliego o el más denso y envolvente que desprende la mies cuando sazona en junio, el mismo olor de aquella tarde, húmedo, nutriente, de las cebadas y trigos del valle. Habíamos bajado la ladera por el camino zigzagueante de El

Molino y, después de dejar las bicis, fuimos de la mano por entre los linderos de las cebadas hasta el horcajo de los dos ramales del arroyo que precede a la poza grande, cercana a las ruinas de El Molino. Y cuando saltaste la compuerta de la presilla del arroyo y me alargaste tu mano para que yo lo hiciera, no tuve ningún miedo y me vi de repente en tus brazos y sentí tu boca en la mía en un arrebató violento y delicioso. En ese instante el tiempo se paró y a mí me pareció vivir un estallido de luz, a partir del cual fueron deslizándose los segundos lentamente, con el susurro del viento en los carrizos y el murmullo quedo del agua al remansarse en la curva de su cauce. Creo que todavía siento el sabor de tus besos, el olor de tu cuerpo, la fuerza de tus brazos, tu jadeo animal..., y mi embeleso, y mi locura y mi grito, que apagaste primero con tu mano y al poco con el más profundo de los besos. Al otro lado del arroyo, la brisa mecía y ondulaba la cebada con un tornasol de seda verde, y yo tocaba ensimismada tus labios con mis dedos, como si comprobara que aquello había sido cierto. Tenía catorce años, tres menos que tú, y hacía un año que me había venido la regla en el internado de las monjas de la capital. Un hecho que me desconcertó por completo al principio y unió a la sensación de suciedad y de asco una nunca experimentada incertidumbre, una estrenada sensibilidad también de temor y recelo, pero a la vez de un desconocido estímulo, y una inquietud que encubría el comienzo del deseo. Y mi deseo eras tú, la llegada ansiosa de las vacaciones de verano como única meta.

Las imágenes de aquella tarde vuelven a mi cabeza a menudo como un recurso tranquilizante que mi alma necesitara. Son escenas claras, luminosas, que pasan por mi mente con lentitud y un leve rumor de fondo; y aunque son muchos los recuerdos que tengo de nuestra intimidad, ninguno se me representa con la perfección de aquellas, ni siquiera los de la madrugada que te plantaste en el corral de mi casa a comienzos de verano. Yo sabía que lo harías, quise que lo hicieras desde el momento en que la congestión y el dolor por la desaparición de Juan fueron cediendo hasta dar paso a una sensación de vacío y monotonía, en la que poco a poco fui recuperando el pulso natural de la propia vida, su expansión necesaria y reparadora que precede al bienestar de la salud recuperada. Y cuando sentí de nuevo el deseo fuiste el primero que acudió a mi mente no obstante mi orgullo y mi despecho, alimentados durante años por tu debilidad faldera, por tu ligereza e insufrible desconsideración. Recuerdo la angustia y la desesperación que me causaste cuando estando en el internado del colegio me dijeron que tonteabas con unas y con otras, aunque más formalmente salías con la Amalia: ¡oh, Dios!, te hubiera matado entonces... Ni siquiera fuiste capaz de soportar mi ausencia un par de cursos más. Yo habría acabado el bachiller, que era lo que más deseaba, para volver a Hontanalta y estar contigo. Habría renunciado a todo, estudios y carrera, que me importaban una higa, como el colegio y el futuro magisterio, que eran una verdadera condena, porque mi única aspiración eras tú, esta odiosa Hontanalta y tú. Pero no, no pudiste esperar. Pensabas que me tendrías siempre y, mientras tanto, aprovechabas para tocar a todas, incluida la más arisca, la más resistente y difícil: la seca, soberbia,

envenenada Amalia. ¡Hombres!, os ofusca la vanidad y el deseo; la una os ridiculiza y degrada, el otro os animaliza. Con las mujeres os movéis en términos de conquista, y la de Amalia, pensando que era un juego del que saldrías sin dificultad, se te ofreció como un camino de obstáculos ante el que te creciste. Te estimulaba su frialdad y aparente displicencia, hasta convertirse en un reto que te cegó en tu empecinamiento. Cuando quisiste volver a mí como si nada, habías ido demasiado lejos y yo estaba despechada. Por entonces supe de verdad lo que era el odio. Nunca había sentido nada igual, pero te odiaba con una violencia nunca experimentada y, sin embargo, pese a mi propio impulso y deseo, te amaba; te odiaba y te amaba con una radicalidad morbosa, con unos sentimientos desbocados que ni podía impedir ni controlar. De todos cuantos me han pretendido, ninguno me ha inspirado lo que siento y he sentido siempre por ti, Ezequiel, esa inclinación irreprimible que desde la infancia me ha lanzado hacia ti sin remisión y que, estoy convencida, es recíproca. Por eso pienso que aquella traición tuya fue el comienzo de la destrucción de nuestras vidas. De la mía, porque en adelante ya sólo pude mirarte con ansiedad y recelo, con un cosquilleo que me empujaba a la venganza; de la tuya, porque la insatisfacción y la mala conciencia de tu error te fueron amargando los años, sin saber reparar un daño que te exigía una renuncia imposible a tu familia y hacienda. Para mí aquel revés supuso también el descubrimiento de mi propia conciencia, de la realidad de mí misma. Descubrí mi orgullo en la belleza de mi cuerpo y con él la respuesta a un estado de contrariedad y angustiosa impaciencia. Me di cuenta de mi hermosura delicada, de mi mirada retraída y coqueta, de la blancura de mi piel humedecida e impecable sobre la que se posaban las miradas. Un descubrimiento que atizó en mí el deseo de gustar, el placer de ser admirada. A partir de ahí supe muy pronto de la fuerza de mi atractivo. Me miraba y remiraba en el espejo hasta extasiarme de mí misma. Y ese placer me daba seguridad. Junto al convencimiento de suscitar el deseo y la admiración, mi propia belleza me tranquilizaba. Desde la pubertad, una mujer hermosa percibe al instante cuándo se la observa y desea. Es una sensación excitante que revitaliza y fortalece con un impulso imparable. Te permite contemplar a los hombres con una ventaja que bien aprovechada es decisiva, pero, sobre todo, te da esa satisfacción de control, de poder sobre el otro en todo momento, algo que, al contrario del deseo, te aquieta, te relaja y equilibra. Es una sensación de plenitud cuya enorme fortaleza sugiere en las almas generosas la necesidad de hacer concesiones. Esas concesiones que a muchos hombres les llegan a parecer méritos propios: ¡oh! qué ridículos y engreídos sois los hombres, pero qué rematadamente estúpidos cuando os ciega el deseo. Las mujeres hermosas e inteligentes, esa combinación inalcanzable para vosotros, saben muy bien hasta qué punto resultáis patéticos. Esa estampa deplorable que ofrecéis, ese desarme de la razón que os idiotiza y conduce al sufrimiento, que os zarandea y violenta con una ceguera obsesiva, con una ansiedad despreciable. Es uno de los espectáculos más bochornosos que he presenciado y sufrido en mi vida, aunque en tu caso siempre has sabido sobreponerte aparentemente para salirte con la tuya. Pero, por

Dios, Ezequiel, ¿qué tenía ese secarral de mujer para que descuidaras con infame ligereza mi ternura? Reconozco que su belleza glacial produce un extraño atractivo y, desde luego, con su hacienda, la hacía entonces el mejor partido de la comarca. Pero con la herencia de tu familia te sobraba y a ti no te interesó nunca el dinero, ¡Ezequiel, por Dios!, ¿qué viste en esa terca beata para que mis ruegos desesperados, repetidos con angustia una y otra vez, fueran baldíos...? Cuando tú me suplicaste, yo cometí el error de volver. Cuando yo te supliqué, tú volviste a engañarme. Estaba dispuesta a arrodillarme ante ti, tan ciega estaba, pero, al final, con un dolor inmenso, pude arrancarme a mí misma de tu tiranía, imponiendo mi orgullo, que siempre me ha acompañado como la manifestación inequívoca de mi dignidad; y cuando, finalmente, volviste arrastrándote de nuevo, mi decisión de olvidarte estaba alimentada ya por el deseo de venganza, aunque el dolor me torturaba y los años me demostraron que era un empeño imposible. Hubo un momento en que pude haberme liberado de ti, porque mi vida, por primera vez desde mi infancia, tomó derroteros completamente nuevos cuando quedé embarazada de Juan. Yo nunca estuve enamorada de él, pero de cuantos han pasado por mi vida, ninguno fue tan generoso y constante, nadie tan empeñado y tenaz, tan convencido de su empresa, una vez que vio con claridad la ruptura inevitable entre nosotros. Por entonces yo estaba confusa acerca de casi todo, sólo me urgía una idea necesaria: huir de ti. La vida de hija única, regalada, que siempre me garantizó mi familia, me alejó del esfuerzo y los estudios, cuya importancia sólo supo hacerme ver años después mi tío Dimas, con su sabia sorna y su bondad enorme, que palpitaba siempre dispuesta tras la coraza de su aparente sequedad. Juan tenía suficiente y aun hizo acopio de mucho más para disponerlo todo a mi servicio y convencerme. Y yo me dejé seducir por inercia y comodidad en un tiempo donde empecé a comprender la dureza de la propia vida, la mezquindad y la miseria de una sociedad humillada y envilecida en todos sus órdenes y de cuya infamia sólo podía escaparse con egoísmo y disimulo, con una estudiada y firme hipocresía, con un aprendizaje en la mentira capaz de hacer de la traición cotidiana un arte. Pero al sentirme embarazada, todo pareció distanciarse de repente y a la ilusión desconocida que nació de mí misma se añadió la busca de la tranquilidad, el descubrimiento de la calma como un bien cada vez más apreciado. Llegué a comprender que la felicidad empezaba por ahí, por saber defender y preservar la tranquilidad de uno mismo y que esa disposición de ánimo era la base para cualquier deseo y aspiración. Me di cuenta de que el amor con que Juan me idolatraba merecía algo más que el oficio de mi comparsa, y así brotó el afecto, luego el cariño y, al fin, una ilusión acariciada y compartida que llenó mi vida en unos pocos meses de sosegada plenitud. Fue tan intensa como breve, tan emocionante como brusco su violento fin, aquel vaciarme horrible que recorrieron mis entrañas cuando tenía el futuro a mi alcance y el entusiasmo henchía mi piel y la hacía resplandecer en mi cara. No quiero buscar las palabras para expresarte el dolor de aquella crueldad. Al aborto inesperado le sucedió un enfermizo abatimiento, un vagar enajenado del que sólo la insistencia y el amor profundo de Juan me rescataron. Y

al poco, cuando volví a sentir el pulso de la vida, a recobrar los olores y sabores, cuando la mirada entregada de Juan encendió en mí la insinuación de una tímida sonrisa, supimos de los primeros síntomas de su enfermedad. No sólo me recuperé al darme cuenta de que Juan iba a necesitar me más que nunca, sino que me juré a mí misma amar y ayudar a aquel hombre aunque fuera a costa de mi propia vida. Años terribles, Ezequiel, cuyos ecos te llegaban a través de la conversación y la amistad de mi tío. Una cuenta atrás en la que el sufrimiento iba despojando de sentido a la vida y a las cosas, tan innecesarias cuando lo poco que realmente importa lo ves amenazado y extinguido. Porque entonces es verdad que no eres nada y es tanta tu debilidad y pequeñez que comprendes el recurso a los medios más extraños, hasta entonces ignorados o despreciados, y el miedo te hace manso y suplicante. El dolor me recordaba mi miseria y se me pegaba al cuerpo con una inquietud alerta, incesante y compulsiva. Cuando supe que Juan estaba sentenciado sufrí un ataque de nervios que me produjo un sudor frío y una debilidad extrema durante largas semanas, una congoja en el pecho y la garganta que no desaparecían a ninguna hora, en ningún momento, y a cada segundo eran un recordatorio maldito y una sensación agobiante de mi misma claustrofobia. Luego la seguridad cercana de su muerte fue haciéndose un hueco en mi mente y mi cuerpo fue acomodándose a la idea, buscando el descanso y la supervivencia, hasta que ya no pude reprimir un minuto más mi verdadero deseo: que Juan se muriera, que se muriera cuanto antes y que acabara aquel tormento. Lo deseaba con todas mis fuerzas, sin otro pensamiento en la cabeza, y cuando por fin murió, con su cuerpo todavía caliente, sentí un alivio desconocido y una dulce flojedad, una sensación de asco profundo hacia mí misma y un desapego absoluto hacia todo y hacia todos, como si mi languidez me paseara por regiones de otro mundo. Al cabo de los días, cuando la ausencia de Juan se me hacía patente en cada instante, en cada rincón de mi casa, en cada objeto... me derrumbé sin posible consuelo y sólo la atención de mis padres durante muchos meses me devolvió a la vida y a la soledad, donde te reencontré. Nunca quise comentarte estas sensaciones porque su recuerdo me debilitaba y enfebrecía y yo quería vivir de nuevo, aunque desde el primer momento que pensé en ti sabía que cometía una locura. Y, sin embargo, no me importaba, porque en realidad nada era importante. Después de todo, el sufrimiento extremo no es inútil, siempre que consigas superarlo, porque al arrastrarte por su particular infierno te insensibiliza hasta deshumanizarte, pero al final te fortalece de tal manera que aprendes a mirar de frente a la muerte, y eso te engrandece con una seguridad invencible. Te procura una sensación de dominio imperturbable sobre ti mismo y sobre todos los demás que no hay quien destruya, porque sólo entonces comprendes las contadas razones de tu existencia, tan frágiles, y la indiferencia o el desprecio que te producen las vidas miserables de cuantos te rodean, con excepción de unos pocos afectos y el respeto y la ternura que te inspiran algunas personas cabales y generosas. Así que lo que me pareció una locura, volvió a pasar una y otra vez por mi mente como un deseo y a la vez como un reto, no por enloquecido menos excitante. Pensaba, al fin y al cabo,

que al atraerte hacia mí de nuevo y sacarte de tu casa y de tu mujer, no era más que recuperar lo que siempre fue mío. Por supuesto que además me animaba un deseo de venganza sobre Amalia. Y aun debería decir la verdad: sobre todos los palurdos de esta insufrible Hontanalta, que, sin embargo, yo elegí libremente para vivir; pero también el deseo, Ezequiel, que de nuevo apuntaba hacia ti... Quise probarme a mí misma y, pese a los ruegos de mis padres, decidí volver a vivir sola en mi casa. Al fin era cuanto tenía. Esta mi casa de dos plantas y sobrado, de piedra labrada, que con tanta ilusión levantó Juan y que he ido conformando yo misma con mis ilusiones y manías, desde el vestíbulo hasta el pequeño jardín que precede al corral, con el antiguo abrevadero, la exuberante higuera, cabe el pozo, las dos sabinas, los caminillos de piedras entre la hierba, y los arriates, y mis flores. Junto a mis libros y el placer de su lectura, que descubrí gracias al estímulo de mi tío Dimas, fueron en adelante mi consuelo, mi único y verdadero reino. Yo sabía que vendrías, Ezequiel. Al igual que mi tío, sois los únicos capaces de desafiar a este pueblo de mostrencos. En las largas tardes de verano de mi primer año en soledad fui armando la idea de tu vuelta. Te evocaba una y otra vez en mi imaginación, parando la imagen de tu mirada en tantas ocasiones como te he pillado absorto sobre mí. Me daba cuenta entonces de que en los años en que yo estuve más lejos de ti, tú no podías dejar de observarme en la calle, en el café, en el baile. Cuando tú bailabas con Amalia y yo con Juan, te he sorprendido muchas veces mirándome completamente abstraído, casi me atrevería a decir que con una contrariedad ansiosa, con un dolor imperecedero. Y a mí aquello me reconfortaba, porque deseaba que sufrieras, pero también porque me daba perfecta cuenta de que yo, que en esos momentos no te necesitaba ni habría corrido hacia ti de ninguna manera ni por ninguna razón, seguía dominando tu voluntad. Era una sensación que me daba seguridad y me ensoberbecía, pero a la vez un vínculo que no por desactivado hubiera muerto, un ascua que encendía su fulgor tenue y resistente entre las cenizas apagadas. Mi soledad, que comenzó siendo querida y, propiamente, buscada, ha resultado al fin un estado insoportable, porque ya no puedo entrar y salir de ella a voluntad, sino que la imposibilidad de romperla o abandonarla es lo que determina mi vida, un ambiente de frialdad y desasosiego, un convencimiento profundo de no hallar la salida, una angustia amarga y certera de mi propia incomunicación. Yo me habría ido contigo a cualquier parte, Ezequiel, aunque nos hubieran perseguido y encarcelado..., pero qué digo, ya es tarde. Cuando me dijeron que te habían llevado esposado al cuartel de la Guardia Civil, supe con seguridad que todo había acabado y que lo que me aguardaba era un camino de sufrimientos horribles como los de antaño, sólo que esta vez no los superaría. Hay un momento en que te das cuenta de que la vida se quiebra de tal manera que a tu propio drama se le añade el repudio y la condena y que por mucha voluntad y fuerza que tengas, tu existencia y tus días te los marcan los otros, la angustia te la desbordan los otros, tu felicidad te la enturbian y destruyen los otros. Incluso, cuando te recluyes en ti misma, sientes que te acechan y perturban, que te envidian y te odian; aunque te encierres en tu casa y apenas salgas, porque el odio penetra por sus

rendijas con su aliento envenenado. Hace tiempo que lo siento. Hay noches que me ahoga. Sé que es la condena de esta sociedad primitiva. Lo veo en sus ojos. No ven a una mujer, sino un mal, un peligro, una carga en la que el adorno de su belleza y su resuelta voluntad son un agravante indeseable que aviva su violencia primaria. Cuando los miro fugazmente a la cara, siento que en su interior palpita una mezcla de repulsión y miedo a contaminarse de mi presencia. Es inútil buscar la paz y la tranquilidad cuando a tu alrededor todo se agita y el odio espera tu mayor daño y humillación. Creo que allá donde me retire irán a buscarme y me señalarán. Es posible que no pueda zafarme del todo. He pensado en poner tierra de por medio. A veces me ilusiona la perspectiva de la distancia como antídoto, como cambio radical que me renueve y recupere para la vida. ¿Pero dónde, en Madrid, en Barcelona? ¿Cómo empezar de nuevo? ¿Adónde ir que no me rebajen el trabajo o la propia existencia que se me ofrezca? ¿Para qué? ¿Con quién? ¿Cómo aceptar cualquier cosa? Me niego. Sólo imaginar la mirada babosa de los hombres sobre mi cuerpo me repeluzna y allá donde vaya sé que me sentiré indefensa. Me parece tarde para empezar otra vez. Y además no quiero olvidarte, Ezequiel. ¿Cómo borrarle de mis entrañas? ¿Cómo quemar mi telaraña de sufrimiento? Lo vengo pensando sin remedio desde que la luz blanquecina de los últimos días de agosto anunció el final del verano y el ocaso de las tardes de septiembre ha traído el color salmón de los primeros fríos. Mi melancolía se enciende como la lumbre de las casas de Hontanalta al atardecer, y ya no me abandona hasta la duermevela interminable que a veces me da tregua ya entrada la madrugada. Entonces pienso que la muerte no es ningún tormento, sino una liberación, que el tormento está aquí, en nosotros mismos y en los demás, y esa dependencia nos determina y coarta. Por el contrario, si la muerte no te ha llegado a sorprender, eres tú su dueña y el mismo pensamiento de serlo engrandece tu voluntad y el dominio de ti misma; pero, sobre todo, el dominio sobre los demás, a los que arrebatas toda posibilidad sobre tu persona con una decisión soberana. Tengo quien me proporcione insulina. Un pinchazo y se entra en coma suavemente. Un poco de sudor que va en aumento, mientras el pulso se aminora hasta extinguirse. Sólo son unos minutos. En mis sueños interrumpidos de estos últimos días pasados, me han venido a la mente una y otra vez las noches de primavera y verano de Hontanalta cuando éramos pequeños. Estábamos deseando que llegara el oscurecer en las noches serenas de mayo y junio para jugar a «Tres navíos hay en la mar». Sin apenas mirarnos, corríamos juntos hasta alejarnos lo suficiente para tumbarnos ocultos entre los trigos encañados, mirando boca arriba al cielo y las estrellas: «¿Has visto cuántas estrellas, Ezequiel?». «Sí, muchas.» «Ese polvo blanquecino, ¿lo ves?, es la Vía Láctea.» «Ya lo sé, nos lo ha dicho don José, el maestro.» «A nosotras nos lo ha dicho doña Pilar. Dice que hay estrellas tan lejanas que viajando toda nuestra vida aun no llegaríamos... ¿Te gustan las estrellas, Ezequiel?» «Sí, son como chinchetas luminosas, ¿a que sí?» Y luego te ponías encima de mí y me besabas. Yo sonreía hasta darme la risa y tú decías bajito: «Cállate, Elisa, no seas tonta, que nos van a oír». Y luego me desnudabas hasta las braguitas, que

acariciabas lentamente. Y la primera vez, cuando lo hiciste, te dije: «Son de piqué». «¿De piqué?» «Sí, tonto, el género, hombre...» «¡Ah!» Y seguías acariciando sus nuditos de algodón. Tenía nueve años y yo ya te adoraba... Ahora está cayendo la niebla y todo lo que veo se empaña con una envoltura blanquecina y grácil, con una ligereza de formas encantadas que resalta todavía la última luz de la tarde. Ésta es la luz de mis ojos que siempre he amado. Incluso atravesando la niebla me parece limpia, fina e impecable, como el aire puro de estos altos páramos, de sus valles sorprendentes y amenos que visten con belleza agreste sus laderas. Todo esto es duro, recio y hermoso como tu corazón, Ezequiel. Pero el mío está cansado para seguirle y creo que ya no me perdonaría una nueva andadura sin un engaño imposible. Yo sé que ni tú ni yo estaremos tranquilos nunca allá donde estemos. Hay algo profundo y claro que dentro de mí me dice que, sea donde fuere, tú y yo siempre nos perteneceremos.

La última espera

Cuando el médico le confirmó la metástasis del cáncer de pulmón que arrastraba desde hacía un año, Dimas Fresno Revilla aguantó la respiración durante unos segundos mirándole fijamente hasta expeler el aire por la boca en un gesto ostensible. El médico declinó su mirada en el instante en que Dimas le preguntó:

–¿Cuánto tiempo calcula que me queda?

El médico volvió su vista hacia la cara de Dimas y, tras frotarse varias veces el belfo con el dedo índice de la mano derecha, dijo con cierta reticencia, reposando su mano en la barbilla:

–Unos meses, no muchos... Quizá pueda llegar a medio año.

–¿Qué me aconseja? –preguntó Dimas con voz firme, sin apenas parpadear.

El médico cabeceó contrariado y, fijando de nuevo su mirada en los ojos de Dimas, contestó bastante más acelerado:

–Usted me ha obligado, don Dimas, usted ha insistido, me ha exigido que le dijera la verdad... Ésa es la verdad... Habrá que usar morfina seguramente... Del resto, estoy seguro que me dará usted una lección, haga lo que haga. Lo siento.

Dimas se incorporó lentamente de la silla, tendió la mano al médico y, al recoger el abrigo y la bufanda, dijo:

–¿Por qué lo sentimos tanto? ¿Ha pensado alguna vez en las decenas de millones de hombres que nos han precedido? Todos ellos han muerto. Han desaparecido, y ya está, eso es todo. ¿Por qué esta obsesión, esta angustia por la muerte? Cuando te toca, te toca, y se acabó... El reto es encontrar un poco de paz, quizá la serenidad en el último momento, como los patricios romanos. Gracias, amigo, ya sabe lo agradecido que le estoy.

Cuando abandonó su cátedra de Historia en la universidad de la capital y se retiró a la casa familiar de Hontanalta, donde vivió con su hermano mayor, su cuñada y sobrinos, Dimas Fresno Revilla tenía 46 años. Aquí vivió de su hacienda y labranza considerables, llevando una vida discreta y relajada. Quienes le conocieron en aquel trance recordaron largo tiempo la conmoción que en el pueblo produjo su regreso, al principio confuso e inexplicable; los rumores y murmullos que excitaron con morbo la impresionable mente de las gentes; el eco poco a poco decreciente del estupor de aquel acontecimiento y la admiración que en sus vecinos suscitó el traslado de su biblioteca desde su casa de la capital a la casona de los Revilla. Una sucesión interminable de cajas y cajones que

fueron descargando durante varios días y seguidos al acecho por los vecinos y curiosos como si fueran cajas de dinamita. Entre todos, fue por demás la desazón de la señora Eudosa, octogenaria asarmentada, viuda largona y atrabiliaria, que al segundo día de descarga dijo ensimismada en medio de un corro de pazguatos: «Con todo este material, a ver quién no se vuelve loco, o ateo, que es peor, se dice pronto...». Por entonces, hacía once años que se había divorciado de su única mujer, Esther Pedrosa Alar, duro contrapunto de belleza e ignorancia, soberbia y engreída, con acusados resabios de señorita de provincia consentida y desdeñosa: «A ver si te lo resumo de una puñetera vez: era insufrible, pero estaba buenísima. Eso era todo, y lo que querías oír...», le dijo una tarde tomando café a Ezequiel Molina, amigo y confidente, pese a sus muchos años de diferencia.

La chispa de la separación se produjo con el descubrimiento de las relaciones que Dimas había establecido en la facultad de Filosofía y Letras de la capital con una de sus alumnas. En Hontanalta se decía que nunca había dejado de frecuentarla hasta que ya, prácticamente, no pudo salir de casa y no volvió a vérselo coger el coche de línea. Lo que no se sabía a ciencia cierta en Hontanalta era por qué abandonó su cátedra de Historia o se la hicieron abandonar después de la guerra, no obstante una brillante carrera, cuya fama trascendió la comarca. Unos decían que se había enfrentado imprudentemente a los falangistas de la universidad, al mostrarse frío y reticente con el nuevo régimen; otros, que su indiferencia religiosa le había llevado inevitablemente a chocar con el decano de la facultad, don Torcuato Hernando de Ajimez, canónigo cercano al arzobispo y rector *in pectore* de los católicos, quien le habría perseguido con saña hasta no dejarle otra salida que la retirada, después de un pulso endiablado. Sólo unos pocos, entre ellos Ezequiel Molina, sabían que su divorcio en 1935 había sido la causa de su marginación y aborrecimiento después de la guerra, a pesar de su discreta moderación y disimulo en los años de conflicto y de su pertenencia a una familia influyente en la provincia, nada sospechosa para el nuevo régimen pese a algún incidente anecdótico. Y menos sabían aún que las supuestas relaciones extramatrimoniales de Dimas habían sido delatadas por el canónigo Torcuato a su suegra, doña Concepción Alar Revenga, en el confesionario de la catedral un viernes de cuaresma. Dimas había sospechado la fuente de aquella especie envenenada que, evidentemente, había llegado a su mujer, hasta que ésta misma se lo confirmó en el marasmo de una discusión violenta que le dejó desfondado. Guardó la afrenta en silencio hasta el año cuarenta y cinco en que, consciente y fríamente, devolvió la andanada al canónigo con motivo del aprovisionamiento de una nueva cátedra de Historia Moderna, a la que, con manifiesta hostilidad, aspiraban sendos candidatos de las facciones católica y falangista, un pico de oro de la orden de predicadores muy celebrado en la universidad pontificia de la capital vecina y un alférez de complemento, ascendido a capitán tras la contienda, que con agresiva altanería paseaba por los claustros un par de kilos de chatarra en las pecheras. El voto de Dimas dio la cátedra al falangista y abrió al instante un abismo de ira en el

canónigo y el bando católico que le marcaron en la ciudad comoapestado. Su exilio interior estaba cantado. Así que cuando años después, en uno de sus habituales paseos, le preguntó Ezequiel Molina, con curiosidad malsana, cómo eran los canónigos, Dimas le contestó:

–Mira, Ezequiel, los canónigos son como máquinas silenciosas del cinismo. Los ambiciosos se dedican a la intriga y al medro inconfesable de los cargos. Los poltrones se pierden en la degradación de una vida regalada; no pocos se amanceban, lo que la historia conoce como abarraganamiento. No es difícil encontrar canónigos trajinándose con soltura una o dos mujeres a la vez. Los más grandes e inteligentes aspiran siempre a lo más alto, es decir, al poder y control sobre las conciencias, lo que no les impide de paso hacer estragos en cualquier otro campo. Las excepciones, que las hay, se refugian y trastornan en el estudio o la música; almas especiales que conmueven y deslumbran a quienes se les acercan con sensibilidad y respeto. Pero ya te digo, son excepciones. Incluso en estos tiempos tan miserables siguen siendo modelos de economía placentera y respetable perversión.

–¡Joder qué percal, Dimas! A la vista de eso, es evidente que este cura de Hontanalta no llegará nunca a canónigo.

–Evidente, Ezequiel, evidente.

En los paseos por el campo había encontrado Dimas la válvula reguladora de su propio equilibrio, la ventilación necesaria de su tensión anímica. Convencido de su temprana derrota, fue asimilándola con decidida convicción y el estímulo garantizado de una vida material de sobradas rentas. Su natural sedentario y el amor apasionado que desde niño había sentido por la naturaleza y el aire libre le devolvieron en su obligado retiro a la afición por la caza, que había practicado desde muy joven con su padre y sus hermanos. Desde entonces, el paisaje de Hontanalta se le había ido impregnando inopinadamente en las numerosas jornadas cinegéticas de antaño; en las frescas y todavía luminosas madrugadas del primer otoño, en que la caza de la perdiz en mano por páramos y laderas se le grabó de por vida como una de las experiencias más excitantes y arrebatadoras; en los paseos reposados y pacientes de los atardeceres tempranos en los cazaderos soleados de la liebre o en los más abruptos y estorbados parajes en que los conejos solían despedir el ocaso entre el tamiz tenue de sus luces, no muy lejos de sus madrigueras, antes de que la llegada del invierno hiciera de las tardes un tiempo breve de gris y acelerada melancolía. Un mundo del que, sin desprenderse del todo, había descuidado en los años de su ascensión académica y que, en la hora de su vuelta, se le reveló como una opción de refugio llevadero frente a la sordidez y envilecimiento inevitables de la vida activa en la capital, un lugar y un tiempo para la infamia.

Desde el momento en que volvió a su pueblo, Dimas supo que el precio era la soledad y el aislamiento, seguramente sin retorno. No le preocupaba tanto la imagen e interpretación chismosa de su propio fracaso entre capitalinos y rústicos, como las dudas de su propia resistencia ante una prueba que no estaba seguro de superar. Conocía bien

su misantropía, precipitada y enriquecida como antídoto en los últimos años, su orgullo callado e irreductible que en los arrebatos de ira abría su puerta a la soberbia; su discreción y conservadurismo en el trato, que ocultaban, sin embargo, una aguda intuición y una inteligencia despiadada y crítica, retenida por una prudencia medrosa, algo apocada e insegura en situaciones extremas, pero resuelta y firme una vez determinada su voluntad. Temía el día a día en un pueblo que no alcanzaba los dos mil habitantes. Un viejo conocido, ahora reencontrado para siempre en los llanos que al sur del Duero miran a Guadarrama. Una comarca hermosa de luz, quebrados llanos de pinos, carrascas, enebros y sabinas; de arroyos, valles y vegas escoltados por tesos y lomas que habían ahormado un mundo resistente de gentes ásperas y endurecidas, ceñidas a la costumbre, la sospecha y el resabio. Conocía a sus paisanos, su reciedumbre grosera, su incontinencia primaria, que en los más agudos buscaba el sumidero de la sorna; la desconfianza inhibitoria, ponzoña del porvenir; la carcoma de la envidia, que alimentaba el odio preñado de violencia reprimida, pero presta; odio latente, fermentado, que acumulaba la memoria de los días, semoviente como una gusanera; tierra alimentada por el roce inevitable de la cercanía, el cruce de la mutua presencia como un vuelco repelente, a la postre insoportable.

Dimas sabía dónde se metía, de modo que ordenó su vida acentuando la distancia para con sus convecinos. Sin perder la cortesía y la afabilidad hacia las gentes mejor dispuestas, hizo de su presencia una figura respetada y temida, aceptada y a la vez extraña, pero asumida como excepción de un mundo inalcanzable, que estaba por encima de la distinción de las familias más ricas de Hontanalta. Dimas fue siempre en su pueblo «el catedrático», el paseante y fumador empedernido, el señor que aunaba modales y educación exquisitos con una sequedad imponente y, no obstante, atractiva, con una actitud parca y concisa y, sin embargo, receptiva. Vestía con gusto y exigencia muy contrastada entre la indumentaria de calle o campo, finas telas bien cortadas para una docena de trajes habituales, tabardos de pieles y un repertorio completo de panas, con zapatos y botas hechos a la medida. Pero era su penetrante mirada y la precisión de sus palabras, el tono sosegado de su conversación, lo que más impresionaba a sus vecinos de Hontanalta, que sentían por él una mezcla de obsequiosa veneración y servicial cautela. Nunca nadie en Hontanalta dijo una palabra más alta que otra sobre don Dimas. La curiosidad y el chismorreó que su regreso y su vida suscitaron fueron ventilándose en un tono menor, como si desde el primer momento, hubieran barruntado que, a pesar de todo, el árbol no estaba caído. Y allá donde se pronunciaba su nombre se hacía bajando la voz, para añadir muy pronto a la especie, el rumor o la trapisonda, palabras de ponderación sobre su inteligencia e impecable comportamiento.

Fue su mayor éxito. Se lo había repetido muchas veces a sí mismo. Desde el primer momento, supo que la vida en su pueblo debía hacer de la apariéncia virtud y de la discreción un baluarte para su intimidad. No le fue difícil. Comprendió muy pronto que su apartada resistencia sería un éxito si conseguía la vida compensada que proporciona la

comodidad de una intendencia sufragada con despreocupación y el ocio del estudio y la lectura, el aire libre y las escapadas a la capital. Comenzó para ello por rehabilitar la parte suroeste del primer piso de la casona de los Revilla, un edificio dieciochesco de mampostería, con puertas y ventanas adinteladas y sillería angular que se levantaba sobre un desmonte de la ladera sur por la que trepaba el caserío de Hontanalta. La estancia, a modo de viejo gabinete, daba a un gran ventanal con vistas francas a las vegas y suaves lomas que precedían en el horizonte la gran línea verde del pinar. La casona era exenta y, en todo su entorno, acorralada, con un gran jardín ante la fachada, cuyo caminito de acceso abrían dos grandes abetos, seguidos de una pequeña avenida de álamos blancos hasta la rotonda de la puerta principal. Sobre el amplio espacio entarimado, Dimas reorganizó su biblioteca y archivo y dispuso en la alcoba del fondo, frente a la chimenea de piedra, su dormitorio. Lo despojó de las puertas batientes de cristal a fin de calentarlo más directamente, pero, sobre todo, para ver el fuego y su resplandor una vez metido en la cama. Salvo la retirada de las cenizas, trabajo que detestaba, Dimas cargaba, encendía y alimentaba la chimenea con un celo infantil y una vigilancia escrupulosa, mirando que la leña sólo fuera de encina, pino o sabina, que en Hontanalta llamaban enebro. Desde la infancia, Dimas había visto en el fuego una rara atracción indicativa y familiar, un espectáculo fascinante que impregnaba en el aire la marca de su propia naturaleza. Después de tantos años, se abstraía en su combustión; veía en el color de sus lenguas inasibles una vivacidad excitante de infinitos matices y formas caprichosas, como una parábola de la fuerza expansiva de la ambición humana, fogosa en su primer impulso, incontenible al alcanzar el poder y expansión intensos del instante culminante, para luego menguar inexorablemente y palidecer hasta la espera lánguida de la extinción de las cenizas. Leía frente al fuego durante largas horas, en que a veces descansaba y se ensimismaba en el tiempo del ocaso, desde el primer oscurecer hasta las luces agónicas de la penumbra, cuando la falta de luz avivaba el resplandor de la lumbre a lo largo de la tarima de su gabinete, como un reguero dorado que brillaba en su barniz: «Una base confortable para una larga espera», se repetía a sí mismo Dimas en la placidez de su estudio.

Durante veinte años, justo hasta la muerte de su sobrina Elisa, Dimas vivió una vida regalada, arropado con solicitud por su familia, resguardado por su retiro. Publicó decenas de artículos en el periódico más importante de la capital, siempre con la Historia como fondo o reflexión, y un par de libros sobre los ilustrados españoles y el primer liberalismo, con una parte expresa dedicada a la «década ominosa». Dejó muchos folios escritos sobre la decadencia castellana en los reinados de Felipe IV y Carlos II, de los que nunca se supo que vieran la luz y de los que, tiempo después, se dijo en Hontanalta que habían sido subastados en Madrid por sus sobrinos herederos, un médico y un abogado muy apreciados como jugadores de mus, a un precio altísimo con toda su biblioteca. Fueron lustros de quietud inestable para Dimas, en que la despreocupación se transformó en desprecio y el olvido, elemento de renovación imprescindible en los cambios drásticos

de vida, fue ganando terreno para el campo de la sabiduría. Pero Dimas sabía muy bien que la suya era una sabiduría imperfecta, no sólo por las aristas cada vez más aguzadas de su misantropía y el irreprimible hastío hacia la vulgaridad de cuanto le llegaba apenas salía de su casa o le sustraía de su soledad, sino por el eco nunca apagado del resentimiento, que le insinuaba la vuelta y el desquite o la venganza, en realidad y en el fondo de su mente descartadas por completo desde el momento en que se negó a aceptar la facción y la política como medio de lucha, medro y triunfo social. Y, sin embargo, el prurito de desazón e impotencia que le causó su derrota se manifestaba y desaparecía en su espíritu como el roce que trae el recuerdo de la humillación que sigue a la injusticia o la vergüenza dolorosa que provoca la evocación de la pifia en que se empeña el amor propio, ya para siempre incorregible. Nunca consiguió del todo extinguir esa molesta frustración, como tampoco pudo aquietar razonablemente el deseo carnal por las mujeres, su añoranza activa y pulsión latente al margen de cualquier relación sentimental. Una acentuada propensión biológica que descubrió con la simpatía de un álgido en el joven Ezequiel Molina; un guiño de aproximación y al poco de complicidad que allanó el camino de curiosidad mutua y, con los años, de una amistad que fraguó lazos de lealtad profunda como la moral no traicionable de los mejores confidentes. Les unió en seguida el trato frecuente y el trasiego de intereses de dos de las familias más ricas de Hontanalta. Pero fue la caza, como ejercicio apasionado y enajenante, la que permitió a Dimas descubrir en toda su extensión las cualidades llamativas del joven Ezequiel, ejemplo precoz de rebeldía y libre arbitrio, cuya anárquica disposición pecaba de no infrecuente veleidad. Pero en su inteligencia natural, de intuición portentosa, y en la seguridad que transmitía, había un atractivo irresistible. Dimas no olvidó jamás una de las primeras lecciones de aquel veinteañero porfiado: apenas habían coronado el cerral del páramo del Lancheral, siguiendo un bando de perdices, cuando vieron cómo los perros se agitaban por un rastro seguro en el flanco que controlaba Dimas, un perdido con mucho estorbo de poco más de una hectárea que se adentraba entre viñas arenosas y tierras de labor. Pararon la mano a la espera del lance de Dimas que, no obstante la tensión de los perros y la suya propia, comenzaba a desistir más de cinco minutos después, cuando oyó la voz firme de Ezequiel que en un tono vehemente dijo:

—¡Dimas, joder, que esto no es la Universidad! Si fuera una perdiz hace media hora que hubiera salido. No hay perdiz que aguante esta presión... Es una liebre y te está viendo.

Apenas le dio tiempo a Ezequiel a decir la última palabra cuando, casi a los pies de Dimas, saltó un matacán que en dos quiebros poderosos hizo marrar sus dos tiros precipitados. Vista y no vista, como por ensalmo, avanzaba la liebre por la viña contigua buscando el herbazal de los linderos, cuando sonó el tiro seco y certero de Ezequiel a más de setenta metros de la pieza, que después de dos impresionantes volteretas siguió corriendo todavía unos metros para derrumbarse en seco en la linde del erial escabroso que separaba los pagos.

Dimas sonrió para sí con sorpresa agradable ante aquella muestra de lucidez atrevida, «aquella destreza y vigor juveniles que sólo podían bullir en un alma soberana, como la de un pequeño dios rústico y, por tanto, selecta y digna de su atención», pensaba para sí Dimas, ganado desde ese mismo momento por el mundo pujante y decidido de Ezequiel Molina. Un mundo inexplicable fuera del medio campestre y de la propia Hontanalta, a la que volvió escapado del internado de la capital en el tercer trimestre del primer curso de bachiller, con el disgusto y pesadumbre perpetuos de sus padres. Reacio a la sujeción y los estudios, como cimarrón que vuelve a su medio natural, Ezequiel Molina no sólo se convirtió muy pronto en el mejor tirador de Hontanalta, sino en el único joven al que, a regañadientes, admitieron como un igual los viejos cazadores de la comarca, testigos mudos y sufrientes de su habilidad y astucia y, en unos cuantos años, de su asombroso conocimiento e interpretación del campo y la naturaleza. Porque Ezequiel Molina, barruntara el tiempo o intuyera la proximidad de la liebre encamada, daba siempre explicaciones propias de una observación minuciosa y detenida, con ese tino que sólo ofrece la experiencia dilatada. Y en ello percibió Dimas una forma de talento envidiable, unas condiciones sobradas y deseables, como quien encuentra en el otro la excelencia de la que uno carece y cuya sola existencia le dignifica y engrandece ante quien puede apreciarlo e, inevitablemente, tomarlo y compartirlo, como la reacción que desata el amor o el deseo de amistad. Su afición por las mujeres y, en particular, la pasión que sintió siempre por su sobrina, hicieron el resto para que Dimas le distinguiera hasta hacerle partícipe de su intimidad. Sólo se encubrieron los deseos inconfesables que los hombres se llevan a la tumba como parte natural e inexplicable de su cara oculta, el pensamiento deforme que habita las sentinas del alma, la voluntad monstruosa que cobija sus recovecos. Y aunque Dimas creyó tener controlada en todo momento la querencia inextinguida de Ezequiel por Elisa, no obstante alguna de sus reacciones imparables, nunca imaginó el escándalo de su relación adúltera. Por eso, cuando Ezequiel Molina se presentó en su casa la misma mañana que se enfrentó a Anacleto y, sentados tranquilamente en el jardín, fue desgranándole la historia y los hechos de la madrugada reciente, Dimas no pudo contenerse y, levantándose de la silla de hierro, le interrumpió con violencia en él inusitada:

–¡Eres un morueco cabrón! ¡Un terco salaz hijo de puta...!

Y sin mirar a Ezequiel, se inclinó hacia el centro de la mesa, sacando nervioso un cigarrillo del paquete de tabaco rubio emboquillado. En la tensión contenida, sonó la tapa del chisquero y la aspiración profunda de Dimas que al punto echó el humo por la boca forzando la exhalación como un bufido.

Hubo un silencio largo en que Ezequiel subía y bajaba la vista buscando los ojos huidizos de Dimas, hasta que, con frialdad ostensible y un tono sereno, dijo:

–Es posible que, para variar, tengas razón. Pero, viniendo de ti, que te has follado a todas las putas de lujo de la capital y parte de Madrid, incluida una propina larga de viudas camufladas de las mejores familias..., a lo mejor se te está yendo el pico.

Dimas había vuelto a mirar a Ezequiel, tras un esfuerzo abochornado en que, ostensiblemente, trató de retener la ira, cuando, más calmado, le dijo:

–¿Sabes quién fue Gracián?

Ezequiel levantó la vista de nuevo y, mirándole, contestó:

–Un escritor ¿no?

–¡Un cura, fue un cura! –exclamó subiendo de tono Dimas–. ¿Y sabes qué decía ese cura?

–Tú dirás, Dimas.

–«Sé cauto; si no puedes ser casto, sé cauto.» Eso decía ese cura: sé cauto, ¡hostia! Ezequiel, sé cauto. Es el único recurso legítimo que en esta materia nos permite la sociedad. No te pasarán factura si tu simulación es perfecta o, al menos, notable, en cuyo caso darán morbosas vueltas a la sospecha, sonreirán una y otra vez ante ella hasta convencerse de que no podrán materializarla contra ti. Pero, si te descubren, estás perdido. Te acecharán como lobos que huelen la presa una vez derribada la cerca de tu reputación, que es lo único que importa conservar ante los demás...; conservar la reputación y, si puede ser, aumentarla, no importa qué medios utilices, porque, si la pierdes, como el prestigio, estás desguarnecido y a merced de la canalla y toda clase de miserables, verdadera legión en todos los estratos sociales. La reputación, Ezequiel, se pierde en un lance, en una apuesta y luego ya difícilmente se recupera, si no es con la entereza ejemplar e insobornable de la propia dignidad.

Dimas, completamente recuperado de su ex abrupto, hizo una pausa mirando a ninguna parte, dio una reposada calada al cigarrillo y, volviendo a encarar a Ezequiel, prosiguió:

–¿Por qué no me lo has dicho? Yo os habría ayudado. Tengo direcciones y contactos suficientes para solucionaros eso y cosas peores...

–En un primer momento, Elisa no quiso que te lo contara. Luego... no nos ha dado tiempo. La verdad es que, como te he dicho muchas veces, con tu sobrina nunca he controlado. Y además, ¡Dimas, joder!, qué lenguaje vas a utilizar con los zorros más que el de los zorros.

–¡Cierto, Ezequiel! Eso que acabas de decir, sin tú saberlo, está en los clásicos. Sabes que no te culpo. Es verdad que desear lo que se puede conseguir es legítimo y hasta aconsejable, y tú tenías a tu alcance a Elisa de nuevo. Nada que decir, salvo en el modo, en la forma, que es lo único, insisto, que les importa a los demás. Porque, fíjate bien: a la sociedad ni siquiera le interesa tu prudencia, sino el disimulo de tu prudencia, que es al fin lo que se te exige para vivir con los otros. Tener lo que desees te serena y calma, conformarse con lo que se tiene, también, pero éste es ya otro plano en el que la tiranía del sexo o el amor no bien saciado se convierten en excepción generalizada.

Entonces Ezequiel Molina, en un vistazo a la entrada del jardín, a la que Dimas daba la espalda, vio cómo se arremolinaba gente y de pronto la figura de la pareja de la

Guardia Civil. Levantó la cabeza e indicándole a Dimas con los ojos que se volviera, le dijo:

–Siempre me ha encantado escucharte, Dimas, pero ahora parece claro que hay que hacer frente a esto. Luego, ya veremos.

Luego el tiempo de Dimas se fue acelerando con aprensión y sin pausa hasta la muerte de Elisa, cuyo dolor desbarató todas sus defensas. En los últimos años, Dimas había dedicado a su sobrina lo mejor de sí mismo, el afán más entrañable por recuperarla para la vida. Tras sus duras experiencias personales, había encontrado en ella a la mejor de sus alumnas, como si el sufrimiento la hubiera despojado de cuanto estorbaba el brillo de su sensibilidad e inteligencia. Así que su muerte le paralizó con la profundidad del vértigo. En adelante, sus días ya no se precipitaron con la rapidez que constata la vejez, sino que fueron remansándose como el regato que llega al pantano con su aporte de cieno. Entonces, la desolación y la espera le parecieron una calma chicha densa y sofocante, insoportable. Sabía muy bien que el dolor del espíritu urge como ninguno la curación y el entretenimiento, la distracción creíble y creativa, pero también que en la vida de los hombres, como en el caso de su sobrina, hay un momento en que el principio esencial que los rige cesa la resistencia y se niega a vivir. Y él sabía llegado su momento.

Apenas transcurrió un año cuando le detectaron el cáncer y otros tantos meses después su aceleración imparable. Al principio quedó atrapado por la idea de la muerte, pero en los altibajos del ánimo y la esperanza vinieron a porfiar dentro de él elementos de estabilidad y entereza: «Lucidez, sangre fría, nada de aprensiones, Dimas...», se repetía a sí mismo. Pero el temple de los nervios fue cediendo cuando la fatiga le avisó de su deterioro alarmante, de la humillación del jadeo que en ocasiones le suponía el desplazarse por su mismo estudio, y de las primeras experiencias terribles del marasmo de su propia asfixia. Para entonces, su delgadez y aspecto demacrado no le parecieron tan importantes en el espejo como en la mirada de los demás. Se dio cuenta muy pronto de que la gravedad de su estado se reflejaba exactamente en la cara de quienes le contemplaban, con más crudeza y espanto en aquellos que le veían inadvertidamente, pero en todos como una verdad irrefutable, un horror que afloraba incontinente en el rostro de quienes le observaban, incapaces de disimulo y movidos por esa huida irreprimible que provoca la cercanía del acecho cierto de la muerte. Y Dimas pensó que la erosión impactante de su cuerpo y el aspecto de su cara hacían imposible cualquier expresión de serenidad que no pasara por la justeza de sus palabras o la firmeza agónica de su mirada y que aquí no le retenía más que la luz y la naturaleza, a las que, al fin y al cabo, volvería en breve, porque sólo en ellas había encontrado algún rastro de transcendencia, siempre silencioso y hermético.

Pero la morfina le trajo una tregua prometedora, una sensación bonancible, sedante y desconocida que, al principio de su aplicación, le pareció una muletilla de buen morir: «Con esto, malo ha de ser que no me muera bien», le dijo a Ezequiel Molina. Y sin embargo, se equivocaba. En la madrugada de Año Nuevo, la disnea se agudizó hasta la

asfixia que él consideró final. Lo encontraron inconsciente, tirado en medio de su gabinete, entre sus propios excrementos, unido a la vida por un hilillo de respiración estertórea, y lo llevaron de urgencia al hospital de la capital. Al despertar y verse cableado por doquier, solo, en lo que parecía una urna de cristal iluminada por la fría luz de unos fluorescentes, Dimas pensó que su mayor pesadilla y fracaso se consumaban. Una muerte en aquellas circunstancias sería para él el colofón indeseable de su propia frustración y, como si de aquel envite dependiera toda la partida de su vida, se juró sacar fuerzas de flaqueza y concentrarlas en su mente para superar aquel trance humillante con el solo objetivo de volver a Hontanalta. Y a los ocho días volvió.

Dos días después, una mañana templada en que las nubes pusieron fin a semanas de duras heladas, Dimas hizo llamar a Nico, su criado más fiel y preferido, y le dijo que preparara el Land-Rover para que le diera un paseo de despedida por el campo: «Echa la escopeta paralela y la canana, por si acaso», le dijo. «¡Ah!, y la silla plegable, no se te olvide.»

Nico asintió con una mirada descreída y, antes de desaparecer, le contestó: «No creo, don Dimas, que deba usted hacer estos excesos...».

–A lo tuyo, Nico, a lo tuyo, ¡vamos, vamos! –le interrumpió Dimas con aspereza.

Subieron al páramo del Lancheral por el camino curvo que ceñía y recortaba los cerros y vallejitos de la fuente Baja. El cielo estaba encapotado por nubes densas de acero que corrían con una ligereza que imantaba la mirada y en su fusión liviana dejaban a veces claros suficientes por los que el blancor de la luz irradiaba hasta la tierra humedecida por la lluvia nocturna. Cuando dieron vista al gran páramo, Nico miró a Dimas, y éste, sin apartar la vista del cristal parabrisas, dijo: «Tira hacia el cerral del barco del Colmenar, hasta el comienzo de la bajada al arroyo, junto a los corrales de la majada».

Avanzaron lentamente por el camino encharcado y hacia la mitad del recorrido, una vez franqueado uno de los grandes perdidos de sabinas y carrascas, allá donde los pagos hondoneaban suavemente hasta la lejana línea del pinar, hubo un momento en que una franja alargada de luz cenital fue creciendo hasta iluminar con resplandor intenso el cereal temprano, con un destello fascinante del titilar del agua en sus tallos. Dimas hizo parar el vehículo a Nico y, bajando lentamente la ventanilla, se ensimismó durante algunos minutos ante aquel reverberar soberbio. Y cuando la luz declinó y volvieron a emprender la marcha, Dimas pensó que la hermosura que perciben los hombres es una insinuación fugaz de un esplendor total y misterioso, que retrocede en seguida frente a la humana melancolía y su desazón.

Cuando llegaron a la boca del cerro, Nico ayudó a Dimas a bajar del Land-Rover y, después de echarse al hombro la escopeta y la canana, cogió la silla con la mano derecha y, con la izquierda, tomó del codo derecho a su amo y lo acompañó entre las matas de espliego y algunas jaras hasta uno de los cercanos claros que avistaban la convergencia de los dos grandes valles, entre los que cabalgaba el cabezo boscoso de la ladera y

páramo del otro lado del arroyo. Nico montó ágilmente la silla y, mientras se sentaba Dimas, le dijo dándole la escopeta y la canana:

–Doy una vuelta por si la torcaz o alguna liebre...

Dimas le miró con ojos humedecidos y con serenidad impactante le dijo:

–Claro, Nico... Gracias...

Le siguió con la mirada y tan pronto como le perdió de vista entre las carrascas, Dimas tiró la canana y buscó con sus dedos en el bolsillo derecho del tabardo los dos cartuchos que había cogido de su estudio al salir: uno de postas y otro de bala. Abrió la escopeta y metió el de postas en el cañón derecho y, al tomar la bala para colocarla en el izquierdo, la miró un instante y la tiró. Cerró la escopeta con un golpe seco, volvió su lomo hacia su cuerpo, como si presentara armas, y lentamente la fue bajando hasta aprisionar la culata con sus pies. Dimas echó un vistazo al fondo del valle y sintió el rumor suave del viento húmedo al mecer las copas de los pinos piñoneros. Entonces asió con fuerza la parte superior de los cañones del arma y, empinando la cabeza, se los fue ajustando debajo de la garganta hasta apretarlos con la barbilla hacia abajo como si los abrazara con su cuello. Apretó los dientes y fue bajando su mano derecha palpando el perfil de la escopeta hasta tocar el gatillo con la yema del dedo índice.

El disparo sorprendió a Nico, que vio cómo de la copa de un pino enorme salieron dos torcazas con su potente vuelo, y en un quiebro portentoso hendieron el aire como quillas de extraña perfección. Nico corrió hacia su amo y, al llegar hasta él, se paró en seco al verle yerto, casi decapitado. La sangre manaba débilmente todavía de su cabeza y tronco, y corría entre la hierba fresca hasta trazar un reguero que goteaba en las briznas que rebajaban el suave desnivel.

Por una lata de sardinas

Para Antolín

El bar de Serafín fue el primero en Hontanalta al que llegó una máquina de bolas, que en seguida la llamaron de petacos. Fue un sábado por la mañana, poco antes del mediodía, y desde que empezaron a desembalarla se reunió en torno a ella un corro de pazguatos que ya no la abandonó hasta pasadas algunas semanas de su estreno. El mecanismo de su ingenio, sus luces intermitentes y la musiquilla que llevaba incorporada fueron un reclamo ineludible para enterados y palurdos, pero tuvo de inmediato la enemiga de poderosos detractores. Aquella máquina fue un antes y un después en el bar de Serafín y supuso una quiebra abrupta en el recreo de sus parroquianos más tradicionales, gentes de orden y partida diaria de mus o dominó, que allí ventilaban sus esencias en tan elevadas materias y disputaban sus lances y, no pocas veces sus dineros, al albur de la caprichosa fortuna, a la que, quien más quien menos, tenían cogido el tranquillo.

Hombre excepcional por hacendoso y emprendedor, a Serafín jamás se le había pasado por la imaginación que aquel juego del progreso, que hacía de Hontanalta pionera en la *modernidad* de la comarca, pudiera complicarle la vida. Pero aquel mismo sábado por la tarde, la presencia y el ruido de la máquina hicieron torcer muchos gestos y exasperaron algunos nervios de intransigencia en una grey de digestión tranquila y ritmo y reflejos lentos. Y cuando a las cuatro en punto de la tarde, como solía, llegó el cabo de la Guardia Civil y tuvo que sortear la máquina y sus mirones de paso para el rincón donde le esperaban sus contrincantes de mesa, buscó la mirada de Serafín y apenas se cruzaron sus ojos le dijo en alto:

–¿Qué coños es esto?

Con esa calma que da la brega, Serafín creyó percibir en aquella pregunta la habitual preponderancia del cabo y, sin dejar de secar algunas tazas de café con la bayeta, le contestó:

–Pues ya lo ve..., otro nuevo invento.

El cabo meneó la cabeza un par de veces, volvió a mirar al jugador de la máquina y a quienes le rodeaban y, forzando el paso entre ellos, se dirigió a la mesa del rincón. Se sentó de espaldas a la pared, dejando el tricornio en una banqueta a propósito, y

recortando su mirada sobre los rostros de los tres jugadores volvió su vista a su compañero de enfrente, que barajaba las cartas, y dijo:

–¿Qué...? Parece que esta tarde tenemos murga, señor alcalde... ¿No tiene competencia el ayuntamiento en estos juegos con música?

–¿Qué competencia va a tener? –contestó el alcalde, siguiendo con la mirada el reparto de cartas que daba–. Vamos, digo yo..., no sé...

El alcalde de Hontanalta llevaba veinticinco años rigiendo el gobierno municipal con acometida pastueña y sin visos de recambio, y casi dos de compañero de mus del nuevo cabo, al que le unieron pronto su habilidad en el juego y la resuelta reciedumbre en cuestiones de procedimiento, pero aquella tarde ni las cartas llegaban ni fue suficiente para paliar la debacle el oficio artero de las dos autoridades, que competían con dos de los rivales más diestros y curtidos del bar de Serafín. Se fueron sucediendo las partidas con una suerte esquiva y el silencio del cabo y el alcalde se envenenó como el humo del bar enrarecía el ambiente, y el murmullo monocorde ya no sólo se rompía por la irregular estridencia del golpeo de las fichas de dominó en lances de agresiva respuesta, sino por la musiquilla de la nueva máquina, agresiva y ajena.

La mala racha constante hizo doblar al cabo las copas de coñac y sus dedos tamborilearon con persistencia sobre la mesa, como escape incontenido de su ira. A media partida, la congestión de su rostro había borrado el disimulo de su cabreo y espantado a los mirones habituales de aquella mesa escogida en señal inequívoca de mal agüero. El alcalde escondía el tipo con expresión acobardada, como quien presiente la tormenta; y los dos rivales, con esa solvencia creciente y atrevida que lleva en volandas a quienes acompaña la suerte repetida, impostaban las palabras de seguimiento del juego con una frecuencia hiriente. Así como los estrategas perdidos desafían de manera temeraria a la adversidad, hubo un momento en que el cabo, con treinta y dos, precipitó el órdago tan pronto escuchó el «envido a juego», pero se lo pisó con rapidez fulminante y treinta y una su contrincante inmediato, que dijo «quiero» antes de que el cabo terminara de pronunciar la palabra órdago. Fue como si le hubiesen clavado un puñal. La última partida ya sólo fue un paseo de retirada, y aún faltaban algunos puntos, cuando el cabo tiró las cartas anticipando el tanteo final. Se levantó entonces con brusquedad, apartando de una patada la silla, que hizo un ruido aparatoso, y se dirigió a la barra buscando a Serafín. Éste, que estaba sobre aviso, fue hacia el cabo y apenas llegó a su altura por detrás de la barra, oyó que le decía airado:

–Dame la cuenta de aquella mesa y quita la borriquita esa, que no mete más que ruido...

–¡Pero, hombre! –exclamó sorprendido Serafín–, para desenchufar la máquina ya habrá tiempo...

–¡Qué tiempo ni qué cojones...! –contestó el cabo, subiendo la voz hasta casi vocear–. La quitas de ahí ahora mismo.

–Ni ahora mismo, ni nunca –se oyó a Serafín en medio del ominoso silencio, con una

serenidad y determinación impresionantes que cortaron la respiración a la parroquia absorta.

El cabo, sin dejar de mirarlo con una tensión de duelo, desabrochó la funda de su pistola, cogió el arma de costado con toda la mano derecha, golpeó con ella dos veces sobre el mármol y empujándola ligeramente con los dedos para que resbalara hasta mitad de la barra, le gritó:

–¡A ver...! Quiero ahora mismo la documentación de esa borriquita.

Entonces, como un *deus ex machina* que hubiera atravesado invisible el suspense de todo un bar paralizado, la mujer de Serafín le dijo suavemente al cabo por su espalda:

–No se preocupe, señor cabo, si es por desenchufar la dichosa máquina, ya se la apago yo en seguida –y metiéndose por debajo de las patas del aparato hasta alcanzar el enchufe, agarró el extremo del cable y tiró de él con determinación–. Pues ya lo ve, ya está –prosiguió reincorporándose–: ¡muerto el perro se acabó la rabia!

Aquella inesperada aparición de la mujer de Serafín desconcertó al cabo, que se volvió hacia ella, la estuvo mirando sin decir palabra y, al darse cuenta de que todos los ojos del bar estaban clavados en él, se dio media vuelta, enfiló la puerta y se fue.

El bar de Serafín hacía esquina en la planta de una casa de piso que, bajo viejas vigas, albergaba además tienda de ultramarinos. Un tabique de rasillas y una puerta de tafisa, con cuarterones acristalados en la parte superior, comunicaba los dos locales, de modo que, siendo todo uno, parecían cosas bien distintas y la clientela de uno y otra solían respetar aquel paso para uso de la familia. Pero al día siguiente, domingo por la tarde, en una de las incursiones que Serafín hizo a la tienda para reponer algún género, vio cómo se colaba siguiendo sus pasos uno de sus clientes habituales, Florián, reservado y desdeñoso, empedernido jugador de dominó, que le dijo:

–Digo, Serafín, que tenemos un compromiso para merendar esta tarde en la bodega con unos amigos... Ve, aquí viene también Tarsicio, que te dirá lo mismo. Ya sabemos que no se puede vender en domingo, pero nos harías un favor, porque andamos escasos, y se han apuntado algunos más de los previstos. Con una lata de sardinas de a ocho pesetas yo creo que lo arreglábamos.

Serafín se los quedó mirando, se mordió los labios cabeceando un poco y, sin mucho convencimiento, les dijo:

–Vamos a ver, Florián. Si como tú mismo has dicho, no se puede vender los domingos..., pues no se puede vender..., la cosa está clara.

–¡Coño!, Serafín –intermedió Tarsicio–, parece mentira que nos digas tú eso a nosotros, clientes tuyos de toda la vida, ¡hombre! Si no eres tú, ¿quién nos va a hacer el favor? Por una lata de sardinas..., ¡no me jodas!...

–Bueno, bueno... –concluyó Serafín, sin más resistencia, con ganas de quitárselos de encima–. Ahí va la lata de sardinas. Y salid por la puerta de la tienda, no me andéis dando el cante por el bar: ¡hala, hala!

Dos días después, al mediodía del martes, se presentó en el bar de Serafín un número

de la Guardia Civil para comunicarle que había sido denunciado y debía acompañarle al cuartel para hacer la declaración y las diligencias correspondientes. Serafín se quedó paralizado, pero en seguida se acordó del incidente de la máquina con el cabo y pensó que éste quería darle un escarmiento: «¿Pero hasta dónde será capaz de llegar este hombre?», pensó Serafín preocupado. Y aunque preguntó al número quién y por qué le había denunciado, no consiguió más que, por dos veces, la misma respuesta: «Mire usted, yo soy un mandao y tengo órdenes de avisarle y acompañarle».

Al llegar al cuartel, el número le hizo pasar a una estancia desnuda y desangelada, tan sólo amueblada con una mesa situada al fondo de la entrada, y otra más pequeña, a modo de supletorio, en la que había una máquina de escribir y, sentado junto a ella, un guardia a la espera. En el butacón de la mesa grande, con las manos cruzadas bajo la barbilla, estaba el cabo que, tan pronto como lo vio, le dijo con sequedad imperativa:

—¡Siéntese...! Ha sido denunciado por vender género en domingo, lo que, como usted muy bien sabe, está prohibido. Si tiene algo que declarar, dígalo ahora. Si no, firme el conforme de la infracción y pague en el plazo establecido la multa correspondiente. ¿Algo que decir?

Serafín sintió que se le agolpaba la sangre y un calentón brusco le subió del cuerpo a la cabeza hasta casi levantarlo de la silla. Pero en ese momento crucial en que la ira anula la conciencia, como tantas otras veces en su vida, Serafín frenó la deriva, sacudido por un aviso inopinado de conservación. Ese control extremo, indefectible, había hecho de él un hombre templado, tan firme como prudente. Y reciclando su propia bilis, con esforzado y penoso dominio de sí mismo, dijo con tono algo forzado:

—Eso es mentira, como usted sabe, y no sé de dónde ha sacado la especie, porque yo siempre he sido cumplidor como persona y como industrial y comerciante.

—Pues nuestra información parece que no está muy de acuerdo con ese expediente tan limpio que dice usted que tiene —dijo el cabo, levantándose de la silla, echándose ligeramente hacia delante sobre los puños apoyados en la mesa—. Yo que usted confesaría y firmaría el conforme de la infracción. Las cosas siempre pueden empeorar.

—No puede tener usted información de lo que no ha sucedido... Además, ¿de dónde ha sacado esa información? ¿Quién se la ha dado? Porque si hay denuncia, habrá denunciante, ¿no?

—Vamos a ver si le aclaro una cosa por primera y última vez, Serafín —dijo el cabo con cierta tensión—. Le estoy tratando como amigo, pero procure no jugar con mi paciencia. Aquí el único que hace preguntas soy yo. Usted sólo contesta o se calla, pero, ¡joj!, porque ya se sabe que el que calla, otorga. ¿Estamos...? ¿Firma o no firma?

Serafín agachó la cabeza y pensó que aquello no podía ser más que una venganza del cabo, con el recurso fácil de una norma gubernativa muy socorrida por su incumplimiento y la vista gorda que sobre ella se hacía, y en aquellos segundos, el no visceral a las pretensiones del cabo fue ganando su voluntad y multiplicando su deseo.

—Por última vez: ¿firma o no firma? —se oyó la voz perentoria del cabo con un tono

alto y amenazante.

Cabizbajo, con las manos cruzadas entre las piernas, Serafín negaba varias veces con la cabeza, cuando volvió a oír la voz del cabo:

–Muy bien. ¡Guardia!, acompañe al denunciado –y salió en dirección a la puerta. La abrió, la franqueó y, ya en el pequeño pasillo, volvió la cabeza hasta ver detrás de sí al número, que agarraba del brazo a Serafín. Avanzó todavía unos pasos y, abriendo la puerta de otra de las estancias, sin soltar el pomo con la mano izquierda, dijo a Serafín, tuteándole e invitándole a entrar:

–Ahí tienes tu denuncia, Serafín. Espero que no me obligues a pasar a mayores. Hay más testigos que están deseando declarar contra ti. Si tú colaboras y te portas como es debido, yo siempre lo tendré en cuenta –y desapareció.

Serafín y el guardia entraron en lo que parecía un despacho en penumbra. Sentado en una de las dos sillas tapizadas de escay negro, que antecedian a una gran mesa, estaba Florián. Al chocar su mirada con la de Serafín, bajó la cabeza por instinto y la giró ligeramente. Serafín, sin decir palabra, sintió una sensación de derrumbe, un flaqueo en las piernas y un vuelco en las entrañas. Y ya sólo quiso firmar cuanto antes acompañando al guardia como un autómatas, mudo y enajenado. Ni siquiera se detuvo a leer detenidamente los dos folios a máquina, bien cumplidos, de la denuncia. Nervioso y humillado, buscó con una ansiedad contenida el importe de la multa: ciento cincuenta pesetas en papeles del Estado.

Paris

A mi sobrino Andrés

Paris no era muy grande, un perro de tamaño mediano, inteligente y cariñoso: un braco francés de los pequeños, exactamente. Tenía unos músculos poderosos, ostensibles; las ancas fuertes, el lomo duro. La cabeza menuda, el hocico cuadrado, los ojos de color ámbar; un mirar sencillo, directo, intenso, a veces traspasado por una nube de tristeza. Sus orejas eran flexibles, colgantes, pero no muy largas. Una rayita de pelillos blancos dividía su cráneo justamente en dos partes iguales. De pelo corto, el canela de su color se concentraba en grandes manchas, intercaladas por un mosqueado marrón y blanco, ruano, en todo su cuerpo.

En las tardes frías del invierno de Hontanalta, cuando el viento era glacial y las heladas no distinguían las noches de los días, yo lo iba a buscar al corral para meterlo en casa. Apenas me veía, se lanzaba corriendo hacia mí desde su pequeña caseta de madera, para saltar a mi altura un par de metros antes. Yo lo recibía en vilo, esquivándole a la media vuelta, a la vez que desviaba suavemente su cuerpo con mis manos sobre sus cuartos traseros. Al caer, Paris se revolvió loco de contento y buscaba, impetuoso, mi abrazo y mis caricias. Era hermoso sentir aquel excitante torrente de vida, aquella verdad de su entrega.

Cuando me sentaba en el sofá, Paris buscaba mis piernas y, sin más, descansaba su papada y pescuezo sobre ellas. Se adormilaba; abría y cerraba los ojos para cerciorarse periódicamente de que estaba allí. Allí dentro, al calorcillo, con el hombre que quería y cazaba. Le acariciaba la cabeza distendiendo y relajando su pellejo y, casi de inmediato, forzaba su vista como los miopes hasta alcanzar mis ojos, como si esta conexión le encendiera el alma. Entonces relajaba los labios y chascaba la lengua antes de emitir al fin un resoplido de placer. A veces, aquellos hermosos ojos ámbar, con manchas y retina oscuras, se abrían del todo y concentraban sobre los míos su mirada franca. No había en ella resabio o poso extraño y esa sensación de pureza me daba felicidad, un bienestar que me aligeraba con un impulso invisible. Como le sonriera, Paris movía al instante el rabo con fruición. El menor ruido hacía que levantara la cabeza con un par de golpes secos, a veces con sendos giros a izquierda y derecha, bruscos, ajustados. Esperaba en tensión unos segundos y al cabo me miraba en busca de alguna respuesta. Si no la recibía, bajaba

lentamente su cabeza hasta posarla en la posición anterior y volvía con gusto al limbo de su absorción.

Durante nueve años, Paris fue una criatura imprescindible en mi vida. En cuanto a lealtad y correspondencia, no he conocido nada semejante entre los humanos. Aunque compartíamos mucho tiempo juntos, me gustaba sacar a Paris ya bien entrada la tarde, como si, fuera de los periodos de caza, buscáramos las luces del ocaso por querencia inefable, quizá por estética algo melancólica. Tan pronto me veía con la cadena y el collar, se lanzaba hacia mí corriendo, para frenar con brusquedad y ponerse de manos sobre mí. Yo lo abrazaba y bajaba amorosamente y en el contacto sentía su pulso acelerado, la excitación convulsa de todo su cuerpo que enardecía la velocidad de su sangre disparada. Lo atraillaba para cruzar las calles de Hontanalta hasta salir al campo. Como abriera ligeramente el collar, Paris lo percibía en seguida y, quedándose quieto, me miraba de reojo, bajaba un poco la cabeza y, al notar el collar abrochado, volvía a mirarme, ahora directamente, con un movimiento frenético del rabo, a la espera de un gesto de salida. Por algún arcano instinto, Paris sabía que el collar no era ningún castigo, sino una forma molesta de protección que, aunque con impaciencia, aceptaba convencido. Barruntaba al punto mis intenciones, presentía el camino y la ruta apenas doblábamos la primera calle, olía en el aire el futuro de la tarde. Y todos los estímulos que, al instante, clasificaba su cerebro se manifestaban de inmediato en una excitante tensión, en un poderoso impulso malamente contenido, pese a su sujeción y mis palabras.

Cuando en Hontanalta la primavera se afianzaba en los días tornadizos de abril y el entallado cereal reverdecía la tierra anunciando el encañamiento y esplendor de mayo, solíamos hacer las primeras catas cinegéticas de la temporada, largos paseos por entre las lindes de sembrados, barbechos y eriales; por los abrigados repechos y herbosas laderas que el fulgor nuevo de las luces primaverales iluminaba en la pureza todavía no hollada de su renacimiento, frescura multicolor recién estrenada del curso imparable de la vida, a la que tomábamos el pulso tras largos meses de obligado letargo. Nos encaminábamos entonces hacia la hontana y de allí hacia la vega y vaguadas surcadas de arroyos entre las ondulantes colinas. Al llegar a las praderas que rodeaban los viejos lavaderos, la ansiedad de Paris estallaba con una fuerza incontenible. Su arranque me arrastraba. A cada tirón, se paraba y me miraba con una impaciencia desbordada. Y como le retuviera para probar su aguante, Paris lo sospechaba y, sabiendo que su suelta era cuestión de segundos, concentraba toda su fuerza en un poderoso arrebató que me llevaba a remolque y me obligaba a frenarlo agarrando la cadena con las dos manos. Con todo su cuerpo en tensión, lo abrazaba por el pescuezo y le soltaba la cadena del collar:

—¡Vamos Paris! —le gritaba, y le daba una palmada en los cuartos traseros.

Salía como una centella. Esprintaba con una aceleración impresionante, marcando el movimiento de sus músculos con una belleza atlética, elástica, que alcanzaba un grado espectacular cuando brincaba. Ya fuera por sortear obstáculos o por puro instinto, Paris

saltaba con poderío y elegancia arqueando todo su espinazo en el aire para contraerlo en un aterrizaje muelle y perfecto. A los cuarenta o cincuenta metros, sin bajar un ápice su velocidad, Paris giraba en redondo ciento ochenta grados, para trazar la vuelta hasta el punto de partida. Se escoraba en el viraje con una facilidad y destreza que estremecían y, al enderezar su dirección, incrementaba su potencia enfilándose con el pecho erguido, como una quilla que surcara el aire con el bamboleo acompasado de sus orejas. Era una demostración de fuerza, un impulso instintivo de plenitud y de vida con el que Paris saludaba las primaveras de Hontanalta, sus luces grisáceas, aceradas, azules, que parecían retener todavía el frío, pero estaban preñadas ya de un brillo límpido y nuevo. Como el murmullo del viento, que ablandaba la sequedad cuando anunciaba la lluvia de un nuevo ciclo. Paris la barruntaba, husmeaba en el aire su llegada inminente y, cuando tamborileaban en la capucha de mi chaquetón de pana las primeras gotas, me miraba cómplice. Creo que me decía:

–Esto es lo que te gusta, ¡pájaro!

Nos gustaba la lluvia y el viento que la traía, la mansedumbre de la llovizna y la agresividad del aguacero o la granizada; la calma y el cielo encapotado de gris blanquecino que precede a los primeros copos de nieve, el viento gélido que ululaba en los cerrales y azotaba las sabinas en las largas y oscuras tardes de diciembre, en las mañanas de enero que blanqueaba el hielo. Todo menos los rayos y truenos de las tormentas, ante los que Paris sucumbía aterrorizado, inerte, acurrucado entre mis piernas, patéticamente entregado, como si todo el ser de su especie supiera desde la noche de los tiempos de la inutilidad de la resistencia o de la más pequeña escapatoria. Los rayos, que a mí me enseñaron muy pronto la sensación de miedo que paraliza y la insignificancia de mí mismo cuando aún no había oído hablar de la levedad del ser. Esas tormentas a campo abierto que encogen el ánimo y me hacían arrastrar a Paris hasta el refugio más próximo, el chozo, el caseto empedrado, los corrales ruinosos de las viejas majadas o la huida precipitada lejos del arbolado hacia el lado opuesto de la tormenta. En el campo cualquier meteoro se anuncia a través del aire y el instinto de Paris había recibido una carga genética de rara perfección detectora, después de cientos de generaciones precedentes. Sus barruntos no fallaban. Cualquier rastro en el aire o en el suelo era atrapado y decodificado por sus vientos con una precisión admirable. No había duda de que asociaba la lluvia y el agua con la propia vida y la primavera con la explosión de un nuevo curso excitante de olores que pronto traería la temporada de caza.

Cuando las lluvias encharcaban los caminos y la leve brisa que propicia la escampada rizaba las diminutas ondas de la superficie de las aguas, Paris hollaba los charcos y los surcos anegados como si quisiera estrenarlos. Resoplaba en el agua jugueteando, la sorbía a trompicones. Escarbaba con sus manos la tierra húmeda, olisqueando. Y entre las hierbas renacidas, buscaba las más idóneas para purgarse, haciendo muecas de asco mientras las masticaba para, finalmente, devolverlas con forzados gañidos. Corría y brincaba por entre las cebadas y los trigos relucientes de humedad y verde oscuro,

persiguiendo a los pájaros, que levantaban el vuelo precipitado, volviendo la cabeza al volar cansino del grajo que trabajosamente tomaba altura. Aventaba el agua de su cuerpo con repetidas y recias sacudidas y yo acusaba la carga de la lluvia en los hombros y la espalda, en las rodillas ceñidas por el pantalón empapado. Pero como si nuestra misión fuera desafiar los elementos y probar y endurecer nuestra resistencia ante ellos, aún llegábamos hasta el pinar más cercano para sentir la relajante quietud que en su seno deja el paso de la lluvia, la suave cadencia del rumoroso balanceo de los pinos, hasta que las luces de poniente recortaban sus troncos y copas como negras siluetas sobre un tapiz de fuego azulado, cuando se abrían los claros bajo una bóveda celeste oscurecida y enfilábamos el camino de regreso para llegar ya anochecido.

Paris iba mejor a la pluma que al pelo. Su impulso natural, algo recio, le hacía precipitarse con liebres y conejos levantados, con las perdices fogueadas que apeonaban velozmente entre la espesura, retardando el vuelo hasta sentir el aliento mismo del perro. Era en la caza de la codorniz donde Paris desplegaba toda su destreza y precisión. La indolencia de ese pájaro se lo permitía. Entre las pajas de los rastrojos, por las lindes de remolachales y patatales, a lo largo del trazo verde que sobre el ocre y amarillo del paisaje marcaba el curso de los arroyos, Paris rastreaba sin descanso, moviendo excitadamente el rabo tan pronto detectaba la pieza. Y cuando la encaraba, indicaba su segura presencia con una postura perfecta, tieso todo su cuerpo desde el morro hasta la punta del rabo, con la mano derecha levantada; pura inmovilidad escultural que sólo rompía con el movimiento de la presa o a mi voz imperativa para que se lanzara sobre ella precipitando el vuelo y el disparo. La codorniz fue su debilidad, su pasión y su destino.

Paris había cumplido ya siete años cuando tuvimos uno de esos percances en que la vida se complica y acelera hasta el límite, hasta ese mismo punto que roza el no retorno con que uno se da de cara inesperadamente y siente, sobrecojido, el aliento de la muerte. Fue al poco de abrirse la media veda, unos días después de la Virgen de agosto, en una tarde espléndida. Habíamos adelantado casi en una hora la llegada a los pagos de la Dehesa, con esa ansiedad irreprimible de las primeras jornadas de caza. El sol estaba todavía alto y translucía las grandes hojas de remolacha, pero lo adelantado del verano aceleraba ya el avance de las sombras y la luz caediza impregnaba en los rastrojos una fina lámina dorada y mate. Apenas llegamos al arroyo, Paris se precipitó entre el carrizo y la maleza, y al cabo de unos treinta metros trepó en unos segundos por el talud para zigzaguear en el rastrojo colindante con el morro pegado al suelo y la tensión creciente de la pieza segura. Noté entonces el bombeo de mi sangre, mi pulso acelerado y la ansiedad incontenida que precede a la salida del pájaro y al disparo. Por las altas pajas del lindero del arroyo avancé despacio con la escopeta apretada entre mis manos y la emoción del aleteo hueco y desesperado de la codorniz, que sonaba una y otra vez en mi cerebro, mientras me acercaba sigiloso hasta donde estaba el perro puesto, tieso, escultural. Todavía esperé unos segundos para gozar de la plenitud del instante y el estupor que

produce la salida de la codorniz, confiando en que la pieza aguantara la presión del perro hasta que yo le mandara levantarla, cuando oí el pitido de alarma de dos codornices que en un potente impulso volaban sobre mi cabeza en sentido opuesto, una a la izquierda y otra a la derecha. Apunté al vuelo curvo de la primera sobre la luminosidad del rastrojo y la abatí al primer disparo, pero al encararme la segunda con suma rapidez, me di cuenta de que además de lejana, su volar bacheaba a mayor altura con irregularidad y presentí que la fallaría. Al errar el tiro y bajar la escopeta, mientras extraía las vainas de los cartuchos de la vieja escopeta con perrillos a la vista que heredé de mi abuelo materno, seguí con mi vista la codorniz hasta su parada en un remolachal al otro lado del camino. Cerré la escopeta cargada y al volverme vi a Paris que me esperaba con la codorniz cobrada en la boca. Se la cogí acariciándole repetidamente la cabeza y el lomo. Al observarla noté que no estaba muerta: agonizaba. Quise acelerar su muerte para evitarle el sufrimiento y la estrangulé. Sentí con aprensión y malestar angustioso sus últimos espasmos, su desesperado aleteo final, la lenta caída de la telilla de los párpados sobre sus ojillos marrones, diminutos, con su puntito negro en el círculo; su lengua quebrada, desmesurada en su boca, como un grito cósmico ante la tiranía de mis dedos, que aflojaron cuando sus ojos se cerraron del todo, como un pálido grano de trigo con delicados pespuntes. Sopesaba con negra conciencia la liviandad de aquel cuerpo muerto, la segada hermosura de aquel plumaje trigueño que la brisa espelujaba, cuando Paris me ladró fuertemente, como reprochándome aquel abandono y absorción inexplicables en un oficio que no admitía debilidades y requería la acción.

Cruzamos el camino y al llegar al remolachal donde había caído la codorniz fallada Paris aceleró su paso, incontinente por los primeros efluvios. Se internó entre las grandes hojas hasta desaparecer, cuando oí, como si me recorriera un escalofrío, el sonido de un gran chapuzón y, al punto, se dibujó en mi mente el pozo sin brocal que, en efecto, estaba sito en aquella tierra, junto al camino, ahora completamente camuflado por las remolachas. Me acerqué con precaución hasta el mismo borde y se abrió ante mí su oquedad cóncava que en su vientre abandonaba la estrechez superficial para ensancharse como una gran cuba siniestra y oscura. Hasta el nivel del agua había unos cinco o seis metros de altura. Paris había nadado hasta hacer pie en una pequeña repisa calcárea que hacía un anillo enjuto a unos centímetros del agua. Estaba paralizado, asustado, temeroso. Cuando notó mi presencia arriba, me miró con ansiedad, entregado.

—Tranquilo, Paris, tranquilo, estoy aquí —le dije con voz sobrepuesta a la emoción.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi unos aspersores regando a unos cuatrocientos o quinientos metros. Me dirigí hacia ellos y me encontré a dos labradores junto al pozo del que regaban. Uno de ellos tenía puestos un par de reteles y andaba a la espera, observándolos, a ver si atrapaba alguna salamandra del fondo. Había un par de ellas no muy lejos del primer retel, quietas, viscosas, oscuras y llamativas como el rastro de un crimen. Desataron la media soga de la herrada del pozo y me acompañaron a rescatar a Paris. Yo llevaba aquella cuerda gruesa entre mis manos y al comprobar su resistencia

me pareció algo desgastada. Me imaginé de pronto colgado de ella en medio del pozo y de súbito romperse, y me vi cayendo hasta clavarme en el fango y en mi desesperación y ahogamiento, como la codorniz que había estrangulado, gritaba bajo el agua con mi lengua fuera viendo cómo hacia mí se acercaba un ejército de salamandras. La voz de uno de aquellos labradores de Hontanalta me devolvió a la realidad, que era, al fin, la bajada inminente a aquel pozo que ya me obsesionaba como un destino inevitable.

Dispusimos inclinados hasta cuatro tubos de regar desde la superficie hasta el lado contrario de la repisa del pozo, donde se hallaba Paris, y bajé por ellos deslizándome sentado. Paris no se movió. Puse un pie en la repisa y otro en los tubos. Cogí la punta de la soga que colgaba desde arriba y lo até por debajo de sus manos. No movió un solo músculo, estaba asustado y plenamente consciente del peligro de aquel lance extraño. Tensaron la soga y lo solté suavemente hacia el centro del pozo al tiempo que lo izaban girando como un tirabuzón.

Pensé que mi propia subida no sería complicada a la vista de la facilidad de la bajada, aunque al tenderme sobre los tubos inclinados hacia arriba me embargó una desconocida inquietud. Me lanzaron el cabo de soga, que atrapé en el aire, lo agarré fuerte con las dos manos y les dije que tiraran. Al primer impulso, uno de los tubos rodó desplazándose, perdí el equilibrio y caí al agua. Estaba helada, cenagosa, y un súbito arrebató de pánico me impelió hasta la repisa en un par de brazadas. Pensaba en las salamandras y de pronto advertí el dolor de un incipiente calambre en la pantorrilla derecha. Me senté como pude entre la repisa y los tubos y estiré la pierna forzando los músculos para evitarlo. Arriba se reían y, al mirar desconcertado, advertí que a la boca del pozo se asomaban dos paisanos más, sin duda atraídos por el suceso en trance: «No puede haber más de metro y medio de agua», decían. Y yo pensé que si hacía pie en aquel fondo, no saldría vivo, porque me hundiría en el fango. Pensaba en la broza y el lodo allí acumulados como un ataúd escoltado por salamandras y de repente fue tomando cuerpo en mi mente la idea de no salir de allí jamás:

—Subir está hecho —oí que me decían entre risas arriba.

Pero en mí crecía una sensación de angustia que empezaba a agarrotarme con el frío que ya sentía en todo mi cuerpo. Agarré de nuevo el cabo de la cuerda y como un autómatas me tendí sobre los tubos. Tiraron otra vez y mi cuerpo parecía deslizarse con más facilidad que en el primer intento, cuando a unos dos metros del agua volví a caer como si me precipitara en el mismo abismo y, enloquecido por el pánico, moví brazos y piernas apenas toqué el agua, como un molinillo, para evitar tocar el fondo y clavarme en el fango. Abrí inconscientemente los ojos bajo el agua y vi una película turbia de cieno en suspensión entre un pequeño bosque de algas violentamente removido, como largas cabelleras al vaivén de una corriente impetuosa y, entre ellas, el destello amarillo de una gran salamandra. Nadé desesperado hasta la superficie del agua y la repisa y me senté sobre ella, sujetándome en los tubos. Entonces sentí un frío que me descomponía el interior de las entrañas y el comienzo imparable de una creciente congestión: la cabeza se

me iba y la respiración se entrecortaba a impulsos apresurados. Me mareaba y noté el aviso de la náusea: «No saldré de aquí», me repetía aterrado, con el convencimiento espantoso de quien ve a la muerte cara a cara. Todavía alcancé a oír en plena confusión, como si la voz viniera de otro mundo, las voces repetidas de los de arriba:

–Átate la soga al pecho, por debajo de los brazos. Te vamos a subir a plomo.

Me subieron lentamente, y en los segundos interminables de la ascensión sólo tenía una idea en la cabeza, mientras temblaba: se rompería la soga y me clavaría en el fango. Cuando toqué con mis manos el borde de la superficie de aquel pozo, clavé las uñas en la tierra al notar que la cuerda se me desataba:

–¡Agarradme, agarradme! –supliqué con un grito.

Me sujetaron de los brazos y tiraron por fin de mí hasta quedar tendido y a salvo en el borde de aquel pozo. Estaba exhausto. Les di las gracias. Se fueron. Con los ojos cerrados, permanecí todavía un largo rato sentado en el suelo, frente a la luz rojiza de un sol que anunciaba ya su retirada y que a mí, en esos momentos, me pareció una caricia extraña y portentosa que se convirtió en emoción incontenible cuando sentí los lametazos de Paris que, muy lentamente, salía de su propio estupor. Yo le acaricié la cabeza con una sensación desconocida de pequeñez y sosiego, que parecía reparar segundo a segundo una tensión extrema, cuyo pulso se desaceleraba con una relajación placentera: «Esto ha sido un guiño cierto de la muerte», pensaba. Al fin erguido, me quité la camisa y los pantalones empapados y, en calzoncillos, me colgué la canana en el hombro izquierdo y la escopeta en el derecho. Caminamos despacio de regreso hasta el coche, aparcado a un par de kilómetros. Sobre los rastros, nuestras sombras fueron declinando como figuras quijotescas humilladas por la derrota.

Tres años después, en estos mismos pagos, al final de una calurosa tarde de finales de agosto que anunciaba su ocaso escarlata y encendido, Paris fue atropellado por un coche y arrastrado ocho o diez metros, enganchado en el parachoques. Nos retirábamos entre dos luces y el frescor de un relente incipiente, cuando Paris desapareció en el cauce del arroyo. Encelado tras el rastro de una codorniz fogueada, encorajinado y ciego por su resistencia, la siguió cauce arriba, casi unos cincuenta metros, hasta el encañe que salvaba la carretera. En ese punto echó a volar el pájaro y Paris brincó tras él algo más allá de la cuneta. Yo lo presentí con un vuelco nefasto en mis entrañas cuando vi las luces del coche. Corrí desesperado. Paris estaba en un charco de sangre, al cabo de un reguero siniestro. El conductor daba voces y gesticulaba mucho, pero yo no le oía, porque en mi mente se había hecho un silencio absoluto y hermético. Tercié la escopeta sobre mis hombros, me agaché lentamente y con sumo cuidado cogí a Paris en mis brazos para apartarlo en el rastrojo, fuera de la carretera. Noté cómo me empapaba su sangre. Tenía las patas y las manos rotas por varias partes y, a simple vista, se deducía el destrozo enorme de su interior. En cuclillas, acaricié su cabeza ensangrentada con mis ojos completamente arrasados. En los suyos había una llama inextinguible que me pedía ayuda, confiados. Acerqué mi cabeza a la suya y sentí cómo me lamía el cuello. Me

levanté como un resorte buscando su espalda. Descolgué de mi hombro la escopeta, la abrí. Tiré los dos cartuchos de mostacilla, tomé una bala de la canana, la cargué en el cañón derecho, cerré la escopeta con violencia, levanté el perrillo de la derecha, busqué la nuca de Paris y disparé.

Desde entonces, el fuego que inflamó aquel tiro lo veo siempre en los ambientes de penumbra, como un fognazo que me acompaña también en las horas últimas de los ocasos veraniegos, en sus luces púrpuras y escarlatas, y en su estallido obsesivo se me aparecen los ojos de Paris como si me taladraran el alma.

Floren

A Carlos Pascual

Yo creo que todos los problemas me vienen de que soy zurdo: ¡cuidado los trompazos que me he llevado yo desde pequeño! Me acuerdo un día, con ocho o nueve años, que empezamos a comer y mi padre me dijo: «Que te he dicho que no cojas la cuchara con la izquierda»... Como si nada, voy y la agarro con la zurda, y casi no me dio tiempo, porque con el revés de la mano me soltó una hostia que me tiró de la silla. Yo creo que fue de las más dañinas que me ha dado en su vida, porque me sonó toda la cabeza como un bombo y al cabo de un tiempo que me llevaron al médico a la capital, le dijeron a mi madre que era cosa de unos canales circulares que tenemos detrás del oído, que están como flotando, y claro, con una hostia de ésas se desequilibran. Bueno, desde entonces, a veces se me mueve el suelo y me mareo sin saber por qué. Ahora ya menos, pero por allá me daba muy a menudo y no había manera. Me cogían entonces como si estuviera muerto y me metían a la alcoba de dentro que tenemos en casa, que es muy oscura y templada en invierno, y en verano, fresca como una bodega. Y allí me pasaba días enteros, a veces semanas. Y una vez estuve hasta casi medio año seguido sin poder menearme, porque apenas giraba un poco la cabeza y era como si me cayera en un precipicio hondo y espantoso, que parecía no tener fin y del que ya nunca podrías salir, porque cuando parecía que salías, volvías a desplomarte de repente otra vez sin que hubiera forma de parar aquello, que te daban vómitos y todo con unas arcadas que no he visto una cosa igual, no me jodas, que parecía que te llevaran los demonios. Pero ya lo creo que salí, y aquí me tenéis otra vez contándoos la misma historia, ¡pringaos!

Pues claro que no me gustaba la escuela. Cómo me iba a gustar la escuela si cada dos por tres don Segis me atabanaba. Mirad los dedos de la mano izquierda. ¿No veis ahí en los nudillos que están como más gordos que los de la mano derecha? Pues por la regla de don Segis, que me los machacaba. Si no estaba de muy mal humor, don Segis te daba en la palma, a mí siempre en la mano izquierda, que era como un tormento la puta zurda. Y tú tenías que ir contando, normalmente hasta diez. Pero si estaba de mal humor, subía hasta quince o veinte, los cinco últimos en las yemas de los dedos, o donde pillara, porque mira cómo están éstos. A mí don Segis no me tenía una manía especial o mala hinch, ¡qué va! Repartía mucho a todos, aunque a algunos les tenía más enfilados que a

otros, eso sí. Yo no estudiaba mucho ni me gustaba, claro, pero sabía muy bien cuándo había que hacerlo y si me ponía me lo aprendía con facilidad, pero lo que me perjudicó fue lo de la zurda. Lo de la zurda y el acusica de Marianito, que estaba en el pupitre delante del mío. Marianito era muy repulido, con una piel muy blanca que llamaba la atención y el pelo castaño claro, con unas ondas que le caían así hacia un lado, y su madre, que era viuda y también muy pinturera, le componía y repeinaba con mucha colonia para la escuela. Cuando todos íbamos de pana más lisa que un resbaladero o con más remiendos que un payaso, y a misa los domingos con una rebeca hecha en casa, como mucho, Marianito tenía unos pantalones de tergal y una chaqueta cruzada, azul marino, con unos botones dorados y un ancla en medio. Pero no penséis que Marianito era un perolo o un buja vocecita. Todo lo contrario. De pequeños, era el que mejor tiraba con el tirador, de largo, aunque yo no le andaba a la zaga, y en las navas y en los pozos mataba tantas ranas como él, que fui de los de su edad en Hontanalta el único que se atrevió a pararle los pies. Luego, de más mayores, le compraron la escopeta de perdigones, y eso ya fue la caraba. O sea, el baranda del cotarro. Tenía un año más que yo, casi nunca se reía, pero sobre todo iba a su puta bola, con una frialdad que te imponía, porque primero te la armaba y luego te miraba fijamente, como si no hubiera pasado nada, con superioridad, ¿sabes? A mí lo que más me jodía de Marianito es que nunca sabías lo que pensaba y él jugaba con esa ventaja y con su silencio. Bueno, el caso es que al menor ruido, don Segis miraba para el lado nuestro de la escuela, desde su mesa en la tarima, y decía:

–Marianito, ¿qué pasa por ahí?

Marianito se levantaba subiendo con un golpetazo el asiento de madera del pupitre y contestaba:

–Es que Floren está escribiendo con la zurda...

Y ya estaba preparada.

Otras veces, cuando tocaba preguntar por nuestra fila, la primera pregunta siempre se la hacía don Segis a Marianito o a Deme, que estaba en el mismo pupitre, que era de dos, ¿ya sabéis cómo son los pupitres, no? Y Marianito normalmente no fallaba, pero Deme no fallaba nunca. Era un empollón calladito y temblón como un gurriato, que le acojonabas con sólo subir un poco la voz, pero listísimo el tío, que a mí me resolvía casi todos los problemas y nunca se chivaba de nada mío, y por eso le daba cuartel y le dejaba venir con nosotros. O sea que tenían ventaja, porque la primera pregunta era casi siempre como de fogueo, ¿no? Y, por ejemplo, decía don Segis:

–A ver, Deme, dime la consigna de esta semana.

–«Vale más quien sirve» –contestaba Deme como un automático.

–Muy bien, muy bien, Deme –decía don Segis.

Y acercándose hasta nosotros con las manos atrás, dando vueltas continuamente a la regla, nos encaraba y decía:

–A ver si se acuerdan de la de la semana pasada Floren y Julito. A ver, tú mismo,

Floren...

Yo dudaba un poco al principio, algo azorado, y decía al fin:

–Creo que era «El que muere por la patria recobra la vida», o algo así.

Don Segis se reía ligeramente y decía:

–Dame la zurda, Floren, que te voy a ir recobrando poco a poco.

¡Pim, pam! Te daba dos reglazos que restallaban en tu mano como si te sacaran de quicio, cagüen su puta madre, que te encabritabas todo entero y te retorcías de dolor, y te daba un vuelco la sangre que te lo tirabas a la yugular. Pero te jodías, ¡a ver! Y cuando te resoplabas un poco la palma, mirando para otro lado, porque la mano te quemaba del escozor, oías a Deme, que no fallaba:

–«La muerte por la patria es vida», don Segis.

–Muy bien, muy bien, Deme –decía alejándose don Segis, dando vueltas a la regla con la mano a la espalda.

Y tú te restregabas la palma de la mano con la pernera del pantalón en el muslo hasta que se iba pasando.

Nos repasaba mucho don Segis, pero con la llegada del buen tiempo se hacía más llevadero, porque como salías a las cinco de la escuela y los días se alargaban mucho, tenías toda la tarde para mangarla. De más pequeño, para allá para mayo y, sobre todo, a partir de junio, mi hermano Fede, el mayor, me decía de vez en cuando:

–¡Floren!, esta tarde a las eras.

Y ya sabía yo lo que tenía que hacer. Eso sería con nueve o diez años, hace ahora unos seis. Bueno, me iba a casa, me quitaba los calzoncillos y me ponía a pelo los pantalones cortos más anchos que tenía. Para esa edad, mi picha era bastante grande y en eso consistía todo, ¿no? Total, que a eso de las siete o las ocho de la tarde aparecía por las eras, detrás de una caseta grande, al abrigo, y cuando llegaba ya estaban esperando los chicos, y algunas chicas, que también se atrevían. Me hacían corro y allí en medio, subido en la pequeña mota que daba a la pared de la caseta, me desabrochaba el cinto, los botones de la bragueta y me ponía en jarras sujetándome los pantalones, pendiente de las señas de mi hermano, que estaba detrás de todos. Y cuando daba un golpecito con la cabeza hacia abajo, yo soltaba las manos, metiendo y encogiendo la barriga... y, de repente: ¡taachinnn!..., se caían los pantalones y me quedaba en pelotas.

–¡Halaaa...! –decían las niñas que me miraban. Y se llevaban las manos a la boca, tapándosela, con los ojos abiertos como platos. Y se daban codazos. Los chicos se reían.

Yo volvía a ponerme en jarras y movía las caderas para un lado y para otro, hasta que mi hermano cruzaba las manos varias veces, indicándome que parara. Entonces, con este dedo que se apunta, empezaba a hacer círculos y yo me ponía a dar vueltas lentamente, hasta que mi hermano cambiaba el sentido de los círculos y yo hacía lo propio, ¿no? Y así varios pases. Cuando mi hermano cruzaba las manos y los brazos varias veces un poco más alto de lo normal, se acababa el circo. Luego, uno por uno, todos los presentes pasaban delante de él, y en una lata de bonito que tenía en la mano, iban dejando los

chicos una peseta, y las chicas, dos reales. Mi hermano Fede se quedaba con todo, aunque a mí me daba la propina.

La que no fue nunca a verme fue Asun, porque yo creo que la daba vergüenza. Asun era una chica de mi edad y de mi barrio que tenía el pelo claro sin ser rubio, algo rizado, pero cortado así, a la altura del cuello. A mí Asun me gustó desde siempre por su piel sonrosada, sus labios gordezuelos que parecían pintados y sus ojos grises, que te miraban y ya no se te iban de la cabeza. Estaba regordeta, pero maciza, y a mí me traía como un zarandillo. Pero, ¡qué casualidad!, a Marianito también. Así que desde muy pequeños nos la trajinamos juntos. En llegando el verano no nos separábamos de ella. Al atardecer nos juntábamos muchos chicos y chicas para jugar ¿no?, pero poco a poco, cuando iba oscureciendo, cada uno se buscaba la vida, y Marianito y yo nos las arreglábamos para terminar a solas con Asun. La desnudábamos besuqueándola. A mí me gustaba mucho quitarla las bragas, que eran de ganchillo, caladas con agujeritos, despacio, como a cámara lenta. Luego nos quitábamos los pantalones y los calzoncillos y nos montábamos encima de ella por turno, con mucho frote, que se te ponía tiesa y daba mucho gusto, pero que no te corrías ni de coña, porque a esos años es imposible, que como muy pronto empiezas a correrte a los doce o trece; antes, nada, por mucho que digan algunos bocazas de aquí. Me acuerdo que a veces, estando encima de Asun, se me iba el tiempo ¿no?, como si te olvidaras de todo y, de repente, me daba unos golpes Marianito en la espalda para avisarme que le tocaba a él. Te quitabas así, un poco de mala gana. Pero, al poco, yo hacía lo propio, después de estar un rato mirándolos como un gilipollas. Así estuvimos unos cuantos años, hasta que un verano Marianito me dijo que Asun quería estar sólo con él y que me abriera. Al principio creí que era una cabronada más de Marianito, pero en seguida me di cuenta por la mirada de Asun de que era verdad, porque las tías, si están por ti te lo dicen con los ojos sin ninguna duda. Y, si no, también. Y lo que jode es que te la levante el que tienes más cerca, el que de ninguna manera te la tiene que levantar y va y te la levanta. Y eso no se olvida nunca y está ahí siempre, como un run-run que te carcome. Yo creo que fue a la vuelta de la escuela, en septiembre de ese verano, cuando la panadera de don Segis a Marianito. ¡Hombre!, yo pasé un tiempo bastante chungo, porque ya me coscaba de todo y uno no era de piedra ¿no? Pero había aprendido de Marianito a callar como puta, aguardando a que el tiempo te diera tu oportunidad, que si sabes esperar y aguantas, siempre llega. Y en este caso llegó una tarde calurosa de mediados de septiembre, a la media hora larga o así de entrar en la escuela; que en Hontanalta, si no empieza a llover a primeros o mediados de septiembre, suele alargarse el buen tiempo hasta la vendimia, ya metidos en octubre. Y estaba yo pensando en las musarañas cuando me pega un codazo Julito, que ya os he dicho que era mi compañero de pupitre, un tío legal que le pasaba con Marianito lo que a mí: que no nos explicábamos por qué nos comía el tarro de aquella manera y no podíamos separarnos de él, siendo tan hijoputa como era. Y va y me lleva con la mirada hasta Marianito, allí delante mismo, de espaldas, que tiene metida la mano derecha en el

bolsillo del pantalón y, con un disimulo enorme, pero descarado para nosotros, se la está meneando. ¡Bueno!, tampoco era muy difícil, porque con hacerte un roto en el forro del bolsillo te la manoseabas sin problema. Total, nos miramos Julito y yo; echo un vistazo por el pupitre y veo que tengo en una esquina dos libros, uno encima de otro. Voy y los tiro al suelo. Don Segis, que oye el ruido, levanta la cabeza hacia nosotros como un lebrel y dice con cara de pocos amigos:

–¿Se puede saber, Floren, qué pasa por ahí?

Yo me levanto como una escopeta y, como si me diera cierto reparo, entrecortando las palabras, contesto:

–Es que... Marianito... está haciendo marranadas...

¡Joder, la que se armó! ¡Qué tiberio! En dos zancadas, don Segis se plantó delante de Marianito, diciendo en voz muy alta: «¡Pero será posible! ¡Pero será posible...!». Y comenzó a ahostiarlo con la mano derecha, mientras con la izquierda le pegaba con la regla donde pillaba, como si fuera un fardo. Marianito trataba de protegerse con las manos como podía, pero le dio igual, porque cuando don Segis paró un poco la primera oleada, va, le coge por el cuello, le saca como a un pollo del pupitre, así, casi en volandas, y le lleva a trompicones hasta la tarima. Le sube, le pone de cara a nosotros y dice casi gritando: «¡Miradle bien! ¡Qué vergüenza! ¡Pero qué vergüenza!». Y, sin más, le agacha con fuerza la cabeza, se la mete en la horquilla de sus piernas, aprisionándole bajo la bragueta, y empieza a darle una zurra interminable con la regla en el culo y en las nalgas. La regla restallaba en la carne de Marianito como una tralla. Marianito aullaba, pero no soltó una lágrima, y mientras duró aquel alboroto descomunal nos quedamos todos como estatuas, sin mover una puta pestaña y como si no entrara ni saliera el aire por nosotros, que se nos olvidó respirar en aquel rato interminable. Hasta que al fin, va don Segis, le agarra otra vez por el cuello y le acompaña hasta el pupitre, donde se recuesta sobre la madera y se tapa la cabeza con manos y brazos. Y así se quedó hasta que salimos de la escuela. Luego, don Segis, en un tono muy subido, casi voceándonos, que me recordó mucho al padre Pacífico de Pobladura cuando venía a Hontanalta a predicar la Semana Santa y que cuando hablaba parecía que tronaba, pues así nos repitió don Segis varias veces que en su escuela no permitiría de ninguna manera una vergüenza como aquella y que si pillaba a alguno en adelante, que se atuviera a las consecuencias, porque lo eslomaba.

Julito y yo estuvimos esquivando a Marianito los siguientes días, y Marianito como si nada, ni una palabra. ¿Veis esta cicatriz?, aquí en medio del cuello, parteabajo de la oreja derecha..., ¿la veis?; pues una tarde en las navas, que estábamos a ranas, cuando parecía que estaba todo olvidado y yo ya ni siquiera me acordaba de todo el rollo..., voy delante apartando los mimbres hasta la isleta que había en el centro de las navas, cerca del Pozo de la Cigüeña, que era donde más cubría. Me seguían Julito y Marianito con la escopeta, los demás mirando desde la orilla, cuando: ¡pas!, como si me hubieran atravesado el pescuezo con una aguja. Me quedo tambaleando y me empieza a salir un chorrillo de

sangre como del pitorro de un botijillo. Va Julito, me pone la mano en el agujero, sujetándome porque me entra como un mareo, y me dice:

–¡Hostia, Floren, éste te ha pegado un tiro!

Se acerca Marianito, me ata un pañuelo lleno de mocos al cuello, mientras va diciendo:

–¡Bueno, yo no sé que ha pasado! Se debe de haber disparado sola, porque no me lo explico. Pero, bueno, tranquilo, que esto no es nada ¡eh!

Me sacan entre los dos con el agua hasta las rodillas, como de película, con mis brazos sobre sus hombros, y entre toda la peña me llevan al trote al médico del pueblo. De ahí a urgencias y a operarme para encontrar el balín de Marianito: ¿qué os parece?, otro recuerdo de Marianito, ¿lo veis aquí, como una diadema de piel ladeada?

Yo creo que Marianito se hizo muy pajero desde que se quedó solo con Asun, porque ya iba entrando en la edad del desarrollo y no pensaba en otra cosa y eso, pero tenía sus antecedentes, porque fue él quien me llevó la primera vez detrás del humilladero, donde de vez en cuando se la meneaban a Crispulo, que era un tío ganso y colorado de Hontanalta, de dieciocho o veinte años, que su familia tenía gallineros, y que daba unos pellizcos retorcidos en el pescuezo que te quedaba amoratado para todo el mes. Y tenía a Marianito de mamporrero principal porque decía que tenía las manos muy suaves y que ni comparanza, aunque siempre se la sobaban dos o tres, por tiempos. Y Crispulo, marrajo el cabrón, los dirigía diciéndoles más despacio o más deprisa hasta que eyaculaba como un verraco, allí, en medio de un coro de angelitos; que Julito y yo nos abrimos echando virutas, aunque nos costó muchas correrías. Y un día que me pilló, va, y pellizcándome Crispulo, casi en vilo que me tenía el hijoputa, me dice:

–De esto ni pío, Floren. Díselo también a Julito. Que mucho ojito. ¿No querréis que la tengamos, verdad?

¡Hala!, a tomar por culo, un mes con el morado en el cuello.

Pero ahí me pilló Marianito un poco de nuevas, porque don Tasio acababa de despedirme de monaguillo, que me dijo una tarde: «Mira, Floren, dile a tu madre que ya hablaré con ella, pero que, de momento, me sobran monaguillos y que no hace falta que vengas por aquí, que con que vayas a misa los domingos y fiestas y te confieses y comulgues por Pascua Florida, que ya está bien».

Claro, que yo ahora comprendo a don Tasio, porque ¡qué paciencia el hombre conmigo!... No os digo más que en la primera procesión que me dijo que llevara la cruz grande de plata pues la estampé contra el suelo, y yo con ella de bruces, como la sogá detrás del caldero. Iba abriendo la procesión, la dejé vencer un poco por arriba hacia delante, mientras la miraba ensimismado, pegué un par de tropezones tratando de sujetarla y al suelo de morros. Como ésa un ciento. Pero con la que ya se empezó a mosquear don Tasio fue con la del muerto, porque don Tasio tenía mucha paciencia, pero como decidiera una cosa... no había cojones y no se volvía atrás. Yo no sé cómo quiera que os diga que era, porque no era un cura muy normal, ni buja, ni beato, ni de estos rezones y comehostias que tenemos aquí, ¡qué va! Don Tasio era un tío serio y, a

su manera, legal, enrollado con las propinas, que nunca nos pegó a ninguno ni daba pellizcos como el anterior, don José María, que le oí a mi padre siempre que era un zampón y un estragado pesetero, y daba muchos pellizcos retorcidos como el hijoputa Crispulo. No. Yo creo que don Tasio estaba algo trastornado por los libros, que tenía un montón en casa, donde vivía con una hermana mayor, pero paredes llenas de arriba abajo, nada de una estantería, y siempre andaba leyendo y fumando Ducados, con los dedos amarillos de nicotina. Lo malo de don Tasio era que, a veces, se te acercaba mucho para decirte algo bajito, cuando estabas ayudando a misa o así, y te echaba un tufo de aliento que trasponía. Pero don Tasio siempre daba razones y hablaba muy bien, hablara de lo que fuera, y daba gusto escucharle, pero tenía como un deje de tristeza, como si estuviera amargado o disimulara algo. A mí, ahora que lo pienso, me parece que lo que le pasaba a don Tasio era que le gustaban mucho las tías o que tenía algún rollo en secreto y complicado o que lo había tenido, y que por eso lo llevaba mal y, a veces, tenía salidas como si le importara todo un camino, y eso de la religión y de la iglesia se la sudara. El caso es que cuando fuimos a la casa del muerto, Colás el Yesero, que era uno de los más pobres de Hontanalta y llevaba viudo y solo muchos años, carcomido por la miseria, pues ya estaba metido en el ataúd con un traje gris que no era suyo, porque Colás en su puta vida se había puesto un traje ni mucho menos había podido comprárselo, que si se hubiese visto con esa facha se habría echado a correr del susto, aparte de que no se hubiera reconocido. Pero claro, se trataba de un traje que le había comprado el Ayuntamiento para enterrarlo, pensando en la talla a voleo. Todo lo contrario que Tablatiesa, el carpintero, que le había clavado las medidas de la caja de pino negral, porque no lo había más barato, con más nudos que las pelirrojas cuando tienen pecas. Y allí estaba el pobre Colás, en medio de un par de bancos corridos con una docena de fisgonas y beatas con su zumbido y bisbiseo, y los hombres más cercanos, arremolinados en el portal, aunque había muchos más fumando a la puerta, porque la verdad es que la casa de Colás era baja como una hura y en cuanto bajabas el escalón de nada más entrar, te daba una sensación minúscula, como de juguete: cuatro paredes blancas, dos maderos entreverados, unas vigas para sujetar el entablado del techo y el suelo de losetas coloradas; ésa era la casa de Colás.

La verdad es que los que le habían amortajado eran unos manguis de tres pares, como nuestros abogados de oficio, porque, vamos, qué percal más chapucero... Aunque yo estaba detrás de don Tasio con el hisopo y el caldero de agua bendita, me aparté un poco para no perder ripio, y lo primero que veo es la cabeza de Colás como si se la hubiesen reducido, saliendo de las solapas grandes del traje, que parecía que se la hubiesen guillotinado. Luego tenía el pelo húmedo, como lamido, amarillento, peinado hacia delante como los Césares, pero con brillantina, porque las pasadas del peine estaban intactas. Y tenía Colás ese color de cera mustia que tienen los muertos y el gesto afilado desde los carrillos hasta el mentón de la barbilla, chupado, como si no tuviera dentadura, que los viejos, cuando se mueren, se quedan así casi todos, como si estuvieran chupando

de una paja, pero sin paja, y a mí eso me ha llamado mucho la atención desde los primeros muertos que vi de niño. Pero en el caso de Colás era más fuerte, porque ni le habían tapado los agujeros de la nariz con un poco de algodón, ni la boca con un pañuelo o algo. Así que tenía la boca abierta y por encima del labio dos regatillos como de pus que le manaban de las narices. Y estábamos todos allí en silencio, don Tasio a los pies de la caja mirando al muerto, y cuando empieza a decir: «Ego sum resurrectio et vita, qui credit in me non morietur in aeternum...», que no tenéis ni puta idea de latín, aparece zumbando una mosca gusanera, verde reluciente y gorda como un tábano. Yo me quedo fijo mirándola, da dos vueltas al personal y, como un caza en picado, se mete en la boca de Colás. Don Tasio sigue como si nada, pero yo ya no pensaba en otra cosa, mosqueadísimo, cuando empieza a sonar el revoloteo dentro de la misma boca del muerto. Sale volando con esa rapidez caprichosa e imprevista que tienen esas moscas; otro par de vueltas para aquí y para allá y otra vez derecha como un tiro a la boca de Colás. Empiezo a ponerme nervioso, agarro sin darme cuenta el hisopo, lo saco del calderillo, lo aprieto fuerte con mi mano izquierda, como si tuviera que defenderme con él. La mosca que no sale del muerto, don Tasio que sigue erre que erre con el oficio y lo que menos esperaba..., aparece de nuevo andando por la boca, se pasea por el labio de abajo, por el de arriba, y empieza a trepar por el regatillo de pus hasta que se mete en el agujero de la nariz: ¡joder, qué guarra! Hasta que, de repente, sale volando con una potencia y un ruido escandalosos para el silencio en que estábamos, da una vuelta a la habitación y desde el otro lado que está va y me enfila. Viene hasta mí tan derecha que, si no la esquivo, me da en la cara. Me pongo histérico, la mosca venga a darme vueltas a la cabeza hasta que, en un momento, me roza la cara: ¡cagüen su puta madre! ¡Pero qué asco la mosca guarra! Me sigue dando vueltas, empiezo a dar hisopazos a diestro y siniestro, se da la vuelta don Tasio y ¡zas!, le pego una hostia en la cara que yo no sé cómo no le dejé sin dientes. Se arma un revuelo imponente, hasta que la señora Felisa, la caporala, va y dice muy fuerte: «Abrid las ventanas, ¡coña!, que se va ella sola». Y creo que se fue la puta mosca, pero la avería ya estaba hecha y fue muy gorda.

Don Tasio anduvo con la señal del hisopo un par de semanas y se mostró conmigo algo mohíno, aunque yo creo que daba por buenas mis picias habituales, con tal de que no le montara algún número más grave. Pero la caraba estaba por llegar al mes siguiente, en julio, el día de la Magdalena, que era la Función de Hontanalta y a la misa mayor asistía la corporación municipal muy engalanada. La iglesia estaba a tope. Don Tasio acababa de incensar a todos los presentes, empezando por el alcalde y los concejales, que estaban en unos bancos de terciopelo carmesí, colocados transversalmente al altar, arriba, en el presbiterio. Me pasa don Tasio el incensario para que lo meneara como un péndulo mientras consagraba. En el coro, las mujeres empiezan a cantar dirigidas por Cogujada, el sacristán, que se implaba en seguida por cualquier chorrada y sacaba la mano a pasear en cuanto no estaba don Tasio; y lo de Cogujada era porque tenía como una cresta de pelo en el cogote que, aunque se la mojaba mucho, al poco rato se le

empinaba. Bueno, pues estaba yo tranquilamente meneando el aparato, envuelto en ese olor a incienso que a mí me trasponía un poco, porque aunque no te coloca, te relaja y da gusto respirarlo. Iba y venía la cadena y el incensario pacá y pallá, cada vez más alto y, de repente, no me preguntéis por qué, se me va de las manos y sale volando por encima de los parroquianos sentados en los bancos de la izquierda, frente a mí, con tan buena suerte que se va a estrellar en medio del pasillo de la iglesia y no da a nadie. Pero la hostia fue morrocotuda, porque al ir arrastrándose por el suelo echando humo hasta pararse contra un banco, el estruendo fue peor que una bomba con un ruido que no se acababa nunca, que cuando se me escapó de las manos sólo oí como un suspiro gigante y luego, nada más dejar de cantar el coro y desaparecer el ruido y algunos chillidos, se hizo un silencio imponente. Entonces siento que me agarran del brazo, como si fuera una mano de hierro, y miro a don Tasio que me mueve como a un pelele y me dice al oído:

—¡Floren!, vete a recoger lo que quede de tu botafumeiro, que ahora vamos a incensar con los cojones.

Ahí tuve yo un bajón, porque, aparte de que mi padre me dijo, muy enfadado, que si los curas te descartan es como el desecho de tintera en las ganaderías, yo mismo me sentí raro y desplazado cuando ya no pude volver a la iglesia y, sobre todo, cuando veía a los otros monaguillos, que seguían su vida normal, mientras la mía, por hache o por be, siempre andaba dando tumbos. Y aparte de Julito, que era un tío legal y en su casa le pasaba un poco lo que a mí, trompazo va, trompazo viene, que nos parecíamos hasta en el andar, yo seguía con Marianito porque no lo podía remediar, porque su compañía era para mí como un imán, aunque hacía tiempo que le detestaba y yo ya sabía que de esa debilidad mía él se aprovechaba y me chuleaba, porque era su forma de ser, como la mía era no poder evitar muchas cosas que yo sabía claramente que me jodían y perjudicaban, hasta que llegaba un punto en que yo tomaba conciencia total de que tenía que reaccionar, y cuando lo hacía convencido ya no había forma de que me pararan, porque yo sabía que debía hacer lo que tenía que hacer. Y eso fue lo que pasó después de lo del pato Lucas, que compró mi padre a un pollero y lo dejó en el corral con los pollos y gallinas, como uno más, pero mucho más gracioso. Lucas abultaba poco más de un comino, pero corría con una rapidez y una agilidad que alucinabas. Fue aumentando deprisa y al poco ya no tenía ni que hablarle, porque tan pronto me veía se lanzaba hacia mí loco de contento para que le atusara un poco y le pasara mi mano repetidamente por la pechuga. Iba detrás de mí a todas partes hasta que, a veces, se paraba en seco, esperando que yo hiciera lo propio y lo aguardara, y cuando lo estaba mirando atentamente, y él lo sabía, ¡zas!, soltaba una cagada espectacular, porque los patos cagan un revuelto muy turbio y acuoso como si dispararan con una fuerza y una velocidad que visto y no visto. Y cuando se aliviaba, sin esperarme, él solo se ponía en marcha.

Lucas era el terror de las hormigas. Cuando pillaba un hormiguero grande, yo le llevaba en seguida para que hiciera la limpia: no hay nada como ver a un pato acometer un hormiguero. Es como un ataque aéreo devastador en que el picoteo enloquecido del

pato se convierte en un arma terrible y certera, mientras las hormigas huyen despavoridas por entre las membranas de sus patas. Es como un ataque sorpresa alucinante.

Un día me dijo Julito que había que llevar a Lucas al arroyo para ver cómo nadaba: «Pues cojonudo», le dije. Bajamos a Lucas al Horcajo y ya estaba por allí toda la panda y Marianito con la escopeta. Voy yo tan contento y pongo a Lucas en la cabecera de la fuente, para que fuera bajando hasta la desembocadura con el otro arroyo más grande. Estábamos todos a la orilla siguiendo al pato que nadaba contentísimo y nosotros allí flipando, cuando ¡pas!, una perdigonada en el agua, muy cerca de Lucas. Me da un vuelco el cuerpo, me vuelvo y veo a Marianito que, con toda la pachorra, abre y va a cargar la escopeta:

–¡Ya te vale, cacho cabrón! –le digo fuerte.

–Tranquilo, Floren, por dos duros mañana te regalo cinco –me contesta el hijoputa.

Me da un escalofrío, porque ya estoy convencido de que Marianito me lo mata, avanzo cinco o seis pasos corriendo hasta la altura de Lucas y le digo: «¡Lucas, Lucas, ven, ven, corre!». Lucas hace un quiebro en el agua y me enfila nadando con gracia, confiado. Está a medio metro de mí, a veinte centímetros de mi mano extendida y ¡pas!, un perdigón le atraviesa el pescuezo, que se lo rompe y dobla como una marioneta, y llega a mis manos muerto. Me dan ganas de llorar, pero me reprimo y me sube a la garganta un llanto seco que me ahoga sin poder decir palabra. Cojo a Lucas entre mis manos y con Julito, que me echa un brazo por los hombros, nos subimos para el pueblo.

¿Habéis visto de cerca una salamandra? Pues una salamandra es como un pecado porque, pese a que la ves que es asquerosa, te atrae muchísimo. Y ahora estad atentos, porque ésta es la versión auténtica, no la que vais contando por ahí algunos, que es la pura trapacería de los picoletos y de estos curas de Valcarlos, que me han dicho que se van a ir a tomar por culo y que se va a hacer cargo de esto el Estado, que ya es hora. Pues en uno de los pozos de Hontanalta, que no es el más grande ni el más hondo, aunque no es pequeño, ni mucho menos, pero que entonces estaba muy abandonado y tenía muchas ovas y forraje, vimos un día una salamandra enorme, la más grande que nunca habíamos visto, una cosa imponente de por lo menos treinta centímetros, ¡así!... La vimos contra la tarde, ya casi oscureciendo, después de una tormenta impresionante. El pozo era rectangular, con unas paredes maestras de piedra que llegaban casi a la superficie, pero estaban hundidas hasta el agua en uno de sus ángulos, y eso se había convertido en una pendiente muy empinada de escombros y piedras sobre la que crecía una maleza espesa y muchas hierbas altas y mimbreras. Claro, allí había bichos de todas clases, pero sobre todo ranas, culebras y salamandras. Estábamos en el lado contrario de este rincón que os digo, casi tocando el agua, porque por ahí la pared, que estaba también bastante derruida, bajaba como si fuera una escalera, debido a nuestro propio uso de bajar y subir y porque, muchas veces, habíamos tirado las piedras al pozo para que se quedara así. Y abajo del todo, a la altura del agua, había una piedra grande y salediza que era como un apostadero perfecto para tirar desde allí. El agua era de un

oscuro rojizo y no se veía más de medio metro para el fondo. Y estábamos allí ese día, Julito sentado en esa piedra que os he dicho, tocando el agua con los pies colgando, cuando, sin decir palabra, empieza a gesticular con la mano, señalándonos para la maleza, y se queda fijo con el brazo extendido, apuntando a la salamandra. Estaba quieta dos cuartas por debajo del agua, con unas manchas amarillas grandes que anaranjaban un poco por el color del agua. Ya os digo, nos quedamos acojonados. Fue cosa de unos instantes, porque alguien, al moverse con los pies, tiró tierra y algún canto al agua y el bicho, con mucha calma, se metió para el fondo y desapareció. Nos quedamos sin decir palabra, hasta que Marianito, que no le dio tiempo siquiera a prepararse y apuntarla, dijo entusiasmado: «¡Hostias, hay que pillarla!».

Fuimos muchas tardes de aquel verano a ver si la trincábamos, pero nada de nada, ni verla. Y para Marianito aquello se fue convirtiendo en una cuestión personal, así que andaba por aquel pozo muy a menudo, solo o con unos y otros. Pero Julito y yo también estábamos al acecho y nos pasábamos horas sentados en la piedra salediza, comprobando su resistencia y quitando la poca cal que la unía al resto. Y una tarde, agarrándose a las otras piedras, Julito hizo fuerza con una pierna y, al moverla, me dijo:

—¡Floren!, si la apalancas bien, la tiras.

Y yo no dije nada.

Un día de mediados de agosto, a eso del mediodía, se preparó en Hontanalta un nublado de esos que meten miedo y cayó mucha piedra, que menos mal que ya estaba todo segado, aunque en las eras hizo mucho daño, y luego cayó agua por toneladas, que parecía el mismo diluvio. Pero sobre las cinco y media o las seis, se insinuó entre nubes el arco iris; el calor se había atemperado que daba gusto y los rayos de sol que se filtraban estaban limpios, como recién estrenados. Y a todos se nos ocurrió lo mismo, porque a poco que uno sea de campo, sabe que las tormentas de verano dan un vuelco a la vida, como si renaciera, y para las salamandras es como un festín, lo mismo que la penumbra o la oscuridad primera. Así que llegamos Julito y yo al pozo y ya estaba allí toda la peña. Y en la piedra salediza, vigilando, Marianito de pie con la carabina. Cojo, aparto a Deme y a otro par de pringaos, bajo y me pongo detrás de Marianito, que no me hace ni puto caso, pero cuando me siento a sus pies, casi en la misma piedra, se vuelve hacia mí y se lleva el dedo este de la mano izquierda a la boca, pidiéndome silencio. Más de media hora, y allí callados y quietos como clavos. Y nada. Otro largo rato, y algo se mueve entre los mimbres: Marianito se encara la escopeta y, al ver el rabo de una culebra, la baja lentamente. Entonces, entre las nubes, un rayo de sol potente enfoca el pozo como una linterna gigante y sus aguas rojas nos dejan ver una profundidad nunca vista, y allí en medio, nadando con una suavidad que nos pasma, aparece la salamandra, que emerge desde lo hondo en dirección a la maleza. Marianito va subiendo lentamente la escopeta hasta apoyársela en el hombro, pero observando al bicho con la cabeza separada de la culata. La salamandra desaparece bajo unas ovas, unos segundos, y vuelve a aparecer muy cerca de la superficie, una cuarta por debajo del agua, entre las

hierbas. Se encara la escopeta Marianito, apuntándola, y yo empujo la piedra con mi pierna izquierda con toda mi fuerza con tal de que falle. La piedra se mueve, Marianito pierde el equilibrio, la escopeta se dispara y se caen los dos al pozo. Se los traga el agua, sube la primera vez Marianito y manotea desesperado gritando: «¡Ayudadme! ¡Socorro! ¡Ayudadme!»». Yo creo que, aunque no sabía nadar del todo, podía haber salido, como cuando nadábamos sin tocar el suelo en el arroyo, pero los nervios le traicionan y se va para abajo. Sube otra vez, saca un poco la cabeza, pero ya no se le entiende nada de lo que trata de decir, porque se ahoga, claro, y sólo se oyen sus balbuceos y el ruido del agua que los apaga removiéndose. Y se va para el fondo con un reguero de burbujas que suben y explotan al tocar el aire y se hacen cada vez más pequeñas. Marianito desaparece de nuestra vista y las ondas del pozo se van aquietando. Todos paralizados. Un silencio espantoso. Hasta que, de repente, empiezan a desfilar como histéricos por arriba, con Deme a la cabeza, y echan a correr como gacelas. Julito y yo, él a mitad de la pared y yo abajo del todo, junto a la piedra salediza, que se ha quedado vencida hacia el pozo pero no se ha caído, nos miramos sin decirnos nada; subimos y aceleramos el paso hasta coger un ritmo de trote por los carrizos del arroyo adelante. Damos casi la media vuelta al cerro de Hontanalta para buscar la subida de las eras y entramos por los atrases. Llego a la trasera de mi corral sin resuello, como si me ardieran los pulmones, abro... y mi padre delante: «Éste me mata a hostias», pienso en seguida. Pero, qué va... Muy serio y sereno, me dice:

—¡Floren!, coge ese hatillo que te he preparado y échalo al tractor, que nos vamos. ¡Avía, avía!, que la madre de Marianito viene diciendo que esta vez te mata sin falta.

Llegamos al cuartel de la Guardia Civil y, casi sin parar, me meten en un Land-Rover y a este puto reformatorio de curas con el baberito blanco de los cojones. Menos mal que ya sólo me queda un mes y siete días, y ¡hala!, a correr, que aquí os quedáis ¡pringaos!

Valcarlos

Lucía Álvarez

–Es usted licenciado en Ciencias de la Información –dijo la asistente social, apenas hube franqueado la puerta.

–Sí, señora.

–Ha trabajado en el periódico y la radio locales... –continuó, mientras leía mi breve currículum.

–Sí, señora.

–*El Noroeste Regional* es un periódico estupendo –dijo, todavía sin dirigirme la mirada.

–Si usted lo dice... –contesté incontinentemente, molesto por su actitud de maquinal indiferencia, y porque ni siquiera me había pedido que me sentara.

Levantó su cabeza de súbito y me clavó los ojos tensando el rostro. Una mirada escrutadora, glacial. Intuí que detrás de aquella frialdad había un serio intento de asimilar la petulancia de mi respuesta con aparente entereza. Y, en el transcurso alargado de aquellos segundos, el intento fue un hecho. Sólo desvió su vista para mirarme de arriba abajo, como si me desnudara de mi indumentaria con el desdén de quien se siente muy por encima. Al cabo volvió sobre el folio, mientras distendía ligeramente los labios e insinuaba una leve sonrisa con suficiencia.

–¿Por qué no ha continuado usted el trabajo periodístico? –preguntó con tono distanciado, pero volviendo a mirarme.

–Digamos que no me daba de comer.

Hizo una pausa y sin dejar el bolígrafo que tenía en la mano derecha la extendió diciendo:

–¿No quiere usted sentarse?

–Claro, gracias.

–Entre el trabajo de un periodista y el de un educador de un colegio de menores no parece que haya mucho en común, ¿qué espera usted de este trabajo?

–No sé lo que espero. Lo único que sé es lo que busco: necesito este trabajo.

Entonces, a la misma altura de sus ojos claros, glaucos, advertí de lleno su belleza arrebatadora. Unos treinta años, con esa plenitud insultante de la mujer deseada que nunca será nuestra. La piel, impecable, nacarada; la nariz recta, fina, con unas aletas delicadísimas que registraban con movimiento casi imperceptible los altibajos de su respiración. Recortaba su nuca un corte de pelo muy rebajado que parecía un señuelo

para que la vista se deslizara obligada por la hermosura de su cuello, un trofeo erógeno codiciado con lascivia. La misma que suscitaban sus labios perfectamente dibujados, realzados por una ligera capa de carmín aplicada con exactitud. Un mechón de pelo meloso tapaba la mitad de su frente hasta hacer contacto con la pestaña del ojo derecho, un punto inevitable de atracción visual.

Ahí me llegaba cuando me di cuenta de que se sentía moleestamente observada, contrariada por una actitud que consideraba insolente. Se llevó la mano izquierda al mechón de pelo y, peinándolo con sus dedos hasta detrás de la oreja, con mucha calma y algo de animosidad dijo:

–¿Es usted tan meticuloso y cortante cuando trabaja con sus compañeros o sólo se envalentona con las mujeres...?

Como un náufrago en mi propio interior, tocado por aquella descarga inesperada, me pedía urgente socorro a mí mismo en busca de una respuesta apropiada, ni mansa ni precipitada, pero una salida que en modo alguno tensara aquella situación enrarecida:

–Cuando trabajo –contesté después de lentos segundos en que decliné mantener su mirada– procuro hacerlo bien.

Satisfecha por aquel lance que le devolvía un terreno a cuyo socorro acudió con contundencia, en un tono más distendido, preguntó:

–¿Ha tenido usted contacto alguna vez con chicos como los de este colegio, con chicos problemáticos, digamos?

–No, aunque tengo información por algunos conocidos que trabajan aquí.

–¿Qué clase de información?

–Bueno, pues de qué tipo de niños se trata, su procedencia familiar, muchas veces llena de dificultades y traumas, su extracción social, el ambiente del que muchos proceden, la delincuencia juvenil, sus fechorías, etc.

–¿Y a usted qué le parece todo eso? –preguntó, aparentemente interesada en mi respuesta.

–Pues... es un tema complicado, ¿verdad? Creo que se trata de uno de los problemas sociales más llamativos de la actualidad y, dada su cada vez más preocupante extensión en las sociedades urbanas..., seguramente sea uno de los fenómenos sociológicos más atractivos de estudio y atención. Personalmente, me interesa mucho. Creo que este trabajo puede ser apasionante –concluí con pueril engreimiento.

–¿Tan apasionante como escribir en los periódicos? –preguntó sin dejar de observarme, llevando la iniciativa con comodidad.

–... Son cosas distintas, ¿no? –dije, mientras se me iluminaba el cerebro–. Además, *primum vivere, deinde philosophari*, ya sabe, los clásicos –rematé pedantuelo y enormemente satisfecho.

No pudo evitar una sonrisa de tregua, un armisticio maternal, cuando dijo:

–Puede usted retirarse, señor retórico. Le avisarán cuando le llame el director.

Todavía sientes, Joaquín Altea, el entusiasmo que te produjo aquella aparición. Estaba sentada en un butacón giratorio de cuero negro, apoyada sobre una mesa amplia de cristal con patas metálicas, cruzadas y unidas por un eje soldado a su intersección. Algunos libros apilados, agendas, carpetas, una máquina de escribir eléctrica, un botecito de latón repujado con motivos precolombinos lleno de lápices y bolígrafos. Y a su derecha, en el ángulo más alejado de la mesa, un tarro blanquiazul de cerámica de Talavera de antigua botica con claveles rojos y blancos. Desde el gran ventanal del fondo de aquel despacho, se filtraba a través de las cortinas metálicas la luz fuerte de la media tarde de verano, creando un ambiente de penumbra acuchillado por franjas intensas en las que se mecía en suspensión el polvo, como una danza cataléptica de partículas minúsculas.

Tenía una bata blanca, impecable, ajustada a un cuerpo de mediana estatura, hermoso, proporcionado, prieto. Lo seguiste, Joaquín Altea, con la avidez de tus ojos cuando, apenas había contestado a tus «buenas tardes», se levantó en dirección a la ventana para abrir las cortinas, de modo que entrase más luz. Y entonces revoloteó en su pelo, Joaquín Altea, como un polvo de oro reluciente, y estalló en tu cerebro una llamarada fogosa que te dejó arrobado unos instantes, al cabo de los cuales te notaste empalmado y humedecido con ligera polución. Y no sentiste ninguna vergüenza, Joaquín Altea, sino que tu vista encelada persistía en la contemplación de aquella criatura que de manera tan inesperada había prendido en ti aquella lumbre. Continuaste enajenado aquella expedición, bajando por el cuello delicado, siguiendo la línea de carne colindante con la solapa de la bata hasta la depresión que anunciaba la inmediata turgencia de los senos, vedada por un botón azul. Los sopesaste, Joaquín Altea, te los imaginaste de un tamaño apropiado, detrás de las blondas caladas de un atrevido sujetador de encaje; tensos, tirantes, con los pezones erguidos, en uno de los cuales, el izquierdo, ponías la punta de tu lengua. Allí mismo donde lo que en realidad se te ofrecía, Joaquín Altea, era el bolsillo de una bata blanca, bordado con letras celestes en las que podía leerse: Lucía Álvarez, con acento en la a mayúscula, indicio claro del talante especial de una mujer, no solamente hermosa, sino capaz de haber conseguido en un reformatorio una tilde para su a mayúscula de Álvarez en su bata blanca; un colegio cuyo director jamás habría sospechado que la a mayúscula de Álvarez llevaba como un palito encima. Como te dijo él mismo, en persona, unos meses después: «A mí me importa un huevo la ortografía de estos chicos. Lo que me importa es que no se escapen, ¡hostias! Y tú y otros cuatro o cinco como tú me estáis arruinando el colegio con el putito trato, la formación, la cultura y la madre que lo parió».

Te turbó de tal manera aquella mujer, Joaquín Altea, que durante muchos segundos permaneciste enajenado, absorto. Contestabas como un autómata, Joaquín Altea, pero en tu cabeza había un gran silencio, como si de repente la hubieran vaciado y aislado herméticamente, de modo que, mientras hablaba aquella mujer, tú sólo percibías el movimiento de sus labios, humedecidos, brillantes, y aquellos dientes blanquísimos que

aparecían y desaparecían exhibiendo una humedad salutífera y deliciosa; una boca irresistible que justo en aquellos momentos no hubieras dudado en asaltar, no para saciar el instinto de la bestia que todos llevamos, sino para gozarla y disfrutarla a voluntad, con exclusiva de su contemplación y uso limitado, de manera que la punción del deseo no se extinguiera nunca. Que ahí, precisamente, pensabas en esos mismos instantes, Joaquín Altea, residía el quid de la condición de los dioses, libres de la melancolía que acarrea el apetito saciado, como un recordatorio perenne de la finitud y de la muerte.

Daban vueltas en tu mente, Joaquín Altea, aquella mujer y aquella boca, mientras escuchabas atento las palabras del director una hora después. Un tipo campechano, sonriente, algo histrión, sin duda, pero en realidad a ti te importaba una higa aquella sonrisa, que empezaste a contemplar como una máscara, como te daba igual el aspecto agradable del director. Observabas su cara, Joaquín Altea, con atención afectada, con la obsesiva cautela de no cometer ningún error en el transcurso de la conversación. Te irritaba, Joaquín Altea, tu comportamiento con la asistente social, pero no hacías nada por impedir que la imagen de aquella mujer diera vueltas en tu cerebro; lo consentías con debilidad y complacencia, como quien carece de voluntad frente al peligro que acecha tras el halago, mientras escuchabas y mirabas la cara del director, Joaquín Altea, que, en un instante, te pareció incompatible con tus principios altruistas, que ya empezaban a cargarte como un pesado fardo en la frustrada y acuciante busca de trabajo estable. Te habías preparado y aprendido de memoria una frase, Joaquín Altea, de cuyo efecto estabas seguro y cuyo desencadenante aparecería ineludiblemente en cualquier momento, de modo que al pronunciarla pareciera ocurrencia de tu buen entendimiento y clara disposición. La repetiste, Joaquín Altea, con lentitud, con un corrido acelerado en su conclusión, como si pensaras sobre la marcha la construcción de la frase, luego que el director te ponderara la responsabilidad del educador de Valcarlos en la custodia y vigilancia de los chicos: «Yo no tengo ninguna duda», dijiste, Joaquín Altea, «de que en un colegio de estas características a veces hay que dejar los sentimientos a un lado y coger el toro por los cuernos, o sea, agarrar a estos muchachos por los huevos con la seguridad de un bulldog».

Siempre pensaste, Joaquín Altea, que aquella grosería servil te había dado el puesto de educador de Valcarlos; lo presentiste cuando, esbozando una sonrisa, el director te contestó: «Hombre..., sin llegar a esas comparaciones perrunas, debe quedar muy claro que el educador de Valcarlos ha de anteponer la seguridad a sus funciones, digamos, pedagógicas». Perrunas, dijo perrunas, no caninas y, al instante, te dijiste, Joaquín Altea: «¡Ojo a este baranda perruno!». Y luego, al despedirte, te dio tres palmaditas en la espalda diciéndote con tono interesado: «Bueno, bueno, bueno, Joaquín, tendrás muy pronto noticias mías». Y, sin embargo, había una nube que empañaba aquella claridad: Lucía Álvarez. ¿Qué le había dicho o le diría al director aquella mujer? ¿Cuál fue el sentido de su informe? Nunca lo supiste, Joaquín Altea. En los dos días transcurridos antes de que te confirmaran tu selección, su imagen se convirtió en paranoia. Te

recreabas en sus rasgos con embeleso enfermizo. Te frustraba y angustiaba la idea de que aquella mujer fuera un potencial enemigo, cuando te encandilaba tanto, porque lo que te producía su evocación era el más vivo deseo, Joaquín Altea, y habrías hecho lo que te hubiese pedido a cambio de una mirada interesada, de un guiño, de una invitación insinuada a ella misma y al secreto de su fría sensibilidad que la hacía inalcanzable propiamente, como las mujeres en que la naturaleza ha depositado con holgura la hermosura y la inteligencia aguzada. Porque la belleza en sí misma, pensabas, Joaquín Altea, puede ser aborrecible si viste a un espíritu obtuso y simple, mientras resplandece con fascinante soberanía si está avivada de la exquisitez de una fría sensibilidad con temple distanciado. Y eso en una mujer, pensabas, Joaquín Altea, es un verdadero volcán, cuya sola contemplación consume a los hombres, como te consumía a ti, Joaquín Altea, aquella Lucía Álvarez de blancura nacarada, cabellera de miel y perfil altivo de una beldad despechada.

En las semanas siguientes te cruzaste con ella en los pasillos de Valcarlos, Joaquín Altea. Un intercambio de saludos correctos, distantes, que a ti te sacudían como a un estambre. Hasta tres veces la miraste a los ojos con descaro inequívoco en la reunión de nuevos educadores que el director convocó con todo su cuerpo técnico, conjunto de mediocres de pueril entusiasmo, alguno de ellos, incluso, adornado con un doctorado en psicología. Estaba sentada a la izquierda del director con su bata blanca, aprestada, y el gesto serio, ensimismado: un diamante en el erial, pensaste, Joaquín Altea, mientras sublimabas su resplandor con frenesí de enamorado. Te parecía respirar su fragancia, el aseo que la tersura de su piel rezumaba. Te impulsaba a rondarla con tu mirada una comezón tensa, una gradación *in crescendo* de latidos que retumbaban en tu corazón y en tu cabeza hasta alcanzar un ritmo y una concentración de vértigo, de asfixia, que sólo un grito hubiera podido descargar. Se acercaba tu vista a sus ojos como una ráfaga que, apenas notaba su contacto, se retiraba temerosa con alas de supervivencia. Una y otra vez sobrevolabas su entorno, Joaquín Altea, hasta aquel primer remanso en que tus ojos se posaron en los suyos tres, cuatro segundos, que ella te mantuvo, no como un desafío a su favor resuelto, sino como una primera constatación ratificada y cierta del acecho evidente de tu deseo, Joaquín Altea, que ella intuyó desde el primer momento y quizás empezara a valorar en esos mismos instantes como un problema que no parecía importunarla. Y quizá por eso te mantuvo la mirada en otro par de ocasiones parecidas en las que, como en la primera, tuviste que desistir declinando tu vista, entornando los ojos, cabizbajo. Porque aquella mujer no sólo era pronta de inteligencia, sino que se mostraba como el resultado firme de una voluntad ejercitada. Lo percibiste en seguida, apenas llegó a tus oídos el tono de su voz: «Esta tía está hecha, cuajada», te dijiste, Joaquín Altea, tan pronto como te dirigió la palabra en la corta entrevista de su despacho. Y esa voluntad consolidada y ese su autocontrol estaban en el mantenimiento de aquellas miradas, que no eran de porfía, sino de tranquila confirmación y de una primera prospección de un campo cuya perspectiva no parecía entusiasmarla, pero que tampoco

le resultaba indiferente; de modo que marcaba su terreno y observaba atenta el avance inopinado de un intruso decidido. Lo hacía con la seguridad del estratega que se sabe victorioso y sólo sopesa si será magnánimo a la hora del castigo. Y a ti esa seguridad te hacía daño, Joaquín Altea, porque había abierto una brecha en el muro de tu ser por la que peligraba tu orgullo hasta la humillación última de los vencidos. Y sólo de pensarlo sudaba tu frente, Joaquín Altea. Así que decidiste una vez más confrontar su mirada con la tuya para sondear de nuevo el grado de verdad de tus amargas intuiciones. Y sucedió aquella conmoción, Joaquín Altea, porque cuando buscaste en un par de tanteos su cara y sus ojos, te chocaste con su mirada que te observaba de hito en hito, para, acto seguido, apartarla de la tuya con naturalidad tan pronto se vio descubierta. Fue como un chasquido en todo tu ser, Joaquín Altea, una descarga que te dejó en vilo; una sensación de enajenación desconocida y arrebatada con un impulso imparabile, grandioso, que a ti te pareció, Joaquín Altea, como un éxtasis de los místicos.

Se la llevó la parca un día de otoño en que los colores de la tarde lluviosa te parecieron, Joaquín Altea, un prodigio de limpidez, digno sólo de la paleta de un genio. Tarde emplomada con un capricho de matices grises sobre los que el ocaso rasgó dos listas de amarillos tenues y una sanguina deshilachada en degradación anaranjada envolviendo las siluetas negras de las copas redondas de los pinos piñoneros de la ladera. Estabas absorto en este ocaso singular de luces nórdicas, mirando por la ventana del salón de la Sección Especial. Nadie te había dicho nada, Joaquín Altea, porque ese día habías pedido permiso para incorporarte unas horas más tarde del horario habitual. Acababas de llegar, sorprendido por aquellas hermosas luces, y fuiste sin parar al salón, Joaquín Altea, donde veían la televisión algunos niños. El Chopo estaba repantigado en uno de los sillones con la mano derecha en los huevos y los dedos pulgar e índice de la izquierda estirando una y otra vez el chicle que sujetaba con los dientes. Lo tenías a la espalda mirando la televisión sin perder ripio, cuando dijo:

–Cagüen la puta virgen, a mí es que estos chicles cada vez me duran menos y últimamente se va el dulce en menos que dura un polvo. Hijos de puta de fabricantes que no piensan más que en ganar dinero... Dinero, dinero, dinero..., cagüendiós, dinero... A mí la que me la ponía dura era la asistente social. Yo me he hecho unas pajas enormes pensando en esa piba, como Joaquín, no te jode...

Te volviste hacia el Chopo como un resorte, sobresaltado, Joaquín Altea, y cuando le preguntaste algo nervioso que de qué estaba hablando, el Chopo te contestó:

–Pues serás el único pringao que no lo sabes... Ayer por la noche las ha palmao, joder, las ha palmao en un coche. Iba con otros pibes, colocaos, pero los hijos de puta se han salvao, están graves pero se han salvao. Dice Jesu, el educador, que ella se enganchó en la puerta de atrás al dar la vuelta de campana y que ha ido arrastrando ni se sabe. Dice Jesu que el guardia civil que la recogió dijo que era un guiñapo carne, cagüendiós...

Y cuando te vio que te derrumbabas y no podías articular palabra, Joaquín Altea, el Chopo te dijo:

–Joder, Joaquín, tampoco es para ponerse así. Hay pibas buenísimas en cualquier sitio...

Te volviste hacia la ventana, Joaquín Altea, hacia el residuo de luces apenas perceptible entre las nubes de negros contornos. Ocultabas una congestión preñada de llanto, contenida a duras penas, cuando te brotó una lágrima que secaste precipitado, casi con un manotazo. Y entonces viste, Joaquín Altea, cómo te observaban en silencio impresionante todos aquellos niños en el salón, y se te arrasaron los ojos con un ahogo incontenible de tristeza.

Mediocritas

El inspector

A Juan Manuel Guimeráns

Todo el secreto de don Evaristo estaba en su cara impenetrable, como una máscara, en su gesto desdeñoso y mirada imantada que porfiaba, distante, desde una altura que parecían defender su mandíbula y mentón insinuados. Aguantar la mirada de don Evaristo era un duelo perdido de antemano, porque al punto generaba una tensión que se mascaba y uno tenía que bajar la vista si no quería una guerra sin cuartel por insolencia y desacato. Era su forma de marcar el territorio y la expresión consciente de su voluntad de poder. «El poder», me dijo un día don Evaristo, «está bien cuando quien lo ejerce salta a la vista y combina con frialdad el cerebro y los cojones, pero resulta intolerable cuando quien lo ostenta se esconde tras las leyes y una tropa de leguleyos, logreros y maricones que andan como putas por el Parlamento».

Había sido policía antes que inspector de Consumo. Yo llegué a ver una foto suya en un periódico local de 1963, año en que le condecoraron por haber descubierto y detenido a una banda de traficantes de aceite de refino dudoso, cuyo jefe, El Mojonero, controlaba además el negocio de la prostitución a lo largo de la línea Madrid-La Coruña. La acción había sido trepidante y, de resultados del tiroteo, don Evaristo recibió un balazo en el codo izquierdo que le impidió para siempre la movilidad y estiramiento plenos del brazo, de modo que lo echaba a la espalda, escondiéndolo, mientras desplegaba el derecho y su mano con una actividad y movimiento inusitados, compensatorios. En aquella foto aparecía don Evaristo con la insinuación de una sonrisa ufana, todavía juvenil, pero ya con un poso de desafío, decidida y arrogante como el recto bigotito de recortada hechura, negro como la profundidad de sus ojos, informes en el añejo papel. Tenía el brazo izquierdo en cabestrillo y la mano derecha sobre el depósito de gasolina de su moto. El tres-cuartos de cuero, abrochado por un grueso cinto de hebilla grande, le daba a su esbelta figura un empaque indudable, en una pose que descansaba en la pierna derecha y dejaba adelantada la izquierda, con ostentación achulada; un todo imponente de cuero que nacía en las botas de caña, con leguis hasta las rodillas, y coronaba la gorra de bonito con una insignia en el frontón. El pie de foto decía: «Sobre estas líneas, el número Evaristo Nogales Perucho, héroe de la operación “Pies quietos”, en la que cayó toda la banda de Diego “El Mojonero” y sus contrabandistas y proxenetas».

Cuando yo llegué a la Jefatura de Inspección de Consumo de la provincia, la tranquila satrapía de don Evaristo había sufrido ya los desagradables embates de las transferencias autonómicas, «la invasión metomentodo –en sus propias palabras– de una generación de ambiciosos hijos de puta que vienen a trincar sin haber arriesgado nada». Aquella invasión le había puesto patas arriba cuanto había dispuesto y gozado con una rutina que en casi dos décadas había transformado en ley consuetudinaria, respetada y temida. Pero todo aquel esfuerzo, aquella dedicación entregada e incondicional se vino abajo un día en que el Consejero de Sanidad le comunicó que la Jefatura de Inspección debía abandonar urgentemente las oficinas que ocupaban en el palacio de los Cerrillo, que pasaba a ser Delegación Territorial autonómica, para trasladarse al primer piso de la avenida Cánovas del Castillo, n.º 34, propiedad de los cuñados del delegado. Ése fue el lugar de mi primer contacto con don Evaristo y su tropa, desparramada y acomodada de urgencia en un viejo piso de unos doscientos cincuenta metros, con oscuros y largos pasillos, techos altos de escayolas decimonónicas y variopinto mobiliario de traza neobarroca algo fatigado. Las dos únicas estancias que daban a la calle, el gran salón y el dormitorio principal, se convirtieron en antesala y despacho de don Evaristo, respectivamente, sancta sanctorum de difícil acceso y vigilancia perpetua a cargo de un cancerbero hembra, Puri Sacristán Olavide, su secretaria, y Santos Regidor Belchite, jefe de sección con más de treinta años de servicio, una cirrosis marcada en su rostro bilioso y un odio secreto y profundo hacia el inspector, que no le impedía una perfecta apariencia de servicio y defensa del jefe algo relamida. Le disputaba el terreno de primacía y ascendencia la incondicional secretaria, que sentía por don Evaristo una mezcla extraña de amor maternal, admiración de mujer y el ansia de control de cuanto le rodeaba, con el pronto severo e incontenible de una vieja ama de llaves. En realidad, Puri tenía todas las llaves existentes en la oficina y no había forma de consultar un expediente o archivo sin que ella estuviera al tanto y concediera su venia previa, con breve interrogatorio inquisitorial según el contenido. Su control era exhaustivo y se extendía al reparto de material, folios, bolígrafos y rotuladores, imposibles de obtener sin justificación minuciosa y entrega de los usados y gastados: «Para derrochar, ya están en Valladolid», decía. No era desagradable físicamente, pero su espeso aderezo en pintura, carmín, tinte y manicura no ocultaba el aire revenido de su rostro; ni sus faldas, un dedo por debajo de las rodillas, y blusas entalladas, conseguían dar por carne prieta lo que era flacidez embutida en muestrario clásico de postín provinciano. Pero la verdadera lucha con Puri empezaba inevitablemente apenas abría la boca con retintín ampuloso y redicho, con pretensión sonora, afectación empalagosa y una sonrisa tan de oficio y forzada que hacía del rictus de su boca el aviso de su doblez y veneno, como el color en las serpientes. Sólo hablaba, nunca escuchaba:

–Usted debe de ser el nuevo técnico ¿verdad? Le estábamos esperando. Se ha retrasado casi una hora, ¿no estaba bien la carretera? El inspector ha preguntado por usted un par de veces. Aunque esta mañana tiene una agenda, digamos... un poco

complicada, trataremos de que le vea, aunque su horario previsto, ya lo ve, lo ha forzado usted mismo con su retraso. En fin, veremos de arreglarlo. Ahora, espere, permanezca en el pasillo. Le llamaremos...

Me lo dijo todo seguido, sin esperar respuesta, a la puerta del salón-oficina-principal, al lado de cuya ventana rectangular observaba la escena un Regidor flemático, cetrino, con la boca entreabierta, la mano izquierda alzada sobre el codo y el cigarrillo humeante entre los dedos índice y corazón. La luminosidad de la mañana soleada de primeros de octubre descomponía las bocanadas de humo en finos y ondulantes hilillos, al fin difuminados en un blancor azulado. Cuando se cruzaron nuestros ojos, creí percibir en su gesto resentido un atisbo de curiosidad, como si mi presencia hubiera vencido ligeramente su reposado hastío, anestesiado por un par de ginebras mañaneras. Casi cuarenta minutos después de sufrida maceración administrativa en aquel lóbrego pasillo, del que entraron y salieron sincronizadas todas las funcionarias de aquel servicio en una evidente cata de mi persona, Puri apareció ante la puerta del salón-oficina-principal y me condujo al despacho de don Evaristo, cediéndome el paso y cerrando tras de mí la puerta. El inspector estaba sentado algo inclinado sobre la propia mesa, en la que aparecía completamente desplegado el periódico local. Tenía en la mano derecha un bolígrafo que, sin mirarme ni decir palabra, comenzó a mover indicándome que me acercara, lo que hice sentándome en una de las dos cómodas sillas, colocadas frente a él, cuando, clavándome la mirada, con suave desdén y un soniquete de ácida condescendencia, me dijo:

—Niño, ¿le ha dicho alguien que se siente?

Sorprendido y algo confuso, creo que dije «perdone...», cuando oí que me interrumpía con el mismo tono:

—No se trata de perdonar pequeñeces de urbanidad, Niño, pifias de juventud inconsciente y maleducada, sino de que el propio interesado las corrija de inmediato, levantándose y permaneciendo de pie hasta que se le ordene lo contrario. ¡Vamos! ¡Vamos!

Y así me tuvo de pie casi media hora en que se interesó, como abogado de oficio, por mis oposiciones, el número que había sacado y los nuevos procedimientos expedientales, leyes y modelos sancionadores. Como en ningún caso se dirigió a mí por mi nombre ni apellidos, sino otro par de veces con el invocativo de «Niño», deduje que en adelante, en aquel piso y comendaduría de influencia funcional, sería el Niño por antonomasia, como así fue. Pura minucia frente a lo que prometía la observación cauta a que invitaba la mirada y aspecto del inspector. Lo que se dice un tipo duro; enjuto, alto, bien plantado, de cara delgada y ligera prominencia de los pómulos, pero saludable, como si hubiese hecho un pacto con el tiempo y el mismo diablo a cambio de una razonable moderación en todos los campos, salvo en la codiciosa voluntad de someter cuanto le rodeaba de manera incontestable. Se deducía de inmediato en aquella su mirada quieta, acechante en la depresión angulosa de las cuencas de unos ojos negros, fija como un tirafondos que va penetrando hasta ahogar toda posibilidad de respuesta. Había en su

bigote como un ornato y testigo de autoridad que, con los años, se había ido desbordando de la rectilínea observancia de juventud, hasta recortarse bastante más grueso que antaño en las mismas comisuras de la boca. Era como un símbolo ufano de su soberanía, la marca de su determinación dominadora, movida por la desconfianza y el recelo como temple de supervivencia y, con el tiempo, de satisfacción. Don Evaristo estaba en guerra con el mundo, de modo que su cerebro se había ido agudizando en la detección inmediata del peligro y su respuesta automática que, necesariamente, debía llevar aparejada una limpieza del terreno y un control y sometimiento totales. Así que estaba ante un estratega de condición primaria que había comprendido el secreto del placer de la sumisión de los otros mediante la fuerza y el miedo, el golpe decidido de la sorpresa que hace del atropello premeditado la imposición sorda, certera, sin posibilidad de respuesta. Pero el disfrute indudable de esta primitiva forma de poder, ajeno a reflexiones que no fueran prácticas, estaba tan estrechamente unido a su áspero temperamento, que no reparó nunca con detenimiento en que la sola sumisión aparente apenas si era el comienzo de la compleja dominación de los hombres. La docilidad zalamera o temerosa de cuantos le rodeaban le tranquilizaba como si hubiese conseguido el último objetivo, sobre cuyos focos de resistencia avivada, en todo caso podía volverse una y otra vez hasta extirpar la rebeldía de cuajo; pero en su feliz ofuscación no entraban ni la conducción ni el control de las conciencias. Una fase excesiva para el desprecio de su soberbia y la quietud alicorta de su mundo. En la vulgaridad de la vida provinciana la ejecución y trama de este dominio no segregaba dosis imparables de adrenalina ni deparaba espectaculares sorpresas, pero tenía el discreto encanto de la vida del zorro: observar, esperar y sorprender. Las delaciones de tantos ciudadanos ejemplares, a los que don Evaristo amparaba con el anonimato garantizado, hacían el resto en la mejor tradición inquisitorial.

La frialdad calculada con que me trató don Evaristo en las primeras semanas me llevaron al más amargo pesimismo acerca de mi futuro en aquella oficina. Me preguntaba cómo era posible que un tipo como aquél, evidentemente listo, taimado y ávido de instrumentos con los que llevar a cabo sus inspecciones con técnicas de inteligencia quintacolumnista, no hubiera visto en mi despliegue de conocimientos y aportaciones con que machacaba a Regidor en propuestas y expedientes, un elemento de apoyo imprescindible de sus acciones futuras. Me empezaba a carcomer la frustración, cuando una mañana que despachaba con Regidor en presencia de sus dos auxiliares y Puri, se abrió de repente la puerta del despacho del inspector, que apareció con unos folios en la mano derecha, y levantándola en dirección a Regidor dijo en tono seco:

—¡Regidor!, de ahora en adelante quite todos los gerundios de los modelos de denuncia, expedientes, etc., que ha dicho el Niño que no son estéticos.

Me recorrió al instante un cosquilleo de felicidad que en seguida advirtió Regidor, con cuya mirada me di de frente. Mientras me observaba con sus ojos nebulosos, dio una

profunda calada al cigarrillo repantigándose en el sillón y, volviéndose hacia Puri, dijo con sorna:

–Bueno, Niño, parece que tu estrella reluce. Ahora vas a ver mucho mundo de por aquí. ¿Verdad, Puri?

El mundo de don Evaristo sólo se aceleraba con los casos dificultosos. Los alzaba como los lebreles apenas aparecía la información de las primeras delaciones, soplos de sus muchos confidentes o denuncias anónimas que le hacían a él personalmente. Detrás de aquellas confidencias no era infrecuente que se ocultaran venganzas y odios de los propios comerciantes o industriales, sabedores de la eficacia perversa del inspector, a su vez muy bregado con los representantes más conocidos del sector en la provincia, con los que a lo largo de los años había protagonizado numerosos episodios y tenido roces que habían ido endureciendo la costra del rencor y el desquite. Pero entre todos, hacía tiempo que tenía la lista de sus propios elegidos y enfilados, gentes que vivían bajo su sombra caprichosa e imprevisible, con el peso de los cien ojos de Argos y la amenaza de la requisa.

Una mañana heladora de principios de diciembre, apenas me había quitado el chaquetón de piel y la bufanda, el inspector abrió la puerta de mi cuchitril sin llamar y, con la mano en el pomo, dijo:

–Niño, prepárese, vamos de caza.

Todavía no había amanecido cuando montamos en el viejo coche en que nos esperaba Anselmo, junto al portal de la calle, uno de los conductores de la Delegación. Al abrirnos la puerta de atrás, Anselmo, algo azorado, dijo:

–Don Evaristo..., se me olvidó decirle a Puri que éste tiene rota la calefacción... Ya sabe, aquí nos mandan siempre los desechos de tiente...

–Esa lengua tuya, Anselmo –contestó con sequedad don Evaristo–, te puede costar cualquier día una grave cogida, y yo no voy a estar de guardia en la enfermería para curarte. Pero tú has dormido bien, ¿verdad? ¿Te ha puesto tu señora el desayuno sin problemas? No tienes preocupaciones, ni nada serio, ¿no? Pues andando y con prudencia, que la niebla entorpece mucho los cerebros calenturientos como el tuyo.

Anselmo no dijo ni pío. Arrancó y salimos de la ciudad por una carretera comarcal entre la fría niebla, cuyo blancor se iba espesando a medida que amanecía. En la linde izquierda de la carretera, que era la única visión que yo tenía, las altas hierbas estaban heladas como finas y sarmentosas esculturas blancas. El frío atería. Íbamos enguantados y abotonados hasta el cuello, con las solapas subidas, hieráticos como esfinges pegadas a los asientos de atrás. Sólo se oía el ruido del motor. Nadie dijo una palabra, hasta que, inopinadamente, se oyó al inspector:

–Niño, usted tiene una buena preparación, pero si quiere hacer carrera en la Inspección tendrá que aprender sus rudimentos, sus mecanismos básicos, si quiere algún día llegar alto. Y eso no se lo van a enseñar en ninguna oposición.

–Estoy seguro, don Evaristo –dije servil y rápidamente.

—Quizá yo pueda enseñarle algunas cosas elementales —prosiguió como si no me hubiera oído—, pero lo importante es que sea usted mismo el que vea atentamente, observe y compruebe, para que, tan pronto como pueda, experimente. Dentro de media hora tendrá un caso práctico que puede servirle más que años de estudios. Ponga atención y no olvide que, como dice el común, conviene haber sido puta antes que monja, que es el equivalente de ser cocinero antes que fraile. Es la única manera de que no te den por culo. Y segundo y fundamental: aprenda a leer siempre en la cara de los demás, incluso en la mirada inexpresiva de los grandes hijos de puta; tienes que leer siempre en la cara y los ojos de los demás, leer en la cara del otro hasta que su mirada te diga con claridad no ya que no te la pueda meter, sino que no le conviene de ninguna manera, bajo ningún concepto. Entonces el camino se allana mucho.

En realidad el camino empezó a hacerse cuesta arriba. La carretera se elevaba como si subiéramos un cerro o colina empinados, porque las vueltas y revueltas se hicieron cada vez más pronunciadas. Yo miraba a la cuneta y presentía con seguridad en la opacidad de la niebla el vacío de una ladera pendiente o, incluso, el barranco cortado a pico. Hasta que coronamos la ascensión y llaneamos a través de lo que parecía una mesetilla o páramo, de repente obstaculizados por una masa informe que fue dibujándose entre la niebla como una muralla histórica desvencijada. La franqueamos bajo un gran arco, sobre el que campeaba un blasón considerable, deshecho y desdibujado por el mal de piedra, con su alfiz, dentro del que sólo se distinguían, también muy deteriorados pero enteros, los castillos y leones de las armas de Castilla.

Sin mediar una palabra del inspector, como los rucios labriegos que sin voz alguna conducen a sus monturas hasta el mismo pago, Anselmo continuó callejeando por el pueblo hasta orillarse en lo que parecía una placetilla. Allí bajamos a la luz escasa de la amanecida, que parecía retraer la densidad de la niebla. No había un alma, ni lámpara ni bombilla siquiera tenues que anunciaran algún signo de vida por ventanas o puertas, y el silencio profundo dio al sonido de nuestro taconeo sobre el empedrado el contraste chocante de la realidad en una escena fantasma. Don Evaristo, con el brazo izquierdo a la espalda y la mano derecha en el bolsillo del abrigo austriaco, se adelantó muy tieso hasta la puerta de lo que parecía un bar por las grandes chapas de Coca-Cola y Kas naranja clavadas en el dintel. La puerta era de madera, nueva, pero hecha a la manera antigua, en dos hojas. Sobre la parte superior, don Evaristo golpeó con el pulpejo del puño cerrado hasta tres veces y el estruendo pareció rebotar en el mismo cosmos, tan redondo y contundente se esparció por el vacío de la niebla cerrada. Pero no abrió nadie y permanecimos en un silencio expectante y extraño. El inspector volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza, hasta cuatro veces. Y todavía sonaba en nuestro cerebro el último golpe, cuando se abrió la hoja de arriba con violencia y apareció venciéndose hacia delante, casi hasta darse de bruces con el inspector, un hombre corpulento y sanguíneo, cuellicorto y carirredondo, que, al darse con la mirada del otro experimentó tan súbita transformación que el color de la sangre inyectada en su cara

retrocedió como una violenta resaca y empalideció al punto con un blanquecino de mortaja. Como un autómatas, la mirada suspensa, la boca cerrada, retrocedió abriendo la hoja de abajo para dar paso al inspector que, sin mirarle, se introdujo hasta el fondo del establecimiento con parsimonia deliberada. Era un local híbrido, mezcla de bar, tienda de ultramarinos, bodega, alpargatería y un viejo fondo de anaqueles mugrientos con una variedad abigarrada y llamativa de géneros y objetos, aperos, sacos de legumbres, botes y talegos a los que se accedía apartando grandes ristras de bacalao. De toda aquella balumba se impregnaba el aire con un tufillo, agrio, acre y revenido por la humedad. Tras breve revista por todo aquel batiburrillo, don Evaristo volvió lentamente sobre sus pasos, erguido y con las manos atrás, hasta la entrada, donde permanecíamos el hombre, Anselmo y yo en un silencio tenso y embarazoso. Al llegar a nuestra altura, el inspector rodeó al hombre con premeditada ceremonia y lentitud hasta encararse con él muy cerca de su rostro. En un par de segundos, el hombre dijo:

–Está en el almacén, don Evaristo.

En fila india, con el dueño por delante, atravesamos todavía un par de estancias llenas de cachivaches y un breve pasillo que comunicaba con el almacén, y allí, en efecto, aparecieron numerosas cajas de mediano tamaño y cartón basto. Eligiendo al azar, don Evaristo fue abriendo algunas a la vez que anunciaba en alto su contenido: «mazapanes..., polvorones..., bollos..., amarguillos..., otra de mazapanes..., rosquillas..., polvorones...».

–Lo que se dice ni un triste precinto de procedencia para tanta variedad, Anastasio – dijo el inspector mirando al dueño con una mueca sardónica–. A ver, deme la factura del género.

–Pero don Evaristo..., si no son más... Es que verá..., es que no son más, ¿sabe? – contestó Anastasio titubeando–. Si es que no son más... Se las ha dejado un comerciante de Segovia. Ya sabe..., para probar y eso...

–¡Vaya, vaya, vaya! –prosiguió don Evaristo–. Pues eso, Anastasio, mejora mucho las cosas. A ver, Niño, levante acta, con especial énfasis en la total ausencia de precintado, etiquetado ni envasado de procedencia, así como inexistencia de factura, etc.

El inspector entonces se dio la vuelta con energía y mientras caminaba hacia la salida dijo imperativo: «¡Anselmo, requise!».

Anselmo llenó de cajas el maletero del coche, el hueco y asiento delantero derechos y aun repartió algunas en el piso de los asientos de atrás, sobre todo en el que yo ocupaba. Y así tuve que acomodarme, con los pies encima de varias de ellas hasta que llegamos a la ciudad en medio de una niebla que había cedido una ligera tregua a su invisibilidad, pero que anunciaba su persistencia incólume para todo el día en la raigambre a ras de suelo de su envoltura.

Al llegar a la Delegación, don Evaristo me dijo que le acompañara a su despacho. Allí me indicó que me sentara y él, haciendo lo propio, cogió el teléfono y marcó un número con breve espera. Alguien contestó al otro lado del hilo y, al poco, don Evaristo dijo:

–Sí, por favor, con la madre abadesa..., sí, del inspector, sí.

Unos segundos más, en los que me echó un par de miradas inexpresivas y prosiguió:

–No, madre, no. Ningún problema... Y usted..., y usted..., ¿cómo está reverendísima?... La familia, bien, gracias..., gracias... De su parte, de su parte... Por supuesto. Allí estaremos. No, no, no fallaremos. Ya sabe que para mi señora la misa del gallo es una de sus debilidades. Allí estaremos..., sin falta, sin falta. No, simplemente quería anunciarla, madre abadesa, que en esta Delegación la campaña de Navidad ya ha empezado, antes de que nos pisen la delantera. Y en materia de caridad, ya sabe que somos siempre los primeros. Así que la ruego se sirva dar instrucciones oportunas para que sus monjas cosarias pasen por aquí cuando gusten... Sí, sí, con la furgoneta Renault tienen de sobra, sí... De nada, madre, por Dios, de nada, a usted, a usted..., adiós, adiós, adiós...

Y volviéndose hacia mí, dijo:

–Bueno, Niño, ya sólo le falta la guinda de esta primera clase del «máster» que usted ha iniciado, como dicen los gilipollas de ahora. Puede retirarse.

Y a la mañana siguiente, a primera hora, vinieron dos monjas y se lo llevaron todo. Las recibió Puri con mucha ceremonia y empalago y, con zalamería indecible, las monjas la correspondieron dejándole una carta de la abadesa para don Evaristo. Un día después, cuando me llamó el inspector para despachar, la carta estaba desplegada en medio de su mesa, pero curiosamente, puesta al revés de su vista, de modo que yo podía leerla a poco que me acercara. Me di cuenta en seguida de qué se trataba por el membrete conventual que encabezaba el folio, y aunque no pude evitar mirar de soslayo un par de veces, rehuía conscientemente la mirada, cuando don Evaristo me dijo:

–Puede usted leerla, Niño, debe usted leerla como ejercicio que le ayude en el aprendizaje futuro. Así saciará su curiosidad y saldrá de dudas inevitablemente sospechosas. Los tiempos han cambiado mucho y ahora se desprecia lo que la tradición ha hecho ley. Y a algunos no nos sale de los cojones transigir con este desastre que nos han impuesto... ¡Ah! Y esas monjas no delinquen, ni molestan, ni ensucian, ni encabronan la sociedad. Al revés, siempre tienen una palabra amable y obsequiosa, un gesto caritativo. No hacen daño a nadie. Y, sobre todo, tienen reglas que cumplen a rajatabla, que es justo de lo que carece últimamente esta sociedad asquerosa, ¿entiende?

–Claro, don Evaristo.

La carta decía:

Muy estimado en Cristo: ¡Don Evaristo, don Evaristo!, con cristianos como usted el cielo mismo está servido y

nuestras oraciones se elevarán a Nuestro Señor para que iluminen siempre su alma generosa, limpia y salvada de an temano. Los pobres ya tienen su alegría y alimentación en este adviento que nos anuncia, lleno de presentes, la bon

dad con que nos colma, como los ángeles mismos que anuncian y preceden al que viene. Mi cristiano agradecimiento hace votos por usted y su señora, a los que siempre tengo en mis plegarias, y toda la comunidad se hace voces y pregona con su nombre el ejemplo de caridad cristiana que resplandece allá donde usted se encuentre. Que Dios le bendiga, don Evaristo...

Tuve tiempo todavía de conocer con detalle la pericia resolutiva de don Evaristo, antes de que unas oposiciones internas me alejaran de él para siempre. A medida que transcurrieron las semanas, el perfil de su personalidad fue tomando verdadero cuerpo y el atractivo impactante que ejerció sobre mí al principio se transformó en una morbosa curiosidad, no exenta de culpable admiración. Lo que hacía convincente a don Evaristo a poco que se le tratara era su resuelta voluntad de imposición, como si en cada manifestación de su comportamiento se lo jugara todo con una seguridad que achantaba. Pero lo que a mis ojos le hizo de pronto respetable fue el descubrimiento de su calidad insobornable. Me preguntaba cómo un hombre de su experiencia, inevitablemente sujeto a la decepción profunda que aparejan los años, no había caído en la más leve tentación del cohecho, del nepotismo, de la corrupción o, al menos, en la degradada pasividad, el mezquino mirar para otro lado de oficio, intrínseco a la degeneración secular de la vida funcional y administrativa. Por el contrario, su celo y exigencia implacables en el mantenimiento de la claridad en este campo, eran más bien propios de la fe de un creyente fanático. Su acerada voluntad, el punto de sadismo que brota de la aplicación inexorable de las leyes y normas, con ausencia absoluta de la natural conmiseración, hacían de su temple justiciero el instrumento frío, abyecto del verdugo, encarnación abominable, aunque se mueva investida y legitimada por la ley.

A medida que fui conociendo el rigor despiadado, la rigidez de su mundo, me preguntaba también cómo era posible que la aplicación inflexible de la leyes pudiera conducir a una misma sociedad tan deshumanizada como la que provoca la ausencia de ellas; por qué estos viejos funcionarios, escasos pero existentes entre la subclase funcional de cualquier sociedad, lejos de ablandarse y aceptar con el paso de los años las debilidades y defectos incorregibles de las gentes, se endurecían con una obstinación tan belicosa. En el caso de don Evaristo, esa pugnacidad era de las muy peligrosas, porque no estaba impulsada por debilidad o corruptela, sino por principios de una moral antigua, donde el honor y otros valores periclitados eran intrahiables. Y don Evaristo, llegado a esa edad en que la vida te muestra con impúdica crudeza las cartas marcadas, había decidido huir hacia delante como un paladín superviviente de la debacle de su propio ejército que, perseguido sin cuartel, vuela todos los puentes hasta la desesperación última de una realidad presente tan detestable como irreversible.

Cuando le anuncié mi despedida a don Evaristo, percibí por primera vez en el

hermetismo de su expresión una contrariedad que se retorció en su interior. La rapidez con que me miró a los ojos, irguiendo ligera pero bruscamente la cabeza, un rápido parpadeo y una insinuación, quizá algo más acusada de lo habitual, en sus apretados labios, fueron para mí indicios claros del revés que le producían mis palabras. Era evidente que pese a sus deseos yo representaba ese presente irreversible que aparcaba su mundo, definitivamente acabado. Dejó transcurrir unos segundos mirándome fijamente y dijo:

–Es natural, Niño, su porvenir está en la capital. No olvide lo que ya le he repetido unas cuantas veces: todo lo que somos está en nuestra cara. Si algún rostro le engaña o alguna apariencia le traiciona, no será por habilidad del otro, sino por impericia suya.

Como si quisiera regalarme con lo mejor de sí mismo, don Evaristo hizo coincidir una de sus cada vez más espaciadas inspecciones –las rutinarias corrían a cargo de los otros dos inspectores del servicio, machacas a los que trataba con suma displicencia– con mi última semana de estancia. Fue una mañana muy fría de febrero, con una fuerte helada que mantenía restos de nieve por la calles. Como habitualmente solía, sin avisar ni llamar a la puerta, don Evaristo la abrió súbitamente y, con la mano en el pomo, dijo:

–Niño, prepárese, vamos de excursión.

Anselmo nos esperaba con el coche en marcha y apenas arrancamos comentó:

–Me ha dicho Puri que vamos a Reventón, don Evaristo. Ahí tienen fama de hacer un pan cojonudo, eso ya lo sabe usted.

–Sí, Anselmo –contestó el inspector con seca indiferencia–, pero a veces lo hacen como unas hostias. Y baje esa calefacción, que no tiene usted medida: o nos mata de frío o nos abrasa.

–Ahora mismo, don Evaristo –dijo azorado Anselmo, precipitándose sobre la ruleta del aparato.

Un sol limpio y blanquecino reverberó en las superficies escarchadas del campo abierto nada más dejar los últimos barrios de la ciudad. En los ribazos de los arroyos y abrigos de las lomas, en los sombríos de los montes, los restos de nieve refulgían su blancor en contraste con la masa parda de la tierra. Había un aire acerado en los chopos desnudos que flanqueaban el Duero y una luminosidad heladora de prístina delgadez. En medio de un serrijón poblado de encinas y sabinas, la carretera se adentraba y retorció entre grandes cambios de rasante hasta dar vista a Reventón, pueblecito alargado en torno a la carretera general sobre un espinazo rocoso que dividía a uno y otro lado la cadena de montes. Paramos en la plaza del pueblo, junto al frontón de piedra, con una mediana pared lateral, frente a la iglesia de restos góticos y una pequeña torre, chaparra y robusta, con las ventanas del campanario románicas. Un viento helado oreó nuestras cabezas de la ligera modorra de la calefacción del coche apenas pusimos los pies en el suelo. La nieve helada se acumulaba todavía a los pies del caserío. Olía a humo de leña y de hogar mañanero que el viento arrancaba de las mismas chimeneas de los tejados, difuminándolo con fuerza glacial e invisible. Con las manos a la espalda, las solapas del

abrigo austriaco levantadas, el inspector se encaminó muy tieso hacia la panadería del pueblo, situada en la misma plaza. De una de sus bocacalles, enfundado hasta las orejas en un viejo tabardo, salió un hombre que caminaba encorvado, acurrucado por sus propios brazos y manos que apretaban su cuerpo dentro de los bolsillos del tres cuartos. Cabizbajo, humeaba en sus labios un grueso cigarro de picadura como un apéndice natural. Al llegar a nuestra altura, nos echó un vistazo indiferente y, con un movimiento ladeado de la boca que hizo subir y bajar con gracejo el cigarro, pegado a sus comisuras por la saliva cuajada, dijo:

–¡Hala!

Un par de cuarterones se cerraron entonces con estrépito, casi al unísono, en sendas ventanas de las casas más cercanas.

Al entrar sin llamar en la panadería nos da una vaharada de calor y cochura, densa y nutritiva. Frente al inspector, una joven algo más que adolescente se le queda mirando sorprendida e hipnotizada, como si le reconociera y paralizara. En su semblante delicado, sus ojos acuosos, labios algo carnosos, entreabiertos, hay una expresión de temor contenido:

–Buenos días –dice, como saliendo de una pequeña conmoción.

–¿Está el panadero? –pregunta el inspector.

Vacilante, la chica se recoge el mandil, manoseándolo nerviosa y mira para atrás, como buscando ayuda en el muchacho que está con ella. Un cruce de miradas, vuelve la cara hacia el inspector y, bajando los ojos, contesta:

–Pues no, no está, creo que se ha marchado...

–¿Ha salido para volver, verdad guapa? –la interrumpe el inspector, echando un vistazo en derredor.

–Pues, no sé... –contesta la joven, volviendo la vista al chico, que permanece en silencio detrás de ella, mirando seria y fijamente al inspector—. Yo no sé..., sólo sé que esta mañana, a primera hora, dijo que se iba de viaje.

–Así que de viaje... –dice con despreocupación el inspector, mientras camina con parsimonia por entre los dos hornos, un par de viejas artesas y las grandes mesas de tahona—. ¿No eres tú Rosa Mari, la hija de Eubaldo, el molinero? –pregunta, volviéndose hacia la chica.

La chica sólo asiente, sin decir palabra.

–El año pasado hubo muy buena cosecha, ¿cómo ha ido el negocio de la harina? ¿Ha ido bien, maja? ¿Verdad que fue un buen año, Juanito? –pregunta sin mirar a ninguno de los dos el inspector.

Confuso e irritado, con la ira contenida en la cara demudada, el chico no contesta, pero movido por una necesidad incontrolada va detrás del inspector como un vigilante burlado y humillado, hasta que don Evaristo deja de curiosear y, sin decir una palabra, se encamina hacia la puerta y sale de la panadería. De allí se dirige con paso ligero hasta la casa colindante, la misma en que a nuestra llegada habían cerrado con ruido los dos

cuarterones. Llama tres veces con el llamador de hierro, una pequeña mano que agarra un pomo, sobre el que hay clavado un gran rombo de chapa con el corazón de Jesús, y espera dando golpecitos en el suelo con la planta del pie derecho. El panadero abre en seguida con la sorpresa ya asumida y cara de resignación.

–Vengo a coger una muestra de harina –dice sin más preámbulo el inspector.

–Pero hombre..., pero es que...

Sobre la marcha, don Evaristo le aparta cogiéndole suavemente por el hombro y se dirige hasta el fondo de la casa, donde desaparece. Al cabo, vuelve mostrando en volandas un saquito de harina sujeto por el puño y, al llegar a la puerta de la casa, sin detenerse, dice:

–¡Vámonos!

Y en ese mismo instante, el chico, que ha permanecido junto a su padre en tensión, salta como una pajarera:

–Las muestras no se pueden tomar en las casas particulares, porque eso es allanamiento de morada y no lo permite la Constitución.

Don Evaristo se vuelve como un resorte hacia el joven y, acercándosele hasta un metro de distancia, le echa una mirada que, sin ser violenta, le deja clavado. Unos segundos de tenso silencio y dice con voz pausada:

–Así que la Constitución... Esa Constitución debería llevar a los mierdas como tú a un buen reformatorio para que te enseñaran modales y lo que es la insolencia y el desacato a la autoridad, ¿me has oído, pollo?

–El chico no ha querido decir eso, don Evaristo... –tercia nervioso el panadero—. Ya sabe cómo es la juventud...

Se da la vuelta don Evaristo hacia el coche, cuando el chico, sin poder reprimir su frustración, como perro envalentonado ante la fiera que huye, le dice con firmeza al inspector que se aleja de espaldas:

–Y además hay que levantar acta en el lugar de las muestras y firmarlas, que esa es la legalidad. Y usted no ha levantado nada, ni tiene derecho...

–No te preocupes, Juanito –dice el inspector en tono relajado, sin pararse ni girar la cabeza—. Tu padre la firmará puntualmente y nosotros te la redactaremos con todas las garantías de tu Constitución.

Contrariado por la resistencia del joven, apenas llevábamos cinco minutos de viaje de regreso, cuando oí que el inspector me hacía explícita su rumia:

–Antes la gente te respetaba. Llevabas tu pistola y ni siquiera tenías que enseñarla. Era otra cosa. Todo el mundo conocía y aceptaba su papel. No había esta tirantez de ahora, esta soberbia de los muertos de hambre, que se saben todos los derechos, pero no se sienten concernidos por las obligaciones. Esto se ha convertido en un desmán, un carajal, una cabronada que todo el mundo acepta alegremente. Lo que jode es precisamente eso, que le importa tres cojones a todo el mundo. Antes las excepciones o el delito cantaban en seguida en el ambiente. El que la hacía la pagaba y al delincuente se le retiraba de la

circulación sin contemplaciones. Y la gente aplaudía. Era inimaginable que alguien te levantara la voz. Y ahora, este mocoso de dieciséis o diecisiete años... ¿Ha visto usted cómo se empinaba, Niño? Un desastre, ya digo. ¿No lo ve usted así, Niño...?

A la mañana siguiente, sobre las diez, me avisaron de que estaba el panadero en la oficina, esperando para firmar el acta. Había llegado puntualísimo si se tiene en cuenta que Reventón estaba a cuarenta kilómetros de la ciudad. No me había dado tiempo a redactarla y le hice esperar todavía casi una hora más. Traía una bolsa deportiva que dejó a sus pies, cuando delante de él le leí el papel antes de que lo rubricara. En la relación de los hechos se daba una visión manifiestamente falsa de lo acontecido hasta su mismo final, que acababa diciendo:

A las 12:10 horas, la unidad inspectora finaliza su actuación, de lo cual se levanta la presente acta en el lugar de los hechos, que firma de conformidad el titular del establecimiento, al que, previamente, se le hace notar que la firma no supone aceptación de presuntas infracciones. No obstante lo anterior, firma...

El panadero firmó solícito sin hacer un solo comentario. Cuando le di la copia para el interesado, me dirigió una sonrisa forzada, abrió la bolsa de deportes y sacó tres cajas de rosquillas que puso encima de mi mesa:

—Dos son para el inspector, ahora que se acercan las Pascuas —dijo con naturalidad—. La otra es para usted. Son muy buenas. No deje de saludar al inspector de mi parte. Bueno, hala..., adiós.

Se me hizo un nudo en la garganta y un bochorno agobiante me subió hasta la cabeza, denso y repulsivo como una marea negra. Creo que sólo acerté a decirle una sola palabra, que ni siquiera ahora estoy seguro de haber pronunciado: «Gracias».

Un día de perros

Para ser un día de entre semana, Juan Ibáñez había tenido una mañana de perros. Los lunes y los viernes eran más propicios para las veleidades, resabios y elenco pejiguero de los políticos autonómicos, pero un miércoles cualquiera de junio, con un sol radiante y veinte grados de temperatura, no parecía el marco adecuado para que el Secretario de la Consejería les hubiera abroncado durante hora y media con aquella irritación y violencia. Ni él ni el resto de sus colegas habían abierto la boca durante toda la filípica, como se espera de los cuadros medios y altos de la Administración: «Veinte años de jefe de Servicio...», pensó Juan Ibáñez cuando se encaminaba de regreso a su oficina, y todavía no se había acostumbrado a la repetición trillada y consentida de aquella cobarde sumisión. Algo de íntegro debía de haber en él, sin embargo, cuando aún no terminaba de sorprenderse en medio de tan organizada imbecilidad. Y apenas cerró la puerta de su despacho, tras sentir en la nuca la mirada zaina, contenida por el disimulo mostrenco de sus subalternos, cuando sonó su teléfono. Se sentó repantigándose en el sillón mientras miraba el aparato, dejó que sonara hasta cinco veces y lo cogió con los ojos cerrados, entregado:

–¡Ibáñez! –dijo la voz chillona y redicha de Verónica, secretaria primera del Secretario–, me dice el señor Secretario que mañana, sin falta, prepares los dos informes para la adjudicación del proyecto, y que te pases por aquí tan pronto como los tengas listos...

–Claro, claro... –contestó con inercia Juan Ibáñez y, al colgar, se levantó del sillón y con los brazos hacia delante, como si declamara para un público imaginario, exclamó en alto: «¡Verónica, machorra, bolinga, tócame la minga!».

Juan Ibáñez miró al reloj: las tres menos cuarto. Cerró el ordenador con rapidez y comunicó a su secretaria que no volvería por la tarde, que inauguraba la temporada de verano en su casa del pueblo, pero que mantendría en todo caso el móvil abierto. Se apresuró a salir de la Consejería por la puerta principal, como un chico pequeño de la escuela, eufórico y contento; no obstante, liviano como un diente de león. Arrancó el coche y salió zumbando por el aparcamiento hasta la avenida contigua y, en un par de culebrinas, consiguió situarse el primero ante el semáforo. Sintió algunos pitidos, pero ninguno tan estridente como el del coche inmediatamente anterior, al que había dejado clavado en un adelantamiento correcto, pero tan forzado y ágil como brusco y prepotente. Por el retrovisor vio a un tipo talludo, grueso y malencarado, con un bigotito

recto y poblado, que en un viejo Mercedes hacía aspavientos con las manos, sin dejar de pitar intermitentemente: «¡Joder, éste se me ha encasquillado!», pensó Juan Ibáñez con un asomo de inquietud y una punta de adrenalina. Una tensión contenida y alerta llevó a su pie derecho a presionar tanteando el acelerador hasta revolucionarlo para esprintar, mientras esperaba el verde del semáforo sin perder de vista al Mercedes. Salió con fuerza sobrada, pero sin estridencia, sin abandonar un segundo la visión de su perseguidor, que hacía un esfuerzo denodado por no perderle la rueda, casi pegado; y al unísono se incorporaron los dos a la doble calzada de la avenida perpendicular con el pitido del claxon del Mercedes, como un recordatorio pendiente de un pique encabronado.

Juan Ibáñez inspiró hondo un par de veces y pensó que había que hacer algo para alejarse de aquel carcamal enloquecido, y apenas tuvo a la vista un pequeño hueco en el carril de la izquierda, dio un volantazo acelerando a tope, adelantó a cuatro coches y volvió al carril de la derecha, con un espacio holgado que le aseguraba cierta tranquilidad. Con el Mercedes encajonado a unos doscientos metros atrás, Juan Ibáñez metió tercera en un tramo más despejado y, tras pasar la última rotonda antes de la salida a la ronda sur de la ciudad, tomaba la vía única de cambio de sentido, cuando de pronto, conmocionado por la súbita aparición, vio por el espejo retrovisor lateral izquierdo cómo el Mercedes se acercaba velozmente para adelantarle entre el arcén y la raya continua de la izquierda, sin apenas espacio. Fue el mecanismo de un resorte el que impulsó su mente en décimas de segundo, entre la tensión extrema que refrena y controla un derrame de adrenalina: sin arredrarse, Juan Ibáñez metió segunda y esprintó durante unos segundos a unos centímetros del otro coche, con un gradual y firme giro a la izquierda que le cerraba el paso *in extremis*. Al ceder en el envite, el claxon del Mercedes se activó como una alarma, pero al verlo de nuevo pegado a su culo, Juan Ibáñez dijo en alto: «¡Chupa rabo, cabrón!», y al instante pensó que si el semáforo que había después del puente sobre el río no lo cruzaba en verde, habría bronca. Así que, sin perder de vista a su perseguidor, forzó la velocidad en la siguiente rotonda, zigzagueando entre los dos carriles hasta acceder al puente y franquearlo a la vista del semáforo. Estaba en verde pero, por delante, los dos carriles de la avenida iban llenos y la circulación se ralentizaba justamente hasta el cruce del semáforo. Juan Ibáñez echó un vistazo entonces al Mercedes, al que había conseguido relegar justo detrás del coche que le precedía, cuando vio a la vez el guiño de la luz ámbar del semáforo, todavía a unos quince metros y tres coches por delante en ambos carriles. Con un impulso arrebatado, Juan Ibáñez giró bruscamente a la derecha hasta el arcén y con un acelerón enloquecido avanzó por él hasta cruzar el semáforo en rojo, viendo cómo salían ya los coches de la avenida perpendicular y se precipitaban hacia él. Se dio perfecta cuenta de la frenada de algunos vehículos muy cerca, pero envuelto en la barahúnda de la pitada, se precipitó en el despecho de su huida: «¡A la mierda, todos a la puta mierda! ¡A la mierda, hostia, a la mierda!», gritó desahogado. Luego bajó prudentemente la velocidad y al confundirse en la circulación normalizada, sin dejar de mirar atrás, tomó la primera salida de la ronda,

callejeó por el barrio de la zona y, con aprensión de la imagen del Mercedes, que iba y venía en su mente como un fotograma, buscó con prudencia la salida de la autovía del Este.

Cuando el bombeo de su corazón fue disminuyendo y el recorrido de su sangre retuvo el arrebató de su impulso, Juan Ibáñez se dio cuenta de que abandonaba la autovía y cogía la carretera comarcal. Y como si volviera a sí mismo después de largo tiempo enajenado, pensó que si no los reprimía de raíz, algún día aquellos impulsos de su conducción y aquella su ira irrefrenada podían costarle algún grave disgusto. Como en casos anteriores, sintió que la vergüenza le invadía lentamente y le rebajaba hasta el marasmo del bochorno. Sólo de pensarlo, se le aceleraba de nuevo la sangre y un rubor de calentura acudió a su rostro cuando la carretera se abría recta a través de una larga mancha de pinar, con grandes claros en el flanco derecho, donde el cereal llaneaba hasta las faldas de los cerros lejanos. Juan Ibáñez bajó entonces la ventana del conductor y sacando ligeramente la cabeza respiró detenida y profundamente el aire tibio del mediodía con el placer que anuncia la quietud en trance de recuperación y, cuando subía la cuesta del Monte hacia los altos páramos de Hontanalta, observó que la luz caliginosa se espesaba como calima en el fondo del valle y la línea del horizonte. Una claridad blanquecina que al coronar el páramo le agredió la vista con el reverberar de las cebadas, mecidas por la suave brisa en un ondear espejado. A una velocidad tranquila, Juan Ibáñez se recreaba en la llanada cereal, pensando que quizá en los últimos años el calor exagerado y prematuro de junio adelantaba ostensiblemente la cosecha, marchitando el punto cenital de su sazón, cuando vio cómo el coche que venía de frente reducía la marcha hasta pararse. Inconscientemente, Juan Ibáñez aminoró su velocidad con curiosidad indisimulada y observó que el conductor del vehículo, abriendo su puerta, soltaba un chucho, y cerrándola rápidamente, salía a toda velocidad. Sorprendido, Juan Ibáñez reparó en que aquel hombre iba acompañado de una mujer y, al cruzarse con ellos, levantó los brazos, mirando con reproche al conductor, mientras sonaba en su mente un grito rotundo: «¡Hijos de la gran puta!».

El perrito venía tras el coche de su amo, con un trote de inercia desengañado, confuso, después de una carrera ofuscada. Pero Juan Ibáñez en ningún momento se paró. Conduciendo muy lentamente y algo conturbado, observó al animal con detenimiento. Era pequeño, de patas cortas y pelo negro, largo, suave y brillantemente rizado, con unas orejas largas, graciosamente bamboleantes. «Es bonito», pensó Juan Ibáñez, pero, algo noqueado por el hecho, ni siquiera se le pasó por la mente detenerse a recogerlo. Nunca le habían interesado los perros y, aunque impresionado, fue, sin embargo, pisando progresivamente el acelerador, sin perder de vista al perrito, que se distanciaba de su espejo retrovisor hasta desaparecer. Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá debería haber parado para recogerlo y un aviso de intranquilidad, una ráfaga de mala conciencia, pareció traspasarle como un vahído de desasosiego, que fue disipándose con la llegada a su casa veraniega, la comida familiar y el discurrir de una tarde agradable que vio

esfumarse tras un largo paseo campestre, ante el celaje límpido de un ocaso de luces púrpuras y sanguinas fascinantes que borraron por completo la imagen del perrito abandonado.

Juan Ibáñez durmió de un tirón aquella noche y, sólo a eso de las siete de la mañana, su reloj biológico le despertó con la ligera confusión que pronto disipa la conciencia adormilada en sitio nuevo o extraño. Se levantó relajado y, de pronto, pensó en la reunión con el Secretario, como un dejo que le turbara su calma. Desayunó con ligereza y, al salir al patio en busca del coche, Juan Ibáñez miró al cielo despejado e inspiró hondo el frescor de la mañana. Corría una pequeña brisa que tonificaba el aire, limpio, sutil. Una sensación deliciosa templó su ser con un impulso de euforia; y a Juan Ibáñez le pareció que sacrificar aquella mañana por una reunión con un Secretario autonómico era peor que un crimen, era un castigo divino para seres sin espíritu, gentes sin alma que, como él, arrastraban su debilidad y su vulgar mansedumbre con un trampantojo pintado de jefaturas y trienios, y un vacío monótono que el tiempo medía con avisos de decadencia física implacable y el convencimiento cierto, la constatación molesta, de estar regalando la vida como quien echa margaritas a los cerdos.

Juan Ibáñez arrancó su coche camino del trabajo, con el contento inicial mermado por aquella reflexión, pero, en seguida, le distrajo la amenidad del camino, la luz temprana que hacía revivir el mundo y llevaba el contraste y la frescura a los firmes contornos de las sombras de la mañana, con el fondo azulado del oxígeno en los valles y hondonadas. Buscó algo de música en la radio y al identificar las voces de los primeros tertulianos, exclamó al instante: «¡Que los den por culo a todos!». Siguió moviendo el dial con rapidez y en décimas de segundo identificó una agradable melodía sobre la que volvió ajustando la emisora. Era «Harvest», de Neil Young, que a Juan Ibáñez le pareció pintiparada y deliciosa en aquel punto. Y fue justamente mientras tarareaba esa canción en medio de un páramo de cebadas y trigos que alzaban su declinante verdor, cuando, inopinadamente, vio cómo a la izquierda de la carretera, saliendo de entre las hierbas de la cuneta, aparecía el perrito negro del día anterior, sin duda atraído por el ruido del coche.

Juan Ibáñez se sobresaltó. No había vuelto a acordarse de aquel animal desde la víspera. Frenó precipitadamente hasta pararse del todo, bajó el cristal de la ventanilla y lo miró detenidamente. Unos metros más atrás, el perro se quedó mirándole, a su vez, fijamente, y al punto Juan Ibáñez percibió que, siendo el mismo perro, la mera supervivencia de la noche transcurrida se había cobrado en él el deterioro de algunos desgarros y había aniquilado su esperanza. El perro era un aura polvorienta, y su pelo negro, ayer brillante y suave, como la seda de sus orejas, era hoy un engrudo desaliñado. En su mirada había un extraño desconcierto y un resabio de amargura profunda, como el poso que deja el desamor. Una hez de cáliz apurado en una soledad silvestre para un perrito acomodado.

Esta vez, Juan Ibáñez no se lo pensó. Salió del coche en dirección al perro, pero en

seguida vio cómo el ruido del cierre de la puerta coincidía con un brusco quiebro del animal, que retrocedió rápidamente a las altas hierbas de la cuneta, impulsado por un instinto que, a lo largo de una noche en vela y desamparo, había agudizado su temor y desconfianza.

Juan Ibáñez cruzó entonces la carretera, se subió al ribazo de la cuneta y contempló al perro entre la cebada a unos siete u ocho metros. Se miraron de nuevo durante largos segundos, quietos, estáticos, y en ellos percibió Ibáñez con una patética evidencia la tristeza inmensa de aquel animal, que había alcanzado en tan pocas horas la amargura de la desesperanza y el horror último de lo desconocido. Juan Ibáñez dio todavía dos calculados pasos dentro de la cebada y el perro hizo lo propio de manera sincronizada. Hizo un gesto de frustración y de abandono y volvió al coche. Arrancó lentamente y al ponerse en camino vio de nuevo al perro asomado a la cuneta por el espejo retrovisor, cuando dijo en voz alta: «Si tú no quieres, yo no puedo».

Pero algo se había quebrado en su interior. Hasta que llegó al aparcamiento de la Consejería, Juan Ibáñez no pudo dejar de pensar en aquel perro. Su imagen desaliñada y cautiva iba y venía en su cabeza con una obsesión para él desconocida: «¿Qué hago con este perro?», se preguntaba repetidamente. «¿Qué puedo hacer con este puto perro?»

Aparcaba el coche, cuando sonó su móvil. Era su secretaria:

–Sí, dime –contestó maquinalmente.

–Buenos días, Juan. ¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido tu primer día en el pueblo?

–Bien, Julia, dime, estoy de camino.

–Tengo a la espera a Verónica. Es la tercera vez que llama. Dice que quiere verte el Secretario urgentemente. ¿Te paso?

Juan Ibáñez apagó las llaves del contacto del coche, resopló ligeramente y dijo:

–Vale, pásame.

–¡Juan! ¿Dónde te metes? –gritó la voz desabrida de Verónica–. Tan pronto como llegues, pásate por aquí. Te estamos esperando. El señor Secretario dice...

Juan Ibáñez sintió como una punzada que le rebanara el estómago. Contuvo conscientemente la marea de ira que le subía a la cabeza y con voz aplomada la interrumpió:

–¡Verónica!, dile al Secretario que lo siento, pero que acabo de tener un accidente con un perro que se me ha cruzado en la carretera, a unos veinte kilómetros de ahí. Que no me ha pasado nada, pero que parte del morro y la rueda delantera izquierda del coche se han fastidiado y estoy esperando a la grúa para que me trasladen el coche y a mí.

–¡Ah, bueno! –se precipitó Verónica–. Si no te ha pasado nada, estupendo, pero, tan pronto como dejes el coche en el taller, cógete un taxi y vente para acá urgentemente, ¿de acuerdo?

–Claro, claro, adiós, adiós –contestó con un esfuerzo de disimulo.

Y apenas cortó la comunicación, exclamó irritado: «¡Será hija de la gran puta! ¡Pero será cabrona!». Y arrancando con precipitación, dio marcha atrás y salió del

aparcamiento como si una obligación urgente y perentoria le reclamara, dispuesto a desandar el camino en busca de aquel perro abandonado que ahora, más que nunca, le parecía una obligación ineludible.

Juan Ibáñez volvió con aprensión al lugar donde había visto al perro negro, pero al recorrer a baja velocidad un par de kilómetros y girar ciento ochenta grados para hacer lo propio en dirección contraria, no encontró rastro del animal. Se orilló entonces en la boca de un camino rural y paseó despacio por una y otra cuneta de la carretera, mirando de paso hacia el interior de las cebadas, pero no dio con el perro ni con el más pequeño rastro. Pensó entonces que quizás se habría alejado de aquella zona y anduvo lentamente un par de kilómetros más. Contrariado, estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando, unos metros más adelante, observó que las hierbas de la cuneta se hundían en una pequeña senda, como si alguien hubiera abierto camino pisándola. Se acercó con avidez y pulso acelerado y vio un pequeño reguero de sangre que continuaba hacia el interior de la cebada. Juan Ibáñez siguió aquella senda casi unos veinte metros. Y al cabo, allí estaba el perrito negro, tumbado de costado, con las patas posteriores rotas, que había ido arrastrando. La mano derecha daba sus últimos estertores; la mirada, ausente; la boca, ligeramente abierta, ensangrentada.

Conmocionado, Juan Ibáñez se agachó hasta acariciar la cabeza del animal, su pelo polvoriento y, con todo, suave y delicado, y al ver que la mano del perro disminuía sus espasmos hasta pararse por completo, sintió que sus entrañas se removían violentamente, como si se arrancara con dolor inmenso un lastre invisible que, durante muchos años, le había impedido siempre llegar a tiempo.

El secretario

La primera vez que le vi sólo tuve que esperar quince minutos. Fue la única entre muchas decenas en la que despachar con él no me supuso un completo proceso de maceración, cuyo grado de ablandamiento psicológico lo calculaba en función de sus cambiantes humores, sobre los que se cernía a menudo el derrame imprevisible y agrio de la hiel. La antesala de sus dominios era una pieza amplia, rectangular, con una gran mesa oval de madera exótica en el centro, flanqueada de sillones de cuero. Una gran balconada vertical al fondo, arropada de chillonas cretonas, pomposas y fruncidas, filtraban no obstante un sobrado haz de luz que resbalaba por la superficie bruñida de la mesa y encendía el colorín abstracto y difuminado de los cuadros que colgaban de las paredes, un encargo muy del gusto de unos afamados grandes almacenes. Libros y carpetas desconcertados y dispares se ladeaban con cansancio desahuciado en una mediana librería que revestía la pared de la entrada. Aquí aguardaba la tropa funcional con tiempo por delante alargado y muerto, como en la consulta de un renombrado dentista, y la oficialidad de los jefes de Servicio y coordinadores conversaba bajito y se preguntaba por el temple mañanero del Secretario, abrazando un par de kilos de expedientes, listos para su inquisición y fallo.

Sólo los personajes de fuste, cuadros del partido gobernante en Autonomía y los considerados *vips* por sus tres secretarias, pasaban por este luminoso recibidor sin descansillo alguno, camino del despacho del Secretario. Antes de llegar a esa estancia última y deseada como una merced de privilegio, había que atravesar una amplia sala intermedia en la que se hallaban colocadas, con sus mesas y escritorio adyacente, Sonsoles, Mariví y Soraya, tres vértices de un triángulo regular que dejaba en medio de su espacio un cómodo pasillo hasta la misma puerta del Secretario. Esa inmediatez era el señorío de Sonsoles, cuyo impecable atuendo y maquillaje no alejaba una primera y luego continuada impresión de decadencia incontenible, con graves mataduras en el alma de su mirada. La jerarquía apuntaba en ella como una luz de aviso y, apenas comenzaba a hablar, el tono de su firmeza cortante y una correcta sequedad marcaban el terreno como la reja de un arado romano. En su expresión no había sitio para la farsa versallesca, ni siquiera para la dulce hipocresía monjil y, si esbozaba la sonrisa, su forzamiento comprimía entre las arrugas de su cara toxinas suficientes para alcanzar la calidad del veneno de los Papas. Y, sin embargo, toda aquella naturaleza desabrida desaparecía como por ensalmo ante la presencia de los gerifaltes del partido gobernante

en Autonomía, los *vips* o, simplemente, los mindundis del famoseo y la farándula cultural, siempre que estuvieran homologados por una mínima presencia periodística y televisiva, artistas y escritores que arrastraban por aquellos pasillos el lastre de su vanidad y la miseria de su impostura. Entonces, Sonsoles superaba la metamorfosis más compleja de los antiguos para convertirse en dechado de adulación, con un empalago zalamero y una vileza acumulados en sus genes de varias generaciones de servidumbre lacayuna.

Entre Sonsoles y Soraya, Mariví era la reencarnación del amanuense discreto y sometido. Tímida y recatada, suplía la falta de encantos llamativos por una mirada receptiva y, a poco que uno se remansara en ella, inteligente y prometedora. Asumía en silencio la desproporción de la carga de trabajo y su injusta representación, pero aceptaba su papel como única vía de medro en su carrera funcionarial. Su cautela en un nido de arpias y su eficiencia sobresaliente la hacían imprescindible y respetable. En el silencio de su actitud retraída, escrutaba el más pequeño movimiento significativo, el lenguaje de los tonos y gestos, de las miradas que no pueden velar del todo la voluntad y el deseo que bullen tras su trampantojo, y sufría pacientemente la normalidad veleidosa y el capricho que regían aquella oficina. Sólo si encontraba un terreno firme y seguro, comprobado una y mil veces, emitía señales cifradas de complicidad crítica, devastadora si uno alcanzaba su amistad firme, como la de un espía infiltrado en el consejo del Estado Mayor enemigo.

Soraya era un florero perfecto: hermosa, prieta, cabalmente proporcionada en el esplendor de una piel tersa, como una exquisita porcelana. Al primer golpe de vista, su cuerpo te inundaba la retina como una pleamar imparable, pero en seguida la vista recalaba en la carnosidad de sus labios y el contraste exótico entre la claridad de sus ojos y su melena negra, ligeramente rizada, que a menudo recogía con ceremonia y coquetería calculada en una cinta ancha, azulada, a la altura de la nuca, como una Dido renacida. Natura, sin embargo, había decidido contrapesar a aquella criatura con un caletre mermado y una ligereza que auguraba un campo abonado para la frivolidad. Se sustentaba en la cortedad y la ignorancia donde anida la superstición y se fortalece la soberbia de la sangre, y así, de una procedencia burguesa venida a menos, Soraya comportaba un potosí de origen, con una crianza abundante y consentida y un baldón cargante e inequívoco de fracaso escolar, escarnecido sin piedad entre conocidos y allegados. Con Sonsoles guardaba las formas, retenidas por una afinidad social y el respeto a la colocación y los roles asignados por el partido gobernante en Autonomía, pero bajo la presunta corrección de su trato latía una ciega rivalidad que alimentaba la envidia y concentraba el odio, como quien espera la hora del desquite.

Con poderosas cartas ocultas, Soraya se veía, no obstante, relegada a un segundo lugar y reprimía malamente su orgullo ante el trajín desenvuelto y mandón de Sonsoles, amante puntillosa y desmedida del protocolo autonómico. De modo que era esta última quien habitualmente acompañaba a los visitantes y colaboradores por aquella trinidad de estancias hasta la misma puerta del Secretario. Ante ella, daba dos o tres golpes con los

nudillos de la mano izquierda, abría sin pausa alguna sin soltar el pomo de la mano derecha y con voz afectada decía con firmeza: «¡Secretario...!, fulanito...». Traspasabas entonces frente al mismo Secretario, la puerta se cerraba a tus espaldas y una sensación extraña y muelle te invadía la primera vez y hacía muesca en tu cerebro para en lo sucesivo. Estabas hundido hasta los tobillos en una alfombra inmensa de chillones verdes y amarillos, con cuatro pájaros tucán en sus esquinas, como importada *ex profeso* no de Persia o Turquía, sino de la corte reinventada de algún reyezuelo perdido en el inmenso Brasil, cuya quincena se había celebrado en unos grandes almacenes de la ciudad no hacía medio año. Aquella decoración exuberante y cálida se extendía al diván y los sillones, entelados en verde, que hacían rinconera acogedora entre una fronda agobiante de cretonas, mesas y mesitas, sobre una de las cuales humeaba un humedecedor para suavizar los bronquios del Secretario. Uno se preguntaba si todo esto era lo que los políticos autonómicos denominaban el chocolate del loro, a la espera de que el Secretario abandonara su displicencia inicial, de la que salía como si se hiciera de nuevas de tu presencia, estática como un gilipollas y pendiente de su venia, que concedía dicharachero: «¡Ah!, ¿estás ahí?». Se tomaba su tiempo antes de despachar propiamente, atrincherado y, aparentemente, enfrascado en su decisiva responsabilidad, tras una mesa magnífica de madera importada que amontonaba rimeros de papeles y carpetas, entre los cuales se abrían algunos claros. Acogían la foto de estudio de su mujer y dos hijos, empalagosamente risueños, y sendos portarretratos con las de los presidentes de Autonomía y del Partido, ambas dedicadas. La primera decía: «A mi querido Luis Alfonso Fernández Pérez-Linaza, de quien espero muchos más altos frutos. Con el abrazo de su Presidente». La segunda: «A Luis Alfonso Fernández Pérez-Linaza, modelo de entrega y futuro en el Partido, con el afecto y el abrazo de su Presidente».

En el guión de Pérez-Linaza estaba el quid del Secretario. Lo había incorporado en el colegio mayor donde residió hasta licenciarse en Derecho, antes de hacer oposiciones para técnico de la Administración. Aquella rayita en medio de su segundo y tercer apellido fue para él como la de un Pizarro golilla en medio de su isla del Gallo autonómica, decidido a alcanzar la gloria del funcionario con un punto de partida equiparable entre tanto apellido ilustre de colegio mayor. La política hizo el resto. De su medianía lo arrancó un impulso desaforado de ambición, una imitación admirativa de sus compañeros de procedencia más distinguida, incluidos los grandes calaveras, aquellos que antes de asentar la cabeza hacían de la vileza un natural motivo de diversión. La suya fue una apuesta a porfía del arribista que acaricia el éxito social con obsesión enfermiza. De aquella época de conformación, como una pieza salida de la espuma pretenciosa de la provincia, guardaba el Secretario la pulida presencia que exige el decoro convencional y la expresión comedida que da el buen tono tradicional: trajes oscuros, camisas blancas y azuladas, con sus cuellos duros, almidonados; discretas corbatas a juego y afeitado diario, impecable, como el corte de pelo, peinado a raya, discretamente marcada. Una monotonía distinguida que rompían con alguna frecuencia los grandes actos político-

sociales y su exigencia de ternos excepcionales y más esmerados afeitados, con restauración de cremas y acicalados ostensibles que más parecían de mampostería que de simple mantenimiento de fachada. Pero aquella imagen y aspecto de tradicional distinción sufrió un apreciable cambio en los últimos años, una transformación que alcanzó al lenguaje y a la forma de comportarse en público. Como la metamorfosis de los insectos, abandonó las formas más rígidas de su propio caparazón para una puesta al día en connivencia con los usos sociales, políticos y mediáticos de rabiosa actualidad. Sucedió después de una serie de cursillos que el partido gobernante en Autonomía dio a sus altos cuadros, reenseñándoles a hablar y a dirigirse al público de manera «correcta y en positivo».

La nueva plaga de remedados Demóstenes autonómicos se extendió con virulencia, y el Secretario, como la mayor parte de los dirigentes y autoridades del Partido, comenzó a mover las manos y a subir y bajar las cejas de manera muy parecida al abuso gestual de los actores de las series norteamericanas, y a incorporar una retahíla de latiguillos en la conversación y en el discurso que retorcían la lengua y su sintaxis como la excrecencia de una mutación: «Tenemos que hablar desde la responsabilidad», le oí decir en una de sus intervenciones públicas, «desde lo que están esperando de nosotros, de modo y manera que vayamos hasta poder poner en valor una gestión en positivo y moderna, después de haber proyectado una analítica de la materia que nos concierne y nos ocupa». Afortunadamente, el Secretario abandonaba ese correcto postizo político en sus conversaciones cara a cara y, si el interlocutor era asequible, le vencía pronto la querencia de la simplificación. Entonces se crecía y desbordaba su facundia desconcertada e ininteligible, salvo en algunas perlas que, como en los claros del bosque, retrataban la profundidad de su alma: «Los libros están bien, incluso yo diría que muy bien», decía con suficiencia, «pero en la carrera los apuntes son fundamentales, como el temario en las oposiciones».

El alma del Secretario se abría a través de un mirar duro, sostenido, de unos labios ligeramente entreabiertos, como si el maxilar inferior tirara de ellos por el peso. Su habitual expresión no terminaba de cerrar una mueca de desprecio, pero la prefiguraba. Las gafas de concha que había llevado siempre ablandaban un tanto la adustez de su gesto, lo neutralizaban, como el colegial prematuro que, a sabiendas, ha hecho de su cara una máscara que congela una inexpresiva corrección. Pero el nuevo modelo de gafas rectangulares, con grueso armazón y anchas patillas de pasta negra que había incorporado a su nuevo *look*, coincidiendo con la actualización del Partido, descubría una dureza y una determinación ciegas y dejaba desguarnecida la retaguardia de una mirada agresiva, depredadora. Mostraba una clara firmeza que ponía su punto de tensión cuando cerraba los labios. Era como el anuncio de la conquista de una meditada aspiración, todavía no concretada, pero, indudablemente, alta, aunque aún exigía un tiempo duro por delante de sumisión y meritaje a la sombra de sus valedores, gentes que hacían de la lealtad ciega la única moneda en curso, con la que pagaban para elevar o precipitar a los

aspirantes como él. La ascensión por el tubo del embudo hasta la amplitud del cono era tan estrecha como inexorable y exigía cálculo y oportunidad en una paciente espera, tanto como astucia y sigilo y, siempre, guardando una regla de oro: no decir nunca la verdad desagradable o molesta a ninguno de los que cuentan, ni siquiera en cuestiones menores o momentos relajados, ni en broma. Pero en su condición de Secretario General autonómico se le habían proporcionado ya muestras auténticas del verdadero poder, esa pendiente que precipita una inercia de ansiedad hasta la ceguera. Había visto el Secretario cómo el poder empieza en la mirada atenta, sumisa, entregada de los otros; en la sonrisa presta, zalamera si es correspondida. Había notado con una dulce sensación el vuelco de comportamientos y actitudes que barruntan la confirmación del cargo, de inmediato transformados en requiebros incondicionales en el mismo momento de la toma de posesión. Aquella fecha en que juró su cargo fue la más grande de su vida, y aunque jamás imaginó que el clímax de su emoción ya lo había descrito dos mil años antes un tal Horacio en letras de oro, él «disfrutó al ser contemplado por mil ojos, mientras hablaba». Luego el día a día le fue mostrando la agridulce subida del poder, lo enfangado del terreno en cada cota de su ascenso irrenunciable. Pero el terreno conquistado y el brillo del porvenir a su alcance eran deslumbrantes, y el placer de su ejercicio sobre cuanto controlaba le proporcionaba un impulso imparable. La sequedad del Secretario, su hermetismo aparente para las emociones, su vanidad retraída, habían incorporado muy pronto la adulación a su persona como una exigencia tácita y sobrentendida, de modo que su marcada sobriedad relucía en el revuelo obsequioso de secretarias, en el mariposeo enconadizo de los lameculos.

La ascensión y el trabajo del Secretario fueron confirmando su naturaleza resentida en un engranaje donde la desconfianza se imponía frente a cualquier forma de inteligencia, siempre sospechosa, pero especialmente inquietante cuando no sucumbía de inmediato a los halagos de una integración prometedora. Aunque era consciente de que su verdadera meta todavía estaba lejana, había aprendido pronto la clave principal de cuanto dominaba: que todo aquello que escapara a su previsión entrañaba riesgo innecesario, y que la libre iniciativa o comportamiento independiente de cualquiera de sus colaboradores cuestionaba no sólo su dominio, sino su misma persona, de modo que la competencia y la preparación no aseguraban la necesaria lealtad, mucho menos la inteligencia evidente, como sí lo hacía la cortedad de los imbéciles que, habitualmente y con todo, sacan el trabajo adelante y no hacen preguntas molestas. La claridad de este hecho se le había revelado en su segunda legislatura como Secretario General, cuando fue destinado a la Consejería de Cultura de Autonomía, complemento del todo coherente, después de su labor realizada en una Consejería tan afín como la de Fomento y Obras Públicas: «En realidad, la diferencia no es tanta», decía. «Nosotros venimos aquí a gestionar. El mantenimiento de las carreteras o el de las catedrales es dinero que hay que gestionar, ¿o no?»

Desde siempre le había parecido al Secretario que la cultura era asunto de decoración

y entretenimiento, y de gentes extrañas no raramente estrambóticas, y en España, por lo general, de la cáscara amarga. Así que le fue cogiendo gusto al nuevo paisaje de su Secretaría, cuando a la excitación que provoca en necios y papanatas la presencia de escritores y artistas famosos se añadió en su caso la conciencia creciente de tenerlos a su merced. Aquellas gentes de las letras y de la farándula artística eran mucho más fáciles que los empresarios de la construcción, bregados escualos con unos dientes de sierra que para qué, y pedían con suaves y delicadas formas exactamente lo mismo: dinero. La diferencia estaba en el lenguaje, asequible y pragmático en los primeros, cínico y seductor en los segundos. No le sorprendió tanto al Secretario la venalidad frecuente y efectiva en el trato con las gentes de la cultura, como su insaciable vanidad, la necesidad constante de halagar su envanecimiento como parte complementaria de la compra de su voluntad. Era una comedia a la que se fue acostumbrando hasta cogerle afición, mientras alimentaba su desprecio hacia unas gentes a las que se podía someter con la concesión de un premio literario o abufonar de por vida con una sinecura al frente de una fundación cultural: con qué poco a cambio había conseguido que comieran de su mano los estirados catedráticos, los fatuos escritores, los poetas provincianos con pretensiones de talento universal, capaces de llenar cientos de páginas sin una sola idea, sin un verso inmarcesible, sin un arrebatado de emoción incontenible, pero con el mérito asombroso de no decir nada inteligible en su madeja palabrera, interminable, verdadero arte del camelo. Naturalmente, al Secretario le daba una higa la impostura y oquedad de las obras de lo que él seguía llamando todavía intelectuales. Más bien le atraían los mecanismos de su medro, la fabricación y promoción mediática de su imagen, la mundanidad de su fama. Pero, sobre todo, quería conocer sus debilidades, las grietas por donde se resquebrajaba el mundo de aquellos seres tan engreídos y respiraba su cara oculta. Una vez descubierta, el control de la resistencia era fácil con tal de abonar a cada uno su precio o allanar el camino de sus proyectos. Sin embargo, su sorpresa fue creciendo ante los comportamientos erráticos de gente sobre la que advirtió muy pronto una constante poco fiable, directamente proporcional a su fama. A medida que sus compromisos o recurrencias apuntaban a figuras más encumbradas, las primeras decepciones imprevistas se convirtieron en norma y el Secretario se dio cuenta de que los réditos y resultados eran mucho más inseguros y, sobre todo, más incontrolables. Los escritores, artistas e intelectuales famosos se dejaban querer, accedían a sus peticiones, trincaban con soltura de antemano, pero sus cumplimientos dejaban mucho que desear, y además se tomaban unas libertades no previstas en el pago de sus servicios, de modo que los pagadores, ellos, los políticos, en el mejor de los casos no relucían en exclusiva, sino como mera comparsa de aquellas soberbias figuras que no pocas veces mordían la mano de quien les pagaba, con críticas jocosas y aceradas. Hubo un momento en que el terreno de la cultura le pareció al Secretario poco firme, peligrosamente inestable y escabroso; y sus gentes, sumidas en una corriente impetuosa de rencores, envidias y odios intestinos y habladurías envenenadas y, sin embargo, muchos de ellos, de comportamiento

imprevisible, incluso con respecto de sus propios enemigos. Como una llamada de su natural resentimiento contra todo aquello que no podía comprender, el Secretario se retrajo hacia la seguridad de su desconfianza y buscó ilustración y contraste entre los más distinguidos del Partido sobre la cuestión. Encontró una referencia que le hermanaba, un consuelo más que satisfactorio. Me lo explicó una mañana de improviso, como un estratega taimado y decidido a dar el golpe fatal con el efecto paralizador de la sorpresa.

–Tú, que lo sabes todo..., ¿sabes qué decía Franco de los intelectuales?

«¡Joder!, por dónde viene éste», pensé. Y con aparente tranquilidad, dije:

–Sí: «Nunca se fíe usted de los intelectuales».

–Exacto. El viejo sabía de qué hablaba, ¿no?

–Más bien me temo que se lo olía. Creo que en su caso no era una cuestión de saber, que no era lo suyo, sino de puro instinto, que éste sí lo tenía muy desarrollado.

–¡Ah..., ya! –dijo con algo de desconfianza–. Oye, tú que estás en esa onda, ¿qué les pasa a tus amigos con el dinosaurio o los dinosaurios?

–No sé a qué te refieres –contesté con prevención–. Como no sea una alusión al cuento de Monterroso...

–¿Y qué dice ese cuento?

–«Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.»

–¿Y qué más?

–Eso es todo. Eso es el cuento.

–¿Eso es el cuento? –preguntó sorprendido y algo escandalizado.

–Sí, es un microcuento.

–Y tan micro... –dijo con cierto desdén–. Pues chico, cada vez escribís más corto y cobráis más largo.

Fue mi última conversación con él. Se encontraba en ese estado de gracia que infunde fuerza y convicción al guerrero: estaba seguro de su victoria, que pasaba en breve por su ascenso a Consejero. La unanimidad con que en los selectos cabildos del Partido se alababa su gestión y su trayectoria habían confirmado su seguridad en sí mismo y acrecido su arrogancia con quienes de él dependían. Estaba inficionado de esa euforia desmedida en que se recrea la soberbia, desdeñosa de la temeridad y los obstáculos. Pero el Secretario, que había oído hablar de los antiguos griegos, aunque jamás se le había pasado por la imaginación leer a ninguno de ellos, no supuso nunca que el destino traza con su ceguera caprichosa el arco de la particular existencia de las criaturas, y el suyo precipitó su curva una medianoche lluviosa en que regresaba de una provincia de Autonomía.

Nos enteramos en la cafetería una mañana húmeda de octubre en que el sol amagaba blanquecino entre nubazos grises. La noticia corrió como la pólvora: el Secretario y su secretaria Soraya habían muerto en torno a la una de la madrugada en el coche oficial, a consecuencia de un terrible accidente con un potente camión, que los había arrollado en un stop. La mitad trasera del coche había quedado hecha un amasijo de hierros con ellos

dentro; el conductor oficial había salido milagrosamente ileso y no habían conseguido reanimarle del *shock* emocional a esa hora de la mañana.

Cuando terminó de dar algunos detalles el coordinador que nos dio la noticia, con un tono que enfatizaba la emoción afectada, Fede Urbino Pelaz, uno de los más sañudamente purgados por el fallecido Secretario de entre los viejos jefes de Servicio, echó un vistazo al círculo compungido de funcionarios desde la banqueta de la barra, con la mirada serena y concentrada de un hombre inexplicablemente lúcido después de veinticinco años de servicio en la Administración Pública, y en uno de esos silencios que alargan y espesan los segundos de manera insoportable, dijo con aplomo cínico:

–A mí lo de este Secretario me recuerda lo que dijo Gore Vidal cuando le preguntaron por la muerte de Truman Capote...

Con una ingenuidad temerosa, vencida no obstante por la curiosa expectación que a todos embargaba, otro de los jefes de servicio allí presentes preguntó:

–¿Y qué dijo ese Gore Vidal?

Fede Urbino Pelaz se tomó unos segundos saboreando el placer profundo de quien maneja los hilos y conoce de antemano la descarga inminente, y al fin dijo con administrada complacencia:

–«Es el más importante paso que ha dado en su carrera.»

A la vuelta del camino

Empezar en el Sur

A Jorge y Montse

Una tarde de enero nublada y húmeda, mientras, abrazada a sí misma, contemplaba desde la terraza de su casa la ladera alargada en que la ciudad se asentaba hasta alcanzar el mar, Aurora pensó que todo aquello, siendo importante, la agobiaba, y que una fuerza invisible la empujaba a desprenderse del lastre que durante tantos años había arrastrado. Como si la sangre volviera a circular de repente por un cuerpo colapsado y moribundo, sintió un cosquilleo y la certeza de un impulso de vida que marcaba su inflexión sobre la agonía. El dolor que había arrasado su voluntad y su deseo, que había marcado su destino como el glaciar horada su lecho, desasía su garra de la carne estremecida y levantaba su peso de un ser completamente despojado y humillado. Fue una sensación extraña, un revulsivo de fuerza incipiente que la recorrió toda entera, con una suave sacudida que puso en sus ojos unas lágrimas que ya no eran amargas. El reto era apurar la vida, consumirla con una apuesta última y decidida. Y en su mente pareció surgir una prisa excitante, un convencimiento impulsivo.

La imagen de su hija Julia jamás la había abandonado, desde que una madrugada horrible la despidió aferrándose a sus manos, hasta sentir cómo desfallecía su presión y su fuerza y se extinguía su pulso como el eco lejano. Se fue con una mirada fija, ausente y serena. «Te quiero tanto, mamá...», le había susurrado. Y se quedó yerta, mientras Aurora enmudeció como una posesa, rígida y estática, con la mirada perdida, hasta que después de largos minutos se echó a llorar con un dolor insondable, con un llanto y un desconsuelo patéticos. Primero fue una verruguita en la pierna, luego un bultito ominoso que anunciaba la señal de un cáncer que desató su voracidad en ganglios y parte del cerebro, para arrebatársela en ocho meses de vértigo. Julia era hermosa. Tenía sus mismos ojos negros, pensaba Aurora; el mismo pliegue llamativo de su boca, la misma perfección del dibujo de sus labios, ligeramente carnosos; la proporción y esbelto talle de sus veinte años, la melena castaña, lisa, bamboleante hasta la base del cuello...: «No hay tortura mayor, no hay castigo comparable en la vida humana que la muerte de un hijo. Es algo de lo que ningún mortal se recupera, en ningún sitio, en ningún lugar de la tierra, es una losa que te aplasta en vida», repetía Aurora casi indefectiblemente, como una autómatas, en sus conversaciones con amigos y conocidos. Durante nueve años había repetido hasta

el marasmo el nombre de su hija, había traído y retenido en su mente las imágenes de su primogénita hasta la saciedad de la locura, pero aquella tarde supo, por primera vez en mucho tiempo, que había llegado el momento de la tregua, que, con seguridad, el Dios que le había arrancado su hija en el esplendor de los veinticuatro años le abría un camino de sosiego en el tramo último de su vida. Y cuando las luces de la ciudad se encendieron, hendiendo con su resplandor la humedad difuminada de la contaminada bruma, Aurora pensó que, sin cambiar de país, empezaría de nuevo en el Sur; e inopinadamente creyó sentir el olor de la dama de noche, del jazmín y el arrayán, y una avalancha de imágenes se precipitó en su cerebro del último, largo y placentero viaje que hizo con su segundo marido a Andalucía.

En el plazo de un mes, Aurora había vendido su lujoso piso y unos locales comerciales del centro de la ciudad y, con su hermana Cecilia, viuda elegante y remilgada, se presentó en la costa de Algeciras, camino de Málaga, cuando la primavera aún perfumaba la Costa del Sol con el bravío delicioso de los aromas de Hesperia. Previamente, habían alquilado un viejo chalet que unos meses más tarde comprarían. Estaba situado sobre una pequeña colina que daba al mar y, a su espalda, se abría al campo hasta la montaña, que lo truncaba no muy lejos como un muro de laderas escarpadas y una cumbre alargada, con un lomo a la vista difícil de alcanzar. El pueblo quedaba a sus pies, con su playa de arenas negras y un pequeño embarcadero de pescadores sobre el que se abalconaban algunas casas blancas. Sólo había un elemento extraño en tan apacible armonía: en la pequeña ensenada que el mar recortaba más allá del último caserío del pueblo, se levantaban a buen ritmo de trabajo dos grandes bloques, que ya alcanzaban los siete pisos de altura. Aurora los contemplaba como recién llegada con desconfiada aprensión, hasta que le dijo a su hermana:

–Me han dicho en el pueblo que son dos hoteles de lujo, pero a mí me parecen más bien dos mamarrachos en medio de un sitio idílico.

–Ya salió la purista –contestó Cecilia–. Más vale que sea así y que en breve podamos airearnos un poco, porque tanta tranquilidad ya me está empalagando, ¡hija! Y a ver qué voy a hacer yo con todo este vestuario y otros dos armarios llenos: ¿no habíamos quedado que a vivir, que son dos días?...

Al principio se dedicaron a viajar por la zona con curiosidad e interés, pero al entusiasmo y tiempo dilatado de las primeras excursiones en coche, les sucedieron días intercalados en que la vida hogareña y los paseos cercanos fueron ganando su espacio de rutina. Desde el mismo momento de su llegada, la perspectiva de un tiempo por delante sin compromisos ni obligaciones apaciguaba el ánimo de Aurora. Al cabo de tres días se despertó de madrugada con una sensación confusa y desorientada. Miró el reloj, que marcaba las seis, y al recuperar su sentido de la realidad se dio cuenta, con inesperado bienestar, de que había dormido seis horas seguidas y que ya no recordaba la última vez de algo parecido. Remoloneó en la cama de dicha, como si absorbiera conscientemente cada instante; se levantó a subir ligeramente las persianas de la habitación y volvió a

enroscarse en las sábanas observando entre cabezadas cómo la claridad primera, tenue y ligeramente rosada, ganaba lentamente en intensidad hasta inundar de luminoso blancor la franja alargada que filtraba la luz. Al levantarse decidida y ganosa, Aurora comprendió que al dejar pasar el tiempo y las cosas con la distancia necesaria, sin intervenir ni ambicionar nada, su ansiedad decrecía. Fue notando sus efectos en el aquietamiento de su espíritu, en la sensación relajante que le proporcionaba la misma despreocupación, el mismo abandono contemplativo del discurrir de los segundos en que se abstraía y de los que salía gustosamente a impulsos de su hermana: «¿Qué te parece si nos largamos este fin de semana a Cádiz?», la interrumpía Cecilia, mientras se limaba las uñas. «No es mala plaza», le contestaba Aurora con agradecida sorpresa. «¿Te atreverás a tomarte un gin-tonic a medianoche en algún sitio fetén, hermanita? ¿O todavía es pronto para tu completa recuperación?», insistía Cecilia concentrada en su lima. «Se hará lo que se pueda, castigadora», remataba entonándose Aurora.

Una mañana, Aurora preguntó en el pueblo si había algún quiosco o lugar donde vendieran periódicos y le indicaron una pequeña papelería en el mismo centro, antes de llegar a la bocana del puerto. Al franquear la puerta se dio de cara con una chica algo más que adolescente, que estaba detrás de un mostrador alargado de cristal con un buen surtido de revistas y periódicos y muchos botecitos de bolígrafos y lapiceros, cartabones y reglas, cuadernos, libretas y otros muchos objetos de papelería. Echó un vistazo a los periódicos y, al levantar la vista hacia el fondo, vio a un hombre que leía sentado tras otro mostrador más pequeño, junto a la ventana que servía al establecimiento de escaparate. Movida por la curiosidad, Aurora dio unos pasos lentamente en aquella dirección y observó en un primer vistazo que, en muy poco espacio y sobre estanterías bien aprovechadas, se ofrecía un atractivo fondo de libros, y que encima del mostrador, montados unos sobre otros, se exhibían ejemplares de títulos de actualidad socio-política, junto a una selección de literatura muy cuidada y a propósito. Pasaba su vista por las cubiertas de los libros, sonaban en su mente los títulos: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado, Manuscritos: economía y filosofía, La ciudad y los perros, Cien años de soledad, Pedro Páramo y El llano en llamas, Tiempo de silencio, Rojo y negro, La educación sentimental, Madame Bovary...*, cuando al llegar a *La Regenta*, levantó sus ojos y miró con descaro al librero, que se sintió al punto observado y, a su vez, miró a Aurora. Se dijeron dos «holas» muy formales, pero, al ver Aurora que el librero volvía maquinalmente a su lectura, le dijo:

–Lo último que me hubiera imaginado es que me iba a encontrar en un lugar a trasmano de la Costa del Sol con *La Regenta*.

–¿Le gusta a usted Clarín? –preguntó el librero.

–Me gusta *La Regenta*..., más que *Madame Bovary*.

–Son dos mundos distintos... –matizó el librero sin mucho empeño.

–Para ustedes los hombres, que les gusta adornarse y gallear en distintos escenarios,

sí, pero para nosotras, las mujeres, aunque parezca lo contrario, no tanto. Siempre es la misma historia. Para nosotras quizá sea más importante la intensidad que la perfección.

Y Aurora notó con satisfacción que había arrancado al librero de su lectura y que de un momento a otro trataría de apostillar algo inevitablemente. Pero el librero no abrió la boca y en los segundos en que Aurora volvió hacia el mostrador de los periódicos para comprar un par de ellos, esperando las palabras del librero, éste la observó de arriba abajo con curiosidad expectante y disimulada. Al despedirse, Aurora le echó una mirada fugaz y fue fijando en su rastro un perfil atezado y maduro, de nariz recta, frente amplia, barba y abundante cabellera cana, que recogía su melena en una coleta que descansaba sobre la nuca. Enfilaba la puerta, cuando se dio de nuevo con la mirada de la dependienta y, al instante, percibió en ella un mal disimulado desagrado. Entonces, encarándola con una sonrisa suficiente, le dijo: «Adiós, joven».

Durante la cena de aquel día, Aurora le contó a su hermana que en la papelería del pueblo no sólo vendían periódicos de Sevilla y Madrid, sino libros seleccionados con mucha intención por un hombre que parecía arrumbado en su abandono, como introvertido y apartado, quizá algo amargado...

–Será de la cáscara amarga –la interrumpió Cecilia–. Ya sabes, últimamente, si no hablas de Marx o Engels en los cócteles más selectos, es que no vendes nada.

–Pues será... –contestó Aurora, algo ensimismada–. El caso es que tiene algo...

–¿Ah, sí...? –exclamó Cecilia mirándola más que interesada y suspensa con el cuchillo y el tenedor en las manos–. Cuenta, cuenta...

–Unos cincuenta y tantos años –prosiguió Aurora–. Buen cuerpo, estatura mediana, con barba y coleta. El pelo algo rizado, entero, buen color, cierta adustez en la cara. Parece curtido por la vida. No me digas qué, pero tiene algo.

–¡Vaya, vaya, hermanita! Esto sí que es una mejora –dijo Cecilia pensativa–. Mañana mismo hacemos una detenida inspección de ese hombre. Espero que no sea una de esas alucinaciones tuyas precipitadas.

Al entrar en la papelería al día siguiente, las dos hermanas sintieron de inmediato la mirada sorprendida y huraña de la joven dependienta, que volvió en seguida la vista hacia el librero, como si aquella visita no tuviera nada que ver con ella. Éste las saludó con corrección, pero sin entusiasmo, y a Aurora le pareció que en el rostro de aquel hombre se asomaba una alarma que crecía con el descaro con que le observaba Cecilia. Y, sin embargo, en el cruce de sus miradas había notado con seguridad que el librero, a diferencia del día anterior, había escrutado sus ojos y resbalado su vista sobre su piel y sus labios, como si los descubriera. Y eso parecía justificar aquella incursión perpetrada a dúo y con alevosía, compensada formalmente con la compra de seis libros y dos periódicos.

Cecilia salió acelerando el paso con un semblante contrariado y, a unos pocos metros de la puerta de la papelería, le dijo a su hermana:

–Pero tú estás loca... ¿Pero... qué le encuentras...? Si parece un hombre de caridad.

¿Pero no le ves que está machacado? Es probable que tuviera encanto en otro tiempo, pero ahora...

–Pues no lo sé..., pero yo le veo algo. ¿Qué quieres que te diga? –contestó suavemente Aurora, mientras caminaba mirando al suelo.

–¿Pero qué algo le ves, Aurora, por Dios? ¿No has visto que tiene la boca deshecha, que le falta una hilera de dientes?

–Eso se arregla –contestó secamente Aurora–. Se le ponen.

–... Y el aspecto astroso se le recompone y se le viste en condiciones. De acuerdo –continuó sin dar tregua Cecilia–. Pero es que también está sucio. ¿Y qué..., le vas a lavar la ropa también...?

–Eso es mentira –la interrumpió levantando la voz Aurora–. ¡Eso no! Que ayer llevaba una camisa de rayas y hoy la lleva de cuadros.

–Pues se habrán liado las rayas con los cuadros –dijo despectiva Cecilia–, porque yo no tengo tan claro que esa camisa fuera de cuadros, sino una cosa desvaída. Y si no tiene para camisas, se podía volver el cuello por lo menos, porque no sé si lo habrás visto, pero lo tenía tazado.

–¡Cecilia! –exclamó Aurora con un gesto de enfado–. Cuando te pones desagradable... es que lo bordas.

Volvieron a casa en silencio y, aunque molesta y mohína con su hermana, que no volvió a sacarle el tema, Aurora sintió que no se equivocaba.

En los días siguientes, Aurora se informó sobre el librero. Se enteró de que se llamaba Daniel, un hombre conocido en la zona, dueño de sendas librerías en dos ciudades costeras. Hacía algo más de un año que había perdido a su mujer en un accidente de coche y, al poco tiempo, se instaló en el pueblo en una casa frente al mar. Iba y venía sin orden ni concierto y la papelería parecía entretenerle en su anárquica soledad. Con la gente del pueblo se mostraba atento y educado, pero nunca se le había visto sonreír ni entablar vida social con nadie. De vez en cuando se sentaba en la terraza de uno de los bares del puerto con varios periódicos sobre la mesa, que iba leyendo sin prisa, mientras bebía cerveza. Otras veces se quedaba mirando al mar completamente exento y así permanecía largo tiempo.

Aurora iba todos los días a por el periódico a la papelería de Daniel y, si no lo encontraba, preguntaba a la dependienta por su paradero. Ésta, como si invadieran su propio terreno, contestaba con un «no sé, no tiene horario», o miraba para otro lado, diciendo: «Hoy no ha llamado ni ha pasado por aquí», con lo que Aurora volvía por la tarde en una busca que comenzó a precipitarse con un prurito de ansiedad. Algunos días compraba el mismo periódico dos veces. Entonces, Daniel salía de su nube y se lo advertía para que se llevara otro, ocasión que aprovechaba Aurora para conversar con él, aunque sintiera el peso y la incomodidad que la avidez morbosa y atónita de la dependienta le producía. Una tarde le dijo:

–Por el interior hemos ido a Ronda, San Roque, Casares y Jimena, preciosos pueblos,

pero quizá usted me pueda ampliar la lista.

Daniel la miró a los ojos con una rauda parada en los labios, como si se le hubiese encendido algún perdido interés, y contestó:

–Deben ustedes llegar a Gaucín, más allá de Casares, y subir al castillo donde murió Guzmán el Bueno luchando contra la morisma. Si tienen un día soleado, a poco que madruguen, verán desde la cumbre la luz más pura, la luminosidad del aire que, en su exquisita fineza, se descompone como arco iris contra la Serranía. Es un espectáculo para la vista y una sensación grandiosa y expansiva... Para ustedes no será difícil entrar en el cortijo de La Almoraima, por la carretera de Jimena hacia Algeciras. Inténtenlo. Pidan permiso a sus dueños. Aprovecha casi intacto un convento de

Mercedarios del siglo XVII, con un caserío posterior, anejo, de parecida planta y una torre modernista espléndida, como un capricho elegante y antojadizo. Tiene un claustro que parece uno de los modelos principales que los españoles llevaron a América. Hay en él una quietud deliciosa con el rumor de una fuente, y una verdura trepadora donde retoza y revolotea incansable una legión de gorriones, como en el paraíso, donde ya oscurecido, la dama de noche esparce su perfume cuando el calor la sazona. Muy cerca de La Almoraima está Castellar, adonde deben subir sin falta para pasear por la fortaleza medieval. Cuando lo hagan se darán cuenta de que nunca antes habían estado tan cerca de sentir lo que siente el águila cuando otea... A la vuelta, me lo cuenta.

–Le tomo la palabra –dijo Aurora, que tardó unos segundos en reaccionar, casi embelesada–. Hablaremos de todos esos lugares en breve, no le quepa la menor duda –y enfiló la puerta sin más, con una agitación interior y el contento de quien acaricia la cercanía de un sueño.

Ni siquiera reparó en la presencia de la dependienta, que le vino a la mente cuando ya había salido de la papelería y le hizo decirse a sí misma, mientras esbozaba una sonrisa eufórica: «Qué joven tan estúpida, ¿no? No es posible. Ésta no tiene nada con él. Demasiado tonta». Y volvió a casa alegre y confiada, advirtiéndose que no debía decir una palabra a su hermana de aquel recorrido que, en todo caso, presentaría como de propia cosecha y resultado de consultas de libros y guías.

Estuvo dudando entre el negro y el blanco durante más de hora y media que tardó en componerse y acicalarse, con otra duda que relevaba por momentos, con molesto nerviosismo, a la de los vestidos: el color del carmín de los labios, rosáceo o un rojo más subido. Optó por el rosa.

El vestido negro, con un collar de pequeñas piedras blancas, estilizaba y contraía sus facciones y figura con una fina elegancia, pero retraía la espontaneidad de su gracia, enfriaba la frescura de su piel y mataba el brillo de su mirada, que se hacía más serena y profunda. El blanco favorecía su esplendor natural, ahora de nuevo recuperado. Refulgía en el rosado de sus labios, en la calidad sedosa, tornasolada de su pelo, y su piel rediviva

resplandecía en la redondez de sus hombros, que dejaban desnudos los tirantes del vestido, algo escotado, como recortada depresión de la insinuación de sus senos.

Cuando Aurora se probó por enésima vez el vestido blanco, después de concluido todo el aderezo, se sintió atractiva y deseable y pensó que era una de esas mujeres a las que el otoño de sus vidas distingue con un halo irresistible, sobre todo para aquellos hombres que han refinado su gusto matizando los sentidos por la inteligencia.

Al despedir a su hermana, que leía en el salón de la casa, Cecilia levantó la vista por encima del periódico y, mirando fijamente a Aurora, fue bajando por la nariz sus gafas, arrastradas por el puente con el dedo índice de la mano izquierda, hasta dejar la mirada exenta y concentrada. Una sonrisa sardónica acudió a sus labios cuando dijo:

–Demasiado cebo para una pesca de bajura.

Dándole la espalda y encaminándose a la puerta, Aurora le contestó:

–Tu presbicia va camino de cataratas. Yo que tú me lo haría mirar. Ya veremos quién pesca la corvina y ríe la última.

Hacía días que Aurora había decidido desbaratar la defensa de aquel hombre ensimismado y retraído, incluso a riesgo de su propio ridículo y vergüenza. Se imponía una estrategia de choque, pensaba Aurora. Estaba convencida de que Daniel estaba tocado y, como ella, sentía, aunque no lo expresara, que entre los dos había una atracción imparable que, en su caso, había llegado a la desazón y a esa ansiedad en que el amor aparta al mundo entero de su objetivo. Y Aurora no estaba dispuesta a sufrir ni un segundo más la comezón que desata la duda o el lento decantamiento de los remisos, ni mucho menos a soportar calenturas y sinvivires de adolescencia: quería a ese hombre ¡ya! Así que cuando lo abordó haciéndose la encontradiza aquella tarde de finales de junio, Aurora estaba tan decidida como nerviosa, y un rubor enardecido le subió a la cara que la brisa del atardecer fue atemperando en una terraza frente al mar. Pidieron cerveza y, tras largos segundos sin mediar palabra, Daniel la miró y dijo:

–¿Me va a contar con más detalle la excursión a Gaucín y La Almoraima?

–No –contestó Aurora, no del todo serena–. De eso ya habrá tiempo. Hoy no quiero hablar de eso.

–¿Ah, no? –preguntó aparentemente sorprendido Daniel.

–¡No! –ratificó con firmeza Aurora, precipitándose con brutal vehemencia y tuteándole–. ¿No te habrás vuelto maricón, verdad?

Daniel la miró de hito en hito a los ojos sin inmutarse, bebió lentamente un trago de cerveza y, tras dejar con suavidad la jarra sobre la mesa, dijo con una esbozada sonrisa:

–En esa materia me pasa como a Valle-Inclán: siempre me ha sido ajeno el amor de los efebos, así que el de los talluditos, ni te cuento...

–¿Querías a tu mujer? –le interrumpió todavía algo acelerada.

Daniel se dio cuenta de que Aurora quemaba sus naves y apagando la sonrisa contestó mirando al mar:

–Sí, mucho. Nunca había imaginado que la ausencia fuera tan dura ni tan cruel su

condición de irreversible. Cuando murió mi madre, hace ya algunos años, sentí como si me arrancaran el corazón y el vacío que me dejó se llenó de tristeza, poco a poco enjugada por el desahogo del recuerdo de su vida abnegada, pero cuando incineramos a mi mujer supe en seguida que el destino me marcaba para, en adelante, errar sin reposo en un tiempo al que ya no he sabido adaptarme. Es como si el sinsentido de cuanto me rodea amaneciera y se acostara conmigo. Un reto diario que ni siquiera la huida me ayuda a superar... Todavía no he conseguido reorientarme... Me han dicho que tú también eres viuda.

—Dos veces viuda... —contestó Aurora, ahora sí, algo más serena—. Me casé a los veinte años con un pipiolo como yo, de buena familia y eso: dos tórtolos completamente idiotizados. Había mucho alboroto en nuestras familias por un matrimonio que les parecía de dos príncipes, pero apenas si lo consumamos, como en las negras tradiciones regias. Fuimos de viaje de novios al Pacífico. Se le cortó la digestión en la piscina a primera hora de la tarde. No llegó vivo al hospital... Una tragedia de la que sólo recuerdo mucho guirigay, mucha confusión, y luego muchos ayes: «¿Qué será de la niña? ¿Qué será de la niña?», repetían en mi casa con mucho espaviento. La niña se puso a estudiar enfermería porque, aunque espabilada, nunca le tentaron las carreras largas y poco útiles. De los profesores y médicos, el catedrático de patología frisaba la cuarentena y destacaba a la legua entre todos aquellos mastuerzos. Era otra cosa. Físicamente no estaba mal, resultón y agradable, pero cuando empezaba a hablar se hacía irresistible. Tenía temple, inteligencia, un montón de ironía, era brillante... Parecía que en vez de ver, radiografiara. Se reía hasta de su propia sombra, pero lo controlaba todo. Una tarde, no sé por qué, entré en el laboratorio a deshoras. Estaba él solo. Cuando me excusé para marcharme, me acompañó hasta la puerta. Al agarrar el picaporte, puso su mano en la mía, me la levantó con firmeza y me dio un achuchón que, de no haberme resistido, me habría follado allí mismo. Yo ya no pude dejar de quererle con locura hasta que se me murió. Veinte años, cuatro hijos como cuatro soles. Le diagnosticaron un cáncer que nos hundió a todos y nos arruinó. Después de dos años de resistencia ejemplar, murió en un hospital de Estados Unidos...

En este punto Aurora se vino abajo. Esquivó la mirada de Daniel y su rostro fue congestionándose hasta humedecer sus ojos con un conato de llanto reprimido que no impidió las lágrimas. Apretó los dientes, tensó los músculos de la cara en un intento por recomponerse y, con decidido esfuerzo, sin apartar las lágrimas, prosiguió mirando al infinito:

—... Cuando empecé a ver que mis hijos salían adelante, superando los peores años, mi hija mayor se me murió en ocho meses, también de lo mismo..., y hasta ahora...

Enajenada y tensa, emocionada, Aurora sintió la mano de Daniel que, con su envés, acariciaba su mejilla derecha con exquisita delicadeza. De repente, Aurora la tomó entre las suyas y la besó con arrebató y fruición, repetidamente, hasta humedecerla con sus lágrimas.

Aquel encuentro despejó para Aurora el primero y más importante de los obstáculos. Sabía ya con seguridad que en Daniel había renacido el germen de una nueva ilusión, la razón que necesita el olvido para impulsar la vida en los trances más amargos, pero del mismo modo había comprendido desde el comienzo la distancia considerable entre sus mundos respectivos. Su mayor experiencia en el indeseable campo del sufrimiento le daba una superior capacidad de maniobra en la recuperación anímica de Daniel, pero la rebeldía de un hombre inteligente nunca es fácil de reconducir cuando sus manías se han convertido en hábito y, en el caso de Daniel, el abandono de la imagen personal y del atuendo se habían transformado en una despreocupación militante. Y a Aurora le pareció que, en adelante, ése era el objeto de sus desvelos. Era imprescindible recuperar a aquel hombre en su integridad para poder disfrutarlo, pensaba Aurora; porque, a diferencia de su hermana, ella había visto desde el primer momento la piedra preciosa que oculta la ganga y, ahora, ya sólo era cuestión de despojarla, retirar sus impurezas y admirarla. Así que Aurora no se cansó de repetir a Daniel en aquel verano que las chanclas frailunas que calzaba estaban pidiendo a gritos un contenedor de basura, y sus pies, una pedicura discreta; porque unos pies como los de Daniel lo estaban esperando y un hombre con los pies bonitos siempre cotiza con un valor añadido. Sin escatimar placer y ternura, Aurora convenció a Daniel para que se sometiera con urgencia a un plan de salvación de sus dientes y ella misma le acompañó al poco a la consulta de uno de los más afamados dentistas de la comarca. Y como una gota china, a medida que el amor ablandaba todas las defensas, Aurora le fue ponderando las bondades de una presencia grata y aseada, que, en modo alguno, tenía que ser onerosa, ni ostentosa, ni excesiva, decía Aurora, sino armónica, con gusto, pues la sencillez bien combinada podía alcanzar cotas elevadas de elegancia. Daniel, aparentemente ganado en este asunto por su silencio y sonrisa obsequiosa, seguía demostrándola, sin embargo, su fuerte despreocupación personal y su escaso progreso en el cuidado de su presencia.

Una tarde de finales de septiembre, Aurora le anunció que, con motivo de la vuelta de su hermana a la ciudad, había previsto celebrar una fiesta de despedida en la que, además de gente de su familia, que venía a recogerla, asistirían algunas personas de cierto empaque en la comarca y que, naturalmente, debería acudir él mismo como más importante reclamo para ella.

—O sea, que me vas a presentar en sociedad como a las muñecas de la *jet set* —le dijo Daniel con una sonrisa irónica.

Y ante la mueca de contrariedad y la mirada de protesta de Aurora, Daniel remató en un tono más concesivo:

—Bueno..., tranquila..., quizá hasta me presente con traje...

Aurora, que había establecido su relación con Daniel de manera discreta y con una cuidadosa separación de la vida compartida con su hermana, no dejaba de sufrir con gusto las ironías de Cecilia, su más querida confidente a lo largo de su vida, y aquel mismo día, tan pronto como la vio, le dijo:

–Me ha dicho que a lo mejor viene a la fiesta con traje... Si viene con chaqueta o traje, ya es mío.

–Estoy de acuerdo, querida –contestó con sosiego interesado Cecilia–. Y yo no voy a perderme por nada del mundo ese espectáculo... Es que ni me lo imagino...

Las dos hermanas recibían a sus invitados en el vestíbulo de su casa el día de la fiesta, cuando pasados diez minutos de la hora prevista se presentó Daniel. Se paró en el umbral de la puerta, sonriendo a Aurora y, al decir «buenas tardes», sus dientes resplandecieron con naturalidad, sin resabio o disposición alguna de postizo. Llegaba con un traje blanco de lino y una camiseta negra de cuello redondo. El pelo limpio, brillante, suavemente ondulado y hueco hasta la coleta, ata-

1 A la muerte de doña Elisa García Fresno, natural de Hontanalta, de 37 años de edad, hija de Aquilino García Fraila, de profesión veterinario, y Concepción Fresno Revilla, sus labores, vecinos de esta localidad, se encontró entre sus haberes un sobre de color crema, de tamaño mediano, dirigido con letras mayúsculas a don Ezequiel Molina Ayuso, labrador y vecino de esta localidad. El sobre contenía 20 hojas de cuaderno grande, pautado, escritas con letra redondilla y clara, firmadas por la susodicha Elisa. Previa resolución judicial, de este sobre y contenido se ha facilitado copia compulsada al interesado, el también citado Ezequiel Molina Ayuso, sin perjuicio de la sanción y resolución final que en el futuro se adopte sobre la propiedad legítima del original de esta carta, reclamada judicialmente por el anteriormente citado. Hontanalta, a 29 de octubre de 1965. (Extracto del Juzgado de Hontanalta.)

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Edición en formato digital: julio de 2010

© Agustín García Simón, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2010

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-749-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
Ecos de la memoria	7
La peseta	10
Hontanalta	16
Ezequiel Molina	19
Carta de Elisa	26
La última espera	35
Por una lata de sardinas	46
Paris	51
Floren	59
Valcarlos	71
Lucía Álvarez	74
Mediocritas	81
El inspector	84
Un día de perros	97
El secretario	103
A la vuelta del camino	111
Empezar en el Sur	114
Notas	124
Créditos	125